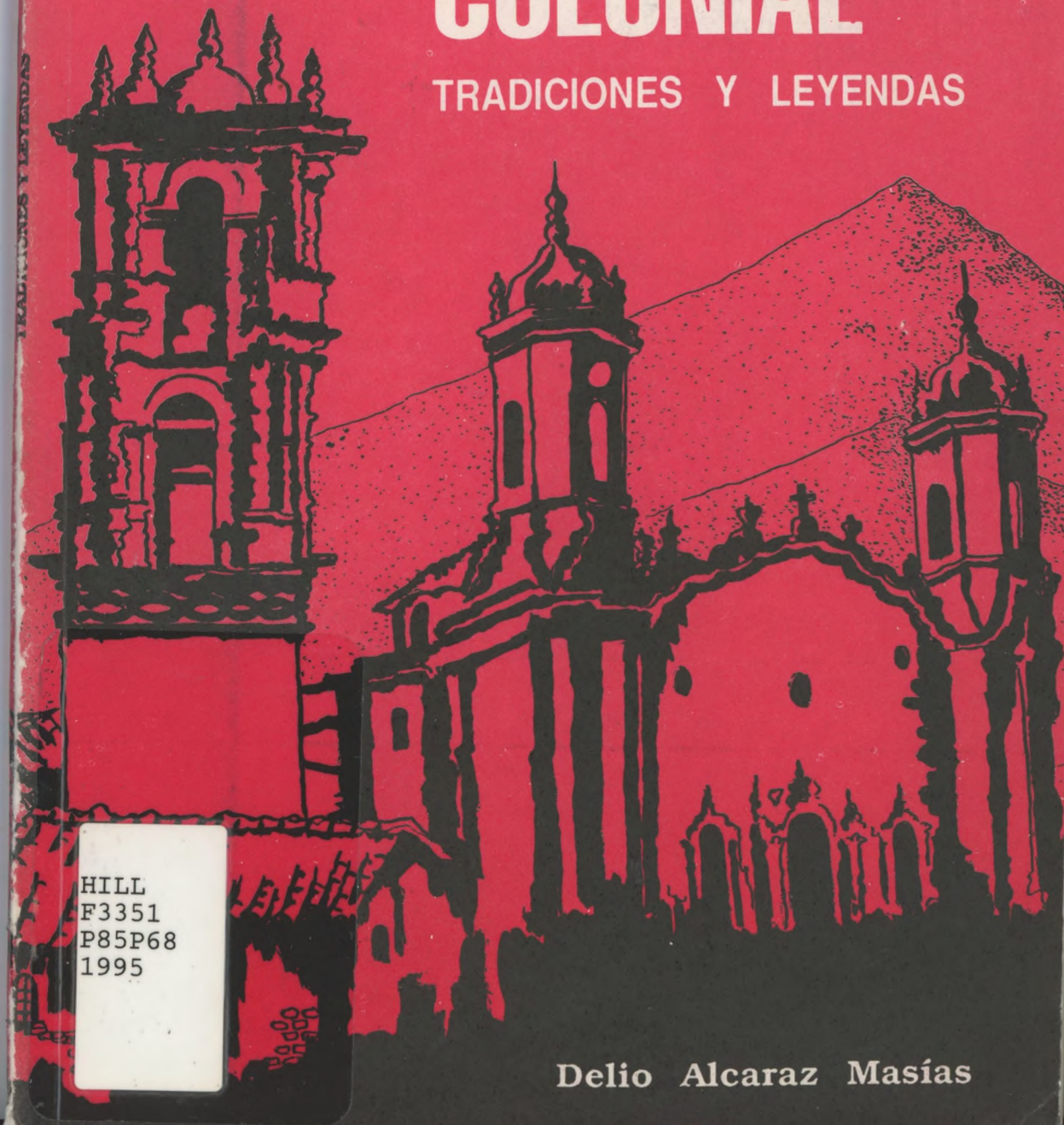




3 1735 037 086 208

POTOSI COLONIAL

TRADICIONES Y LEYENDAS



HILL
F3351
P85P68
1995

Delio Alcaraz Masías



POTOSI COLONIAL

TRADICIONES Y LEYENDAS

PRIMERA EDICION

Prohibida su reproducción

PORTADA:

Arte de:

Cristóbal Corso C.

Depósito Legal No. 7-1-009-93 P.

Impreso en:

Editora "EL SIGLO"

Potosí - Bolivia

Agradecimientos al Prof. Ramón Camargo Ch. por su acucioso trabajo en la revisión de la obra, a Armando Moscoso, por su excelente dibujo técnico-artístico esencia de la obra; a don Wilson Mendieta Pacheco, por su desinteresada colaboración y constante apoyo a mi trabajo literario.

A Rolando Flores, Freddy Guzmán y Cristóbal Corso C. por brindarme el respaldo con su arte en la fotografía y expresión artística.

A la Casa Nacional de Moneda y el Archivo Histórico de este repositorio cultural de América.

A mi familia que supo comprender mi trabajo con su paciencia y buena voluntad.

Prólogo

"Escribir de literatura infantil es escribir del niño y del ambiente que le rodea", se ha afirmado en varios eventos especializados, añadiéndose que "Latinoamérica vive en una situación de subdesarrollo que implica la pérdida de la personalidad de nuestros países".

Ante esa circunstancia y con el fin de preservar la identidad de cada región surgen estas preguntas: ¿De qué modo podrían concordarse las necesidades de la sociedad global con los intereses propios de los niños y la adolescencia?. ¿Cómo enfrentar a los niños y jóvenes con situaciones donde la fantasía y el arte como creación vayan de la mano en un mensaje real y definido?. ¿De qué manera puede estimularse la creatividad?. ¿Hay algún recurso que facilite el autoaprendizaje y que, a la vez, responda al mundo infantil y juvenil?. ¿Puede considerarse la literatura infantil-juvenil dentro de una estrategia para el desarrollo integral de los ciudadanos del futuro...?.

Las anteriores preocupaciones que están dirigidas a la realidad latinoamericana tienen validez para Potosí y más aún si se advierte que en nuestra región se está perdiendo la memoria histórica y los niños y jóvenes --para mirar el futuro-- denotan poco interés por el fascinante pasado de sus antecesores que, con luces y sombras, forjaron una legendaria fama alrededor de la riqueza del Cerro Rico que cambió el curso de la humanidad entera.

La Villa Imperial, es en América, la ciudad de la que más se han ocupado los cronistas coloniales, los historiadores republicanos y hoy despierta interés renovado a nivel mundial, pero poco se ha hecho para llegar a los niños y jóvenes en lenguaje sencillo, con ese caudal de enseñanza y aprendizaje.

Por ello, la obra "Potosí Colonial, tradiciones y leyendas", de Delio Alcaraz Masías, inquieto y joven educador llena un vacío en la literatura regional y nacional porque sin terminología rebuscada y con criterio didáctico-pedagógico, adapta al lenguaje infanto-juvenil más de una treintena de interesantes crónicas que arrancan de los siglos de esplendor que vivió una urbe andina al calor de la plata que se extraía de sus entrañas con la avidez de unos pocos y el sufrimiento de los más.

En estas páginas que sin duda alguna, deleitarán no sólo a chicos sino a los mayores --con magníficas ilustraciones y fotografías-- desfilan crónicas de Bartolomé Arzáns de Orsúa y Vela, Ricardo Palma, Tomás O' Connor d' Arlach, Julio Lucas Jaimes, Vicente G. Quesada, Modesto Omiste, Luis Felipe Manzano y otros reconocidos escritores que no pudieron sustraerse del hechizo potosino de sus épocas de opulencia y despilfarro, pero también de hombres de grande valía como el acaudalado benefactor Antonio López de Quiroga, el eximio pintor Melchor Pérez de Holguín o el venerable predicador Fray Vicente Bernedo, cuyas virtudes continúan sirviendo de ejemplo a misioneros y laicos.

El autor, reedita con el presente trabajo su vocación por la literatura para niños, ya que en 1984, se inició con un Album de Osteología, prosiguió editando periódicos y en 1993, publica "Jardin Infantil", que en corto tiempo alcanzó su tercera edición, logros que le colocan como un verdadero cultor e impulsor de textos de esta difícil pero necesaria y creciente especialidad.

Llegar al niño con las tradiciones del mundo que le rodea es lograr que "se mantenga cantando sus propias canciones y que se realice dentro de la hermosa urdimbre que sabiamente teje con su estatismo dinámico la cultura de su tierra y de su Patria" que significa "profundizar nuestras raíces", sin que ello signifique dejar el ámbito universal que tanto se ha achicado por la sorprendente tecnología de los medios de comunicación.

"Potosí Colonial, tradiciones y leyendas", reavivará la memoria de cualquier lector, pero ante todo de los niños y jóvenes porque ellos silenciosamente claman que se les devuelva el derecho de que se escuchen sus canciones, que las madres sigan arrullando con la misma melodía inmemorial, que se les cuente las viejas historias de sus abuelos, que se les hable de las grandezas y las esperanzas de su Cerro Rico que lo contemplan cada día, que les recuerden no de memoria, sino con sus duendecillos y fantasmas lo que fue la guerra de Vicuñas y Vascongados, o el desborde de una laguna colonial, allá por 1625 o la laboriosa construcción pétrea que es la Casa de Moneda... De esas evocaciones, sin estacionarse en el tiempo y en la nostalgia del ayer, los potosinos encontraremos el horizonte de un renaciente porvenir.

He ahí la trascendencia de la sociología de la literatura infantil y de esfuerzos como el de Delio Alcaraz Masías, que venciendo dificultades y amarguras se ha propuesto semejando un quijote, devolver a los niños potosinos la eternidad de sus tradiciones y leyendas que se forjaron durante siglos y cuyas lecciones tienen que llevarnos más temprano que tarde a una resurrección cierta sin perder ni olvidar nuestros valores culturales.

Wilson Mendieta Pacheco

Potosí,
noviembre,
1994

PRESENTACION

El objetivo principal que me ha impulsado a esta titánica tarea, es el de ofrecer a la niñez y juventud de mi tierra, un compendio didáctico-pedagógico de la inconmensurable riqueza literaria de la época colonial de la Villa Imperial de Potosí.

Los hechos acontecidos entre los siglos XVI y XVII, en medio de una población aborígen extraordinaria; la sociedad de la metrópoli implantó aquí sus preocupaciones, ideas, creencias religiosas, idioma, trajes, armaduras, lujo, suntuosas fiestas religiosas, aristocracia, crímenes y venganzas que se encuentran minuciosamente detallados en el monumental libro del escritor potosino de padres españoles Bartolomé Arzáns de Orsúa y Vela, "Historia de la Villa Imperial de Potosí", el cual ha servido de base para que otros escritores puedan elaborar su trabajo literario.

El presente volumen es una recopilación didáctica de algunos escritos realizados por Modesto Omiste, Vicente G. Quesada, Ricardo Palma, Benjamín Rivas, José Manuel Aponte, Julio Lucas Jaimes, Luis Felipe Manzano, Juan W. Chacón, Pedro B. Calderón, Tomás O. Connor D' Arlach y Enrique Salas, cuyas tradiciones representan, sin duda alguna, un rico aporte a la literatura regional.

En ese tren, estudié con suma atención la topografía de los lugares donde ocurrieron los hechos y traté de dar objetividad real a los mismos, exponiéndolos en fotografías actuales graficadas adecuadamente; dicha labor constituye, pues, la esencia misma de la obra.

De esta manera, espero haber contribuido modestamente a fomentar el cultivo de las letras entre la niñez y la juventud de mi patria, y particularmente de mi tierra natal.

D.A.M.

Dedicatoria

A mi añorada madre y apreciado hermano que el destino satánico, me los quitó. Dios los tenga en su gloria.

Ellos fueron del agrado del Señor, por eso se apresuró en sacarlos de aquí.

Mamita Aurelia, hermano Riso, Uds. nunca han muerto, viven en mi corazón y en el de todos quienes los han querido.

Con eterna gratitud.

D.A.M.



Leyenda del descubrimiento del:

Cerro Rico de Potosí

De: Modesto Omiste T.

El Inca Huayna Kapac, estando de paso de Cantumarca a Colque Porco, vio el cerro de Potosí y admirado de su grandeza y hermosura, dijo: "Esto sin duda tendrá en sus entrañas mucha plata", mandó a sus vasallos que viniesen de Colque Porco, a labrar sus minas.

Así lo hicieron y habiendo traído sus instrumentos de pedernal y madera, subieron al cerro, registraron sus vetas y estando para comenzar el trabajo, oyeron un espantoso estruendo y una voz que dijo: "No saquéis la plata de este cerro porque es para otros dueños".



El Inca Huayna Kapac, estando de paso de Cantumarca a Colque Porco, vio el cerro de Potosí admirado de su grandeza y hermosura.

Asombrados los indígenas desistieron de su intento y volvieron a Porco, refirieron al Inca lo que había sucedido, en su idioma y al llegar a la palabra estruendo, dijeron "photoj nin, photoj nin", que quiere decir: "Hubo gran estruendo" y de aquí se derivó el nombre de Potosí.

Esto sucedió 83 años antes del descubrimiento de este portentoso cerro por los españoles.

No sólo por dicho suceso se llamó Potosí, sino luego que se descubrió el cerro, le llamaron los indios Orcko Potocchi, quiere decir, cerro que brota plata. Asimismo, antes de que el Inca viniese a la provincia de Porco, los indígenas llamaban a este cerro Sumac Orcko que significa "cerro hermoso".

Acerca de su descubrimiento se refiere que: "El indígena Diego Gualca o Gualpa, natural de Chumbivilca, cerca del Cuzco, puesto al servicio de Villarroel, salió de Porco a apacentar sus llamas en Potoc-unu --planicie cenagosa donde se fundó la ciudad--, no pudiendo llegar a los ranchos de la Cantería, por habérsele hecho tarde, pasó la noche en el cerro de Potosí, y aseguró sus llamas contra unos matorrales de paja.

El frío obligó a Gualpa a hacer fuego con paja y ramas de keñua en gran parte de la noche y, al día siguiente observó que se había fundido el metal y que corría la plata en riquísimos hilos.

Gualpa recogió un poco de ese metal, regresó a Porco le sacó la plata por fundición para comprobar el hecho, y reveló su secreto a su compañero Guanca; quien notando la repentina riqueza de Hualpa y negándole éste a aquél el modo de beneficiar los metales, que le confesó llevaba este cerro, se desavinieron ambos y fue la causa de manifestar el secreto a los españoles: Capitán Don Juan de Villarroel; quien, junto a Francisco de Zenteno, D. Luis de

Santandía, Maestre de Campo, Pedro de Cotamito y otros mineros de Porco, tomaron posesión del cerro a nombre de los reyes de España el 1ro. de abril de 1545.



El Capitán Don Juan de Villarroel, Francisco de Zenteno, D. Luis de Santandía, Maestre de Campo Pedro de Cotamito y otros mineros de Porco tomaron posesión del Cerro.



AAAAAARK!

Alma en pena

De Vicente G. Quesada

Cuentos y leyendas fantásticas

Una tarde nebulosa y triste, llamó a la portería del convento de San Francisco, un viajero cubierto de polvo, desgredado el cabello y extremadamente pálido; llevaba hábito de peregrino.

Sentóse a descansar y dirigiéndose luego al portero, pidió hablar al Reverendo Padre Guardián.

Larga y misteriosa fue la entrevista en la celda del prelado. Cuando tañía la campana del convento para marcar la hora del silencio, el viajero, trasponía la puerta del claustro y se encontraba en la calle.

Una ave agorera de fatídico graznido, rozó con su ala la frente del viajero lanzando en el espacio su estridente grito. El tembló, pero continuó su camino. Aquella ave volaba despacio, se detenía en los tejados de las casas, en las pilas de las plazas y seguía al parecer a aquel mancebo; de vez en cuando, su vuelo estaba tan cercano a su rostro, que al cortar el aire le alzaba el cabello. Aquel hombre no hacía ni ademán para espantarla, a pesar de que iba armado con su largo báculo de peregrino. Su única defensa era hacer la señal de la cruz y balbucear sonidos inarticulados semejantes a una oración.

Entró aquella noche en un bodegón de la calle de la Plata y los jugadores que allí estaban sin saber porqué suspendieron el juego. De repente el ave cruzó la sala alumbrada con candil, y su estridente graznido fue tan prolongado, tan sobrenatural y tan extraño, que todos se pusieron de pie y se persignaron.

El viajero se había sentado a una mesa, parecía un difunto, y su rostro estaba tan pálido que se hubiera creído había perdido toda su sangre. Dio un golpecillo sobre la mesa y pidió de beber; pero al llevar el vaso a sus labios descoloridos, el ave fatal

graznó desde el patio. El viajero esperó.

Cada vez que intentaba apagar la sed, se oía el mismo lúgubre grito.

Pronto se alarmó el hostelero y los parroquianos armados de palos salieron a espantar a aquella ave; pero no la vieron más.

Desde aquella fecha, pasaron doce años, en los que día a día, el viajero llamaba a la puerta de San Francisco, cuando había reunido algún dinero para hacer dar misas.

Cuando entraba a orar en los templos, el ave se posaba sobre la cruz de la torre, y desde allí lanzaba su prolongado graznido. Salía el hombre y el ave descendía rápida y velozmente, rosando con su ala misteriosa el pálido rostro de aquel mancebo.



Cuando tañía la campana del convento, de San Francisco, para marcar la hora del silencio

El día que se cumplieron los doce años, la sombra fantástica se acercó más al hombre pálido y en el oído le dijo: "*voy a gozar de Dios*", dicho esto se levantó envuelta en una nube para luego desaparecer.

Nadie conocía la historia de aquel hombre, sino el anciano guardián de San Francisco.

"El hombre había venido de España acompañado de un amigo íntimo. Llegados a América, desembarcaron en el Golfo de México. Desde allí emprendieron una larga travesía para venir a Potosí, después de haber visitado la ciudad de Lima. Sufrieron en este largo viaje hambre, sed y corrieron muchos riesgos.

El amigo llevaba algunas alhajas, que al partir de España le había dado su buena madre; entre éstas traía un anillo de gran precio, que no quiso vender, porque para él era un santo recuerdo de su madre, resignándose a sufrir.

Acosado por la necesidad, entonces el hombre pálido asesinó a su amigo y le robó la joya, satisfizo el hambre, pero desde aquel día se le puso el amigo a su lado en forma de sombra fantástica.

Doce años escuchó el fatídico graznido del ave fatal; pero él se había arrepentido y con sus ahorros mandaba decir misas por el alma de su amigo".



Los enviados de satanás

De: Vicente G. Quesada

Cuentos y leyendas fantásticas:

En uno de los barrios de la Villa Imperial, vivía una bellísima doncella, cuyo nombre no se sabe.

Cerca de su casa se levantaba un convento de frailes; desde la ventana de una de las celdas, un religioso había visto a la púdica mujer y Satanás le había abrazado con prohibidos deseos.

Algún tiempo después, él había satisfecho su intento; se había perpetrado un crimen en el silencio.

Al siguiente día, las campanas del convento tañían, con lúgubre sonido de la agonía. El fraile supo espantado la muerte de su víctima.

El cadáver de la joven fue enterrado en la misma iglesia y desde entonces empezaron a sentirse en el templo por las noches ruidos pavorosos, por lo que nadie se atrevía a entrar después de apagadas las luces.

No distante del convento, vivía un herrador y, una noche, llamaron a la puerta del mismo. Abrió el buen hombre y se encontró con unos mancebos extraños: *"Eran los ministros del infierno"*, que traían una mula, que caminaba quejándose con voz humana a la cual mandaron herrar.

Preparó su martillo, tomó las herraduras, pero al clavarlas creía ver manos y pies humanos porque cada golpe de martillo le despedazaba el corazón ante el ¡Ay! que arrancaba el animal.

Apenas acabó su operación por lo que no se atrevía a levantar la vista, pues creía que había puesto herraduras en las manos y los pies de una criatura humana.



En uno de los barrios de la Villa Imperial vivía una bellísima doncella, cuyo nombre no se sabe.

Entonces estos misteriosos mensajeros, le dieron un pañuelo diciéndole:

-- Id ahora mismo al convento de... preguntad por el fraile... dadle este pañuelo y decidle que lo esperamos. Id pronto.

El herrador temblando de terror, llamó en la portería, preguntó por el fraile, e hizo como le habían mandado. Este, al ver el pañuelo, casi perdió la razón, era el mismo que tenía su víctima en la lucha. Tomó sus hábitos y siguió a aquel que lo llamaba.

Cerca de la portería se encontraba la mula, sobre ella colocaron al fraile, empezó entonces un viaje fantástico y pavoroso. Al fraile le habían puesto espuelas para que hiciese caminar cuando la mula se paraba. Cada vez que el fraile la tocaba con su espuela, lanzaba el animal un quejido humano.

Treparon las montañas, subieron las altas cimas de las cordilleras y atravesaron las regiones fantásticas de las nubes. La mula andaba por los aires, y los ministros de los mundos infernales iban transformándose en horribles demonios.

Rodaba el grupo en el espacio y, de repente, el fraile sintió que se desprendía la mula y se transformaba al descender en la angustiada doncella, con la cual jugaban aquellos demonios.

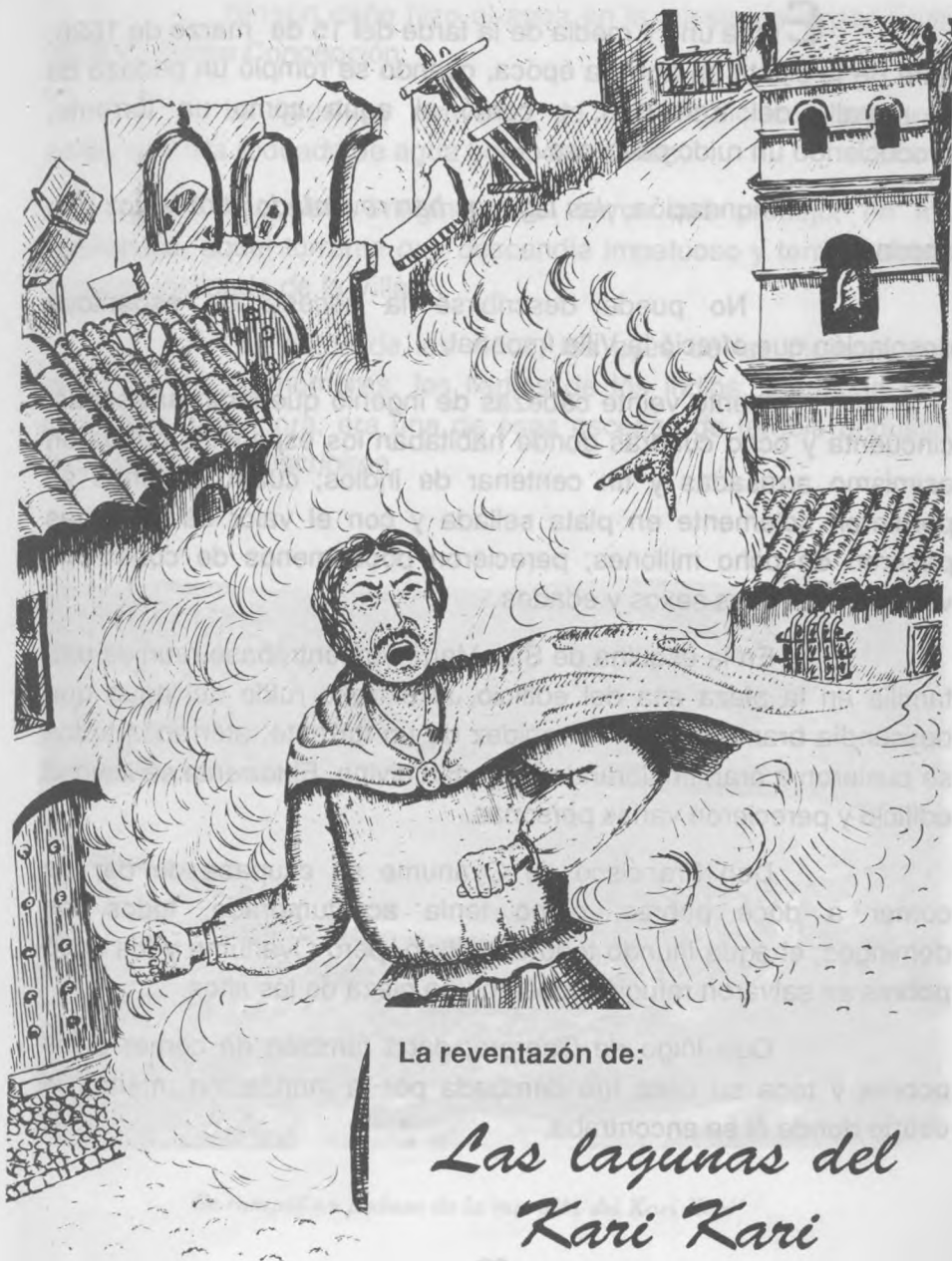
Mientras tanto, a él le habían tomado de los extremos de sus largas uñas, y le tenían suspendido en el espacio, dándole un movimiento ondulatorio.

Empezaron entonces, a clarear los horizontes de aquellas escenas, con el aterrador ruido de una inundación de mar de llamas. Detrás de aquellas olas de fuego, veía rostros humanos de "almas condenadas y ánimas en pena", y la más angustiada la primera, era la doncella sacrificada a su sensualidad.

Los demonios tenían siempre de las uñas al fraile, que sentía el calor de las llamas, en sus vestidos y en la piel de su cuerpo, que empezaba a ponerse rígido para arder.

Entonces, le soltaron y rodó en el espacio con rapidez, escuchándose en su descenso las infernales risas de los demonios que le habían conducido.

Al día siguiente el fraile estaba moribundo en la portería del convento. En su cuello tenía atado el pañuelo de su víctima que no pudo desatárselo jamás.



La reventazón de:

Las lagunas del Kari Kari

De: Vicente G. Quesada

Era la una y media de la tarde del 15 de marzo de 1626, hora de la siesta en aquella época, cuando se rompió un pedazo de la muralla del Kari Kari, y corrió el agua como un torrente, produciendo un ruido pavoroso.

Inundación, *¡las lagunas han reventado!*, era la voz que dominaba.

No puede describirse la escena de espantosa desolación que ofreció la Villa Imperial.

Ciento veinte cabezas de ingenio quedaron arrasadas, cincuenta y ocho cuadras donde habitaban los españoles quedaron asimismo arrasadas y un centenar de indios; cuatro millones se perdieron solamente en plata sellada y con el valor de las joyas pasaron de ocho millones; perecieron poco menos de cuatro mil vecinos de ambos sexos y edades.

En la esquina de San Martín encontrábase reunida una familia en la pieza alta del edificio, al extraño ruido del agua que descendía bramando con la rapidez de un torrente, aterrados todos se pusieron a orar, implorando la piedad divina. El torrente se llevó el edificio y perecieron varias personas.

Don Francisco de Oyanume se ocupaba de dar de comer a doce pobres, como tenía acostumbrado, todos los domingos; el agua inundó todo el edificio, pero Oyanume y los doce pobres se salvaron refugiándose en una pieza de los altos.

Don Iñigo de Cabrera, daba también de comer a los pobres y toda su casa fue derribada por la inundación, menos el cuarto donde él se encontraba.

Ningún daño hizo el agua en la iglesia de la parroquia de la Purísima Concepción.

La iglesia y convento de San Francisco, quedaron como una isla rodeada de agua por todas partes.

Imposible imaginarse el terror que produjo, en los habitantes, aquel torrente que descendía impetuoso y terrible sobre el plano inclinado de la Villa.

Los gritos de los niños, los ayes de las mujeres, los lamentos de los hombres, los llantos de los indios, formaban una confusión aterradora, era una de esas escenas de terrible angustia que no pueden describirse.



Se rompió un pedazo de la muralla del Kari Kari

El torrente pasó abriendo una zanja y apenas se derramaron de las lagunas dos tercias partes de agua; si se hubiera roto toda la muralla, Potosí habría desaparecido.

Después de este terrible suceso se construyó la muralla con más solidez.

Cuéntase que en las noches claras de luna se distinguían en las lagunas del Kari Kari, blancos fantasmas que se reunían para su peregrinación nocturna, arrastrando sus largos sudarios. Después precedidos por luces fantásticas, descendían por el mismo camino que tomaron las aguas en aquel día de luto, y se esparcían por la Villa.

Eran las almas de los muertos en aquella inundación, que venían a implorar la caridad de los vivos para que las salvaran del tormento de la impenitencia por la oración y las ofrendas.

Durante mucho tiempo, los bordes de aquella zanja que abrió el agua, se veían cubiertos de cruces y nadie andaba de noche en la dirección de las lagunas del Kari Kari, y si alguno emprendía la marcha era después de la hora terrible.

Estas apariciones disminuían a medida que los pobladores ofrecían misas y oraciones.



*El Santo Cristo de
la Vera Cruz*

De: Vicente G. Quesada

El primer templo que se edificó en Potosí fue la iglesia de San Francisco, y en ella es donde se venera el crucifijo bajo la advocación del Santo Cristo de la Vera Cruz de Potosí.

¿Quién?, ¿Cómo? y ¿Cuándo llegó allá la imagen?

Cuéntase que no había terminado el año de 1550, cuando una mañana se encontró en la puerta misma de la referida iglesia, el singular cajón de cedro que contenía la venerada efigie, aumentando la admiración del entonces Virrey de Toledo al ver que el pelo de su sacratísima barba era natural, lo cual se le había comprobado en varias ocasiones.

Este Cristo empezó a tener tantos devotos y tan frecuentes eran sus milagros, según la tradición que el Virrey de Toledo hizo levantar una información jurada de estos sucesos.

Otros refieren la leyenda suponiendo que



El primer templo que se edificó en Potosí fue la iglesia de San Francisco



En ella se venera el crucifijo del Santo Cristo de la Vera Cruz en Potosí

el cajón fue encontrado en el puerto de la Vera Cruz, con el rótulo para San Francisco de Potosí, sin saberse quién lo enviaba. Conducido a la Villa se encontró dentro de una caja en forma de Cruz, la notable y artística figura del Cristo crucificado, de una verdad sorprendente.

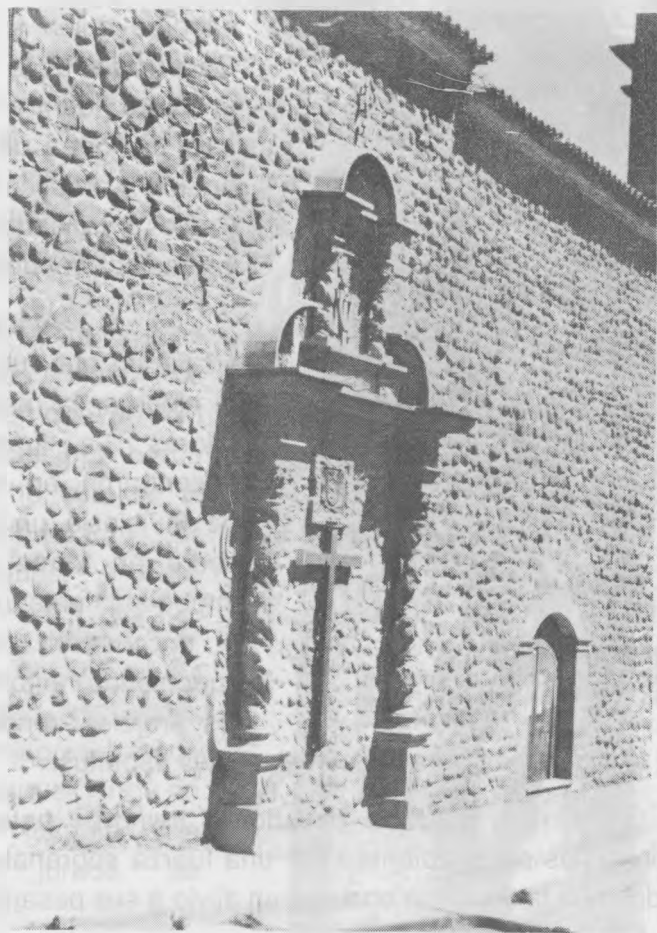
Algunos sostienen que, un viernes al alborar la mañana, los padres franciscanos encontraron en la puerta de la iglesia un cajón de cedro en forma de cruz. Inmediatamente lo abrieron y encontraron la efigie, suponiendo entonces que los ángeles condujeron la

caja y que la imagen es obra de los celestiales espíritus.

Cuentan que los pecadores tiemblan ante aquella imagen, los malos se arrepienten por una fuerza sobrenatural y los desgraciados que la imploran encuentran alivio a sus pesares.

Se dice que en cierta ocasión un padre franciscano deseoso de hacer reliquias con el cabello y barba del Santo Cristo, le cortó una parte de la misma y milagrosamente le volvió a crecer.

Los prodigios de la fe.





La moda en los nombres de pila

De: Ricardo Palma

En los últimos años de la conquista hubo un nombre de moda y con el cual se bautizó por lo menos a un cincuenta por ciento de los nacidos. La moda no vino de Lima ni de Francia, sino desde Potosí.

Hasta 1584, párvulos (mestizos o españoles), nacidos en Potosí, eran ángeles al cielo. No había memoria de que ningún niño hubiese llegado a la edad de la dentición, pues el frío los mataba.

Desde 1640, casi cien años después de fundada la ciudad experimentó en ella un notable cambio en la temperatura.

Doña Leonor de Guzmán, dama castellana y esposa de don Francisco Flores, de la Villa Imperial, había tenido varios niños que no pudieron sobrevivir al frío. En vano la pobre madre adoptaba todo linaje de precauciones para salvar la existencia de los niños, no siendo la menor de darlos luz en algún valle templado y traerlos a



Encomendando su embarazo a San Nicolás de Tolentino sin abandonar la Villa tendría su heredero.

Potosí después de pocos meses.

En 1584 los agustinos acababan de fundar su convento, y doña Leonor que se encontraba embarazada, andaba con el desconsuelo de recelar que también se helase el nuevo niño. El prior de los agustinos fue a visitarla un día y, encontrándola llorosa y acongojada le dijo:

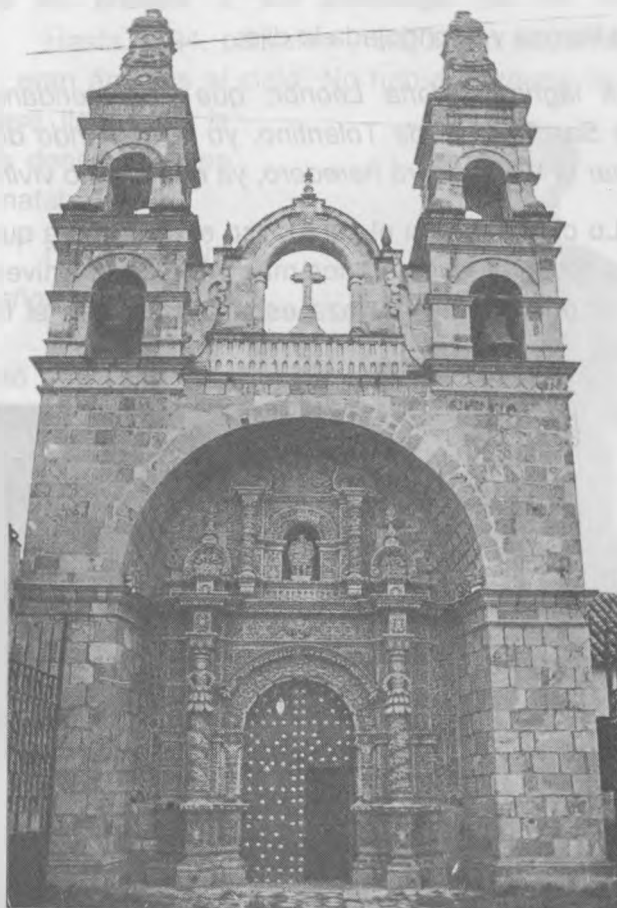
--Enjuge esas lágrimas doña Leonor, que encomendando su embarazo a San Nicolás de Tolentino, yo le respondo de que, sin abandonar la Villa, tendrá heredero, ya que el niño vivirá.

Lo cierto es que el santo hizo el milagro ya que don Nicolás Flores, rector cincuenta años más tarde de la Universidad de Lima, fue el primer niño de raza española a quien el frío no mató en Potosí.



En 1584 los agustino acababan de fundar su convento.

Más de sesenta bautismos que en 1585 administró el cura de la parroquia de San Lorenzo, tuvieron el nombre de Colas o Colasa, que por intersección del santo libraron de morir antes de la edad del destete.



Más de sesenta bautismos que administró el cura de la parroquia de San Lorenzo, tuvieron el nombre de Nicolás



¡ARRE BORRICO!

*Quién nació para pobre
no ha de ser rico*

De: Ricardo Palma

Unos dicen que fue en Potosí y otros en Lima, donde tuvo origen este popular refrán.

Por los años de 1630, había en la provincia de Huarochiri un indio poseedor de una recua de burros con los que hacía frecuentes viajes a Lima, trayendo papas y quesos para vender en el mercado.

En uno de sus viajes, encontróse una piedra que era plata maciza. Trájola a Lima, enseñóla a varios españoles y ellos maravillados de la riqueza de la piedra, hicieron mil propuestas al indio para que les revelase su secreto. Este se puso obstinado en no decir dónde se encontraba la mina de que el azar había hecho su descubridor.

Vuelto a su pueblo, el gobernador que era un mestizo muy ladino, y compadre del indio, le armó una trampa:

--Mira compadre --le dijo-- tú no puedes trabajar la mina sin que los viracochas te maten para quitártela. Denunciémosla entre los dos, que conmigo va seguro, pues soy autoridad y tengo amigos que nos pueden ayudar.

Tanta era la confianza del indio en la lealtad del compadre, que aceptó el trato; pero, como el infeliz no sabía leer ni escribir, encargóle el mestizo de organizar el expediente haciéndole creer, como artículo de fe, que en los decretos de amparo y posesión figuraba el nombre de los dos socios.

Así las cosas, amaneció un día el gobernador con ganas de adueñarse del tesoro y le dio un puntapié al indio.

Este llevó su queja por todas partes sin encontrar valederos; porque el mestizo se defendía exhibiendo títulos en los que, según hemos dicho, sólo él resultaba propietario.

Como último recurso aconsejaron al tan traidoramente despojado que se apersonase con su querella ante el Virrey del Perú, que por entonces era el señor Conde de Chinchón.

Expuso ante él su queja y el Virrey lo oyó media hora sin interrumpirlo, silencio que el indio creía de buen agüero. Al fin el Conde le dijo que aunque en la conciencia pública estaba que el mestizo lo había burlado, no había forma legal para



*Unos dicen que fue en Potosí y otros en Lima, donde tuvo origen
este popular refrán.*

despojar a este que comprobaba su derecho con documentos en regla. Y terminó el Virrey despidiéndole con estas palabras:

--Resígnate hijo y vete con tu problema a otra parte.

El indio montó en su asno y espoleándolo con los talones, exclamó:

--¡Arre borrico! quien nació para pobre no ha de ser rico.





Las orejas del Alcalde

De: Ricardo Palma

Concluía el año de 1550 y era alcalde mayor de la Villa Imperial el licenciado don Diego de Esquivel, hombre atrabilario y codicioso, así como mujeriego y pendenciero.

Por entonces, hallábase su señoría enca-labrinado con una muchacha potosina; pero ella que no quería de dares ni to-mares, con el hombre de la ley, lo había muy cortés-mente despedido, ponién-dose bajo la salvaguardia de un soldado de los ter-cios de Tucumán, guapo mozo que se derretía de amor por la chica. El golilla

ansiaba pues, la ocasión de vengarse de los desdenes de la ingrata, a la par que del favorecido mancebo.

Sucedió que una noche se armó gran pendencia en una de las muchas casas de juego, que había en la calle de Quintu Mayu a consecuencia de una trampa de juego, fueron apresadas varias personas.

Los alguaciles, haciéndose compadres de los jugadores, como es estilo en estos percances, los dejaron escapar casi a todos menos a dos.



Se armó gran pendencia en una de las ca-sas en la calle del Quintu Mayu

No fue bobo el alegrón de don Diego, cuando constituyéndose al otro día en la cárcel, descubrió que uno de los presos era su rival, el soldado de los tercios de Tucumán.

--¡Hola!, ¡hola!, buena pieza. ¿Conque también jugadorcito?

--¿Qué quiere vueseñoría?

--Ya saben usarcedes lo que reza el bando: Cien duros o cincuenta azotes. A las doce daré la vuelta y ... cuidado!

El compañero de nuestro soldado envió recado a su casa y se agenció las monedas de la multa, y cuando regresó el alcalde halló redonda la suma.

--Y tú malandrín ¿pagas o no pagas?

--Yo, señor Alcalde. Soy pobre y no han de sacarme ningún quinto.

--Pues la carrera de baqueta, lo hará bueno.

--Tampoco puede ser señor alcalde, aunque soldado, soy hidalgo y de solar conocido.

--Tú hidalgo, don bellaco? Maese Antúnez, ahora mismo que le apliquen cincuenta azotes a este príncipe.

--Mire señor licenciado, no se trata tan ruínmente a un hidalgo español.

--¡Hidalgo!, ¡hidalgo! cuéntamelo por la otra oreja.

--Pues señor don Diego, --repuso furioso el soldado-- si se lleva adelante esa cobarde infamia, juro cobrar venganza en sus orejas de alcalde.

El licenciado le lanzó una mirada desdeñosa y salió a pasearse en el patio de la cárcel.



Paseábase por Cantumarca en la víspera de su viaje.

Poco después, el carcelero en presencia del Alcalde, le administró cincuenta azotes, que la víctima soportó sin exhalar ni la más leve queja.

Pasó el tiempo y el ultraje inferido a don Cristóbal había quedado en el secreto; pues el alcalde prohibió a los carceleros que hablasen de ello.

En eso recibió don Diego pliegos que lo llamaban a Lima para tomar posesión de una herencia.

Paseábase por Cantumarca, en la víspera de su viaje, cuando se le acercó un embozado, preguntándole:

--¿Mañana es el viaje señor licenciado?

--¿Le importa algo al muy impertinente?

--¿Que si me importa? y mucho. Como que tengo que cuidar esas orejas.

Y el esbozado se perdió en una callejuela, dejando a Esquivel sumergido en un mar de cavilaciones.

Llega a la ciudad de los Incas y al doblar una esquina, se encontró con su víctima de Potosí.

--No se asuste señor licenciado. Veo que esas orejas se conservan en su sitio y me alegro de ello.

Don Diego se quedó petrificado.

En Gumanga, Lima y en todo lugar se le presentó el flagelado, no había medio de esquivarlo, parecía una pesadilla para don Diego.

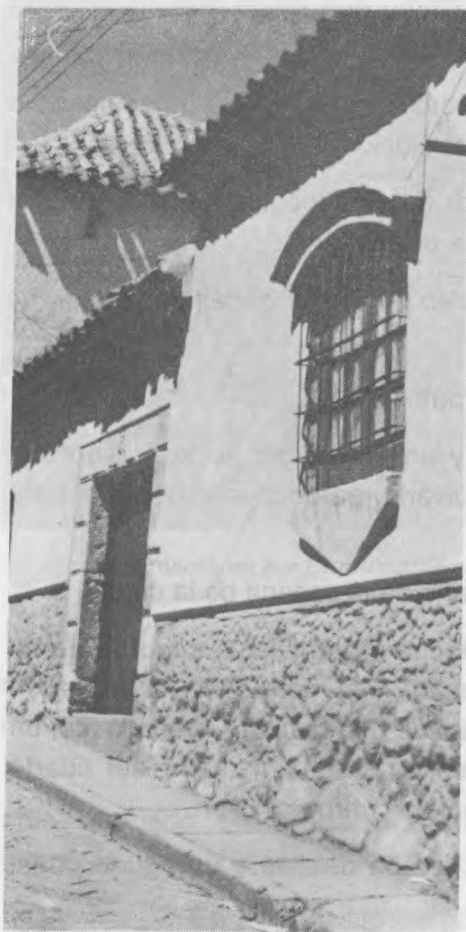
Y así llegó el aniversario de la escena de la cárcel.

Eran las diez de la noche y don Diego, seguro de que las puertas de su estancia estaban bien cerradas, en su sillón escribía su correspondencia, a la luz de una lámpara. De repente, un hombre se descolgó cautelosamente por una ventana del cuarto vecino, dos brazos nervudos ligaron su cuerpo al sillón.

El hidalgo de Potosí estaba delante y un agudo puñal relucía en sus manos.

--Señor Alcalde Mayor --le dijo-- hoy vence el año y vengo por mi honra.

Y con salvaje serenidad, rebanó las orejas del infeliz licenciado.



Don Diego murió un mes después, más que por consecuencia de las heridas, de miedo al ridículo de oírse llamar "el desorejado". Mientras que don Cristóbal se dio modos para trasladarse a España, donde solicitó audiencia de Carlos V, le hizo juez de su causa y fue perdonado.



Fenómenos de la conciencia

De: Pedro B. Calderón

El templo de San Pablo en esta ciudad, era un suntuoso y hermosísimo templo, al que concurría la gente mas noble y acaudalada, luciendo un lujo extremado.

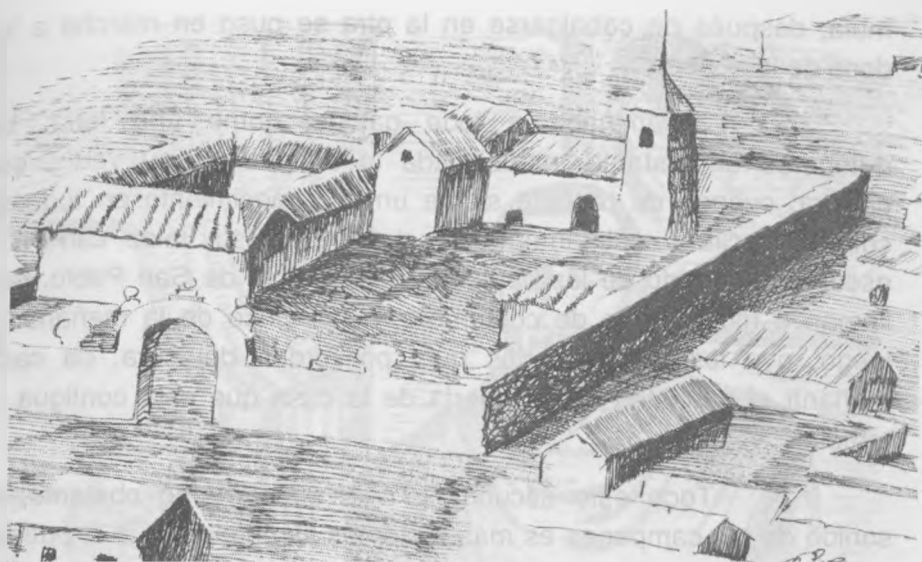
Por aquel año de 1604, era cura de dicho templo don Andres de Alcoba, sacerdote austero y virtuoso, modelo de piedad y que el único defecto que tenía era ser bastante avaro y codicioso.

Jamás se conoció en su casa cocinera, ni sobrina, ni ama de llaves, ni ningún animal que se pareciera a mujer, exceptuando dos mulas que le servían para ir a algún lugar distante, cuando le llamaban a confesión y un negro de nombre Marcelo, en quien depositaba el cura toda su confianza.

El cura era rico, muy rico, y aparentaba ser pobre, hasta el extremo de que se le tenía compasión, y varias personas le enviaban regalos, en la creencia de que hacían una obra de caridad; el único que conocía la verdadera riqueza del cura era el negro Marcelo.

Una noche, después de haber servido a su amo el consabido chocolate, se quedó delante de la cama del cura. Estuvo largo tiempo observando el demacrado semblante y notó que, desde algunos días antes, había cambiado mucho y que parecía que la muerte se apoderaba de su amo.

Con esta idea se retiró a dormir y no pudo conciliar el sueño porque otro pensamiento, para él más grave, vino a perturbarlo. Y este era que, muerto su amo, todas sus riquezas irían a parar a las autoridades que le arrojarían a él a la calle. Pero, para evitar este contraste urdió un plan, que consistía en dar muerte al cura en la primera ocasión; cargar toda la plata posible en una de las mulas y en la otra marcharse.



*El templo de San Pablo en esta ciudad, era un suntuoso
y hermosísimo templo.*

Tres noches después, el cura se halló bastante indispueto, y ordenó al negro que le preparara un medicamento. Este fue a cumplir la orden; pero en vez de hacer el medicamento, se dedicó a afilar con mucho entusiasmo un cuchillo toledano. Cuando volvió al dormitorio del cura, éste dormía con un sueño fatigoso del que sufre una enfermedad.

Silenciosamente se acercó al lecho y con mucha suavidad levantó la barba del anciano cura... Un minuto después tenía suspendido con su siniestra la cabeza del sacerdote destilando sangre y en su diestra el cuchillo homicida... El ministro del Evangelio no tuvo tiempo para exhalar ni un gemido.

Inmediatamente después, reunió todas las alhajas, piedras preciosas, objetos de plata y oro y lo de más valor que pudo, y haciendo dos pesados bultos, formó una carga que colocó en una

mula, después de cabalgarse en la otra se puso en marcha a las doce de la noche.

Caminaba a todo galope, como una furia, sin detenerse un instante, nada, nada lo detenía en su vertiginosa carrera; cuando de repente siente un estremecimiento en todo su cuerpo, vacila y súbitamente se detiene en su veloz carrera y escucha el sonido de las campanas del templo de San Pablo, que llaman a misa, como de costumbre, a las cinco de la mañana. Y luego, oye los golpes recios que, por orden del cura, da cada mañana el sacristán en la puerta de la casa que está contigua al templo.

Todo esto escucha y cree soñar, y no obstante, el sonido de las campanas es más recio, los llamamientos a la puerta, más continuados... Se restrega los ojos... los abre... y ¡Oh! desgraciado mira y se encuentra en el patio de la casa del cura rodeado del sacristán y otros individuos que han forzado la puerta y que absortos le contemplan en aquel estado, manchado de sangre.

El Negro Marcelo, en su desesperación por huir, se olvidó abrir la puerta principal y en su delirio, creyó galopar en un espacioso camino cuando sólo daba vueltas alrededor de la casa del cura.

Dos días después, la cabeza del negro Marcelo, se hallaba en la plaza a la espectación pública, y su cuerpo fue quemado.



El diablo de corregidor

De: Tomas O' Connor D'Arlanch

Cerca de Puna existe un pueblo llamado Paucarcollo, célebre por haber sido gobernado durante siete años por su Majestad infernal en persona, allá en los primeros tiempos de la conquista.

Un buen día se presentó, en el mencionado pueblo un caballero de capa colorada, a tomar posesión del Corregimiento, con despacho del mismo Virrey de Lima; visto lo cual se le entregó el mando.

Nadie sabía quién era ni por dónde había venido, aunque él protestaba ser de raza española.

Poco tiempo tardó para que los vecinos empezaran a sospechar de que su nuevo Corregidor, era el mismo Diablo; y sus



Cerca de Puna existe un pueblo llamado Paucarcollo...

sospechas crecieron más cuando observaron que se daba de beato, aunque sin querer penetrar en la iglesia; pues no oía misa ni los días de fiesta; aunque él mismo se colocaba en la puerta del templo los domingos y apuntaba en un libro a todos los vecinos que no iban a la misa, a los que después, les hacía aplicar 50 azotes en la plaza pública, por esta falta y para corregir la indevoción como él decía.

El, entretanto se paseaba a largos pasos por la plaza frente a la parroquia, mirando de reojo a la puerta, envuelto en los anchos pliegues de su capa colorada.

Fiscalizaba hasta la vida privada de todas las personas, y era tan excesivamente severo con los pobres indios, que ya los tenía desesperados. Jamás aflojaba la capa roja y bajo de ella un gran sable. Visitaba a todos los del lugar, menos al cura pretextando que no era de sus mismas opiniones en política.

Muchas veces se había pensado en hacer una revolución para derrocar a tan odioso Corregidor, pero apenas un individuo pensaba en esto cuando ya estaba preso; así es que el Corregidor infundió tal miedo en el lugar, que ya todos se conformaron a soportar tan endemoniada tiranía.

En tal estado estaban los infelices habitantes de Paucarcollo, cuando un día, y como caído del cielo, llegó un santo misionero, al que con la mayor reserva del mundo, algunos honrados vecinos manifestaron sus sospechas respecto del maldito Corregidor.

--Hijos míos, --les dijo el religioso-- puede ser que efectivamente vuestro Corregidor actual sea el mismo demonio en figura humana y que Dios haya permitido que él os gobierne por vuestras culpas. Lo menos que se puede es hacer penitencia para que Dios se digne libraros de él.

Al día siguiente de esta conversación, el misionero que no sabía qué pensar, acerca de este misterioso Corregidor y de las mil diabluras que a él le habían contado los vecinos más respetables del pueblo, resolvió encaminarse a visitarle y observarle atentamente.

Encontró al señor Corregidor, que era de elevada estatura y de larga barba, paseándose en su salón, siempre envuelto en su capa roja; se sentó junto a él después de saludos ambos muy cortésmente y como lo sintiera cierto olor a azufre, de golpe le leyó un

exorcismo cuando menos lo pensaba. Hubo un trueno terrible y una llamarada de fuego salió de la tierra y el Corregidor, convertido en lo que realmente era, se hundió en ella.

Todavía se ve la piedra partida, por donde, juran todos los habitantes de Paucarcollo que el Diablo se volvió a los infiernos, después de haber estado allí siete años de Corregidor.



Se colocaba en la puerta del templo los domingos y anotaba...



Crimen y expiación

De: Enrique Salas

Esta es la relación sombría del señor P... acerca de un episodio de su vida en estos lugares de la Villa Imperial.

Dice don P... era el año 1853 justamente en los días del mes de mayo, cuando como remesero, conducía de Potosí 5.000 zurrone de plata sellados, a Cobija por el desierto de Atacama.

A su salida de Potosí, advirtió que dos individuos seguían su camino, parecían sombras de un mismo cuerpo.

Su actitud al principio indiferente, llegó a ser cada momento más alarmante, puesto que cuanto más apresuraba el viaje, más se empeñaban a perseguirlo, al punto de armarle ya en algunos lugares emboscadas, de las que merced a la astucia y prudencia, logró evadirse.

Esa noche negra, fría, con viento y lluvia, se aproximó con el delicado equipaje a "Canchas Blancas", lugar donde vivía su compadre don Diego, su mujer y su hijo, joven de veinte años, único sostén e ilusión de ese matrimonio del desierto, llamado Juan, esperanza de su hogar.

Sería las once de la noche, cuando su compadre don Diego, a quien le contó su situación y temores, le alojó en el cuarto de su tan querido hijo (cuarto estrecho y que tenía una angosta ventana al campo), haciéndole acostar con tierna hospitalidad en la cama de su hijo, porque esas noches, Juan, a hurtadillas de sus padres, como todo joven se había furtivamente ido a la fiesta de "La Cruz" de Alota, pueblo cercano.

La responsabilidad y más que todo la honorabilidad del señor P... le obligaron a colocar los zurrone de dinero, todos en el mismo cuarto, y dormir al lado de ellos, abandonando la cama de Juan.



Se aproximó con el delicado equipaje a "Canchas Blancas".

Entre el temor y la desconfianza de aquella noche, no cerró los párpados y velaba contando las horas en su mente, como contaba los latidos de su corazón inquieto y agonizante, víctima de funestos presentimientos.

Al primer canto del gallo, sintió que la ventana del cuarto cedía, al impulso de una persona; entonces, conteniendo hasta la respiración, esperó el resultado para llamar, en su caso, la protección de su compadre don Diego.

Pero luego que el hombre hubo penetrado se recostó en el lecho de Juan y sea por la fatiga, el frío y el aguardiente, concilió en el acto el sueño, durmió con toda la franqueza del que en su casa y en su cama, desquita ocho días y sus ocho noches de amorosas campañas.

Aún no se podía explicar este hecho, cuando antes del segundo canto del gallo vuelve a abrirse la malhadada ventana; penetra un hombre por ella, siente el ronquido del dormido, le tienta apresurado el cuerpo, le escoge el pecho y... ¡Le hunde un puñal hasta el mango!... en el acto en que un relámpago con su siniestro resplandor iluminó al aposento.

Convencido de que su víctima era ya frío cadáver, recoge el cuerpo, lo saca por la ventana y al mismo pie, como puede, lo sepulta y desaparece.

En ese momento creyó soñar, suponía preso de una pesadilla mortal... que estaba loco...

Esa situación le inmovilizó en el febril delirio de su mente, hasta que a los primeros destellos del alba, salió de aquel sepulcro enajenado, para comunicar toda esa escena de sangre a un Corregidor del más inmediato lugar, llamado Alota.

Acompañado de él y de cuatro vecinos más, retornaron al teatro de los acontecimientos.

Llegado al lugar, su compadre don Diego, abrió tan desmesuradamente sus ojos que querían desquiciarse de sus órbitas, con los cabellos crispados, apretando los puños y retrocediendo pasos atrás exclama:

--Compadre... ¿Entonces a quién... he muerto anoche?...

El hielo de los Andes no hubiera enfriado su alma tanto, como este encuentro..

Confuso don Diego y de rodillas ante el cielo, no era ya hombre, era un autómatas, que levantándose violentamente, corrió a desenterrar a su víctima; era su hijo Juan... a quien, pensando que era yo, y por el interés del dinero que conducía, lo había matado.

Don Diego, después de verse en la mendicidad más espantosa, perdida, la razón idiotizado, murió en el Hospital no como hombre, sino como una bestia feroz.



Para comunicar toda esa escena a un Corregidor del más inmediato lugar...



Zuebrada de San Bartolome

De: Bartolomé Martínez y Vela

Los habitantes de Cantumarca, tenían en la quebrada que hoy llaman de San Bartolomé, distante de esta Villa a una legua, una gran cueva naturalizada en peña viva, donde un día a la semana iban como en procesión a adorar al común enemigo que las más de las veces se les aparecía visible.

Es memorable esta quebrada, por la cual pasa el



camino real de las provincias bajas y ciudades de Lima, Cuzco y otras, por lo que en ella sucedía a los principios de la fundación de esta Villa, pues pasando las gentes por allí, repentinamente se juntaban las dos peñas, que son altísimas y matándolos a todos se tornaban a abrir.

Otras veces, si pasaban en cabalgadura, de improviso éstas, se alborotaban hasta hacer pedazos a los hombres con sus corcovos. Otras, se levantaba un viento "huracanado" tan espantoso que, súbitamente les quitaba la vida, y si no se las quitaba, en

*Es memorable esta quebrada, por la cual
pasa el camino real al Perú...*

aquel punto los arrebatava y arrojaba encima de otras peñas, que hay en sus contornos.

El causante de estos daños era el demonio, que habitaba en aquella gran cueva.

Después que se fundó en esta Villa el Colegio de la Compañía de Jesús, informados, los venerables padres de aquella sagrada y amabilísima religión, fueron un día llevando en procesión la imagen del apostol San Bartolomé y colocándola en otra pequeña y natural cueva vecina a la grande, al punto

salió de ésta el demonio bramando y haciendo un espantoso ruido y se estrelló contra la misma peña, quedando hasta hoy las señales de un color verdinegro.

Colocado el Santo y puesta una gran cruz en la cueva mayor, nunca más se experimentó otra desgracia y desde entonces tiene esta Villa gran devoción a San Bartolomé y cada año van españoles e indios a celebrar su fiesta con gran solemnidad.

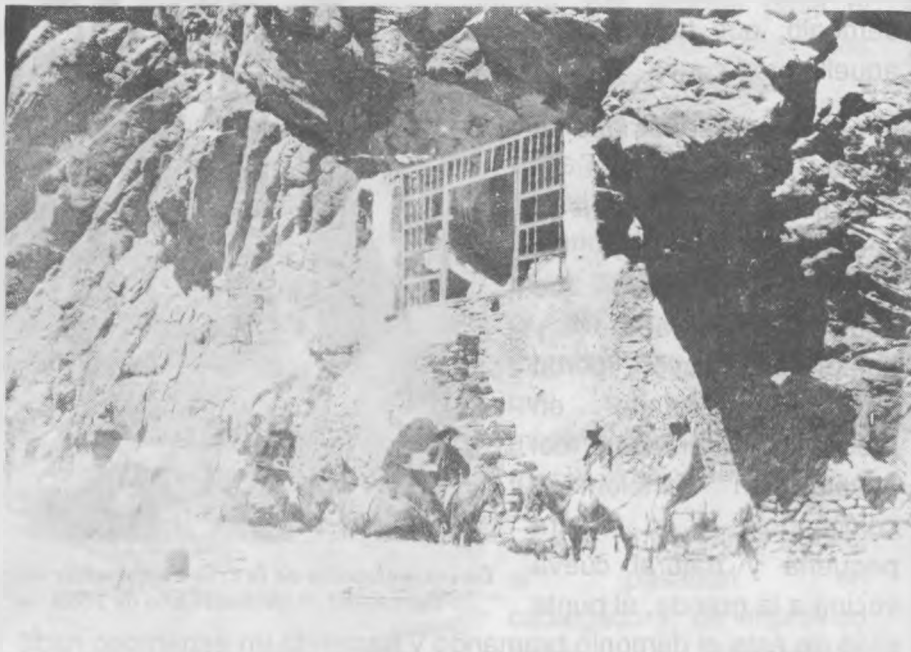
La cueva donde está el Santo es natural y se sube a ella por una escalera hecha de piedra a mano, la cual está en medio



La entronización de la cruz e imagen de San Bartolomé se efectuó el año de 1589

de un puente que está fabricado sobre el río de la Ribera, que por medio de la quebrada baja su corriente al valle de Tarapaya.

La entronización de la cruz e imagen de San Bartolomé se efectuó el año de 1589 celebrándose, desde entonces cada 24 de agosto, la gran festividad del Apostol en el lugar.



La cueva es natural y se sube a ella por una escalera...



Una misa a las doce de la noche

De: José Manuel Aponte

Cuando el cerro de Potosí fue una colmena de mineros, donde ganaban el sustento o sacaban su fortuna millares de personas, el barrio de San Benito, era una zona muy populosa.

Durante la Cuaresma y aun después, en los Siete Viernes, las puertas de la iglesia de San Benito, se abren para dar paso a los arrepentidos penitentes, que acuden allí en demanda del perdón de sus pecados, pero el resto del año permanecen cerradas.

Aquel templo, una vez al año es teatro de extraordinarias visiones, por cuanto aún no acabado de extinguirse en el reloj de la Catedral, la última campanada de las doce de la noche del Viernes Santo, se oye a lo lejos que llaman a misa en San Benito.

Tras la última vibración, de súbito se ilumina el templo, las puertas se abren gimiendo sobre sus goznes; brillan las luces en el altar mayor y entonces aparece un sacerdote, revestido con ornamentos, en actitud de celebrar. Pero está sólo.

Detiénese un instante al pie de la primera grada, como si esperase; hace el ademán de entregar el bonete, cual si alguien estuviese a su lado; y como no hay quién lo reciba ni le ayude, lo recoge, se lo coloca en la cabeza y se entra.

Apáganse las luces simultáneamente y como por encanto, quedando todo igual que antes; la visión apenas dura un minuto.

Refiere la tradición, quizás exagerada, que un sacerdote hace muchísimos años en la noche del Viernes Santo, después de algunas horas de haber pecado grandemente, se dirigió

a San Benito, a las doce subió al campanario, llamó a misa, encendió las ceras, se revistió y celebró sólo sin que nadie, absolutamente nadie estuviese allí.

Poco tiempo después, murió este sacerdote, repentinamente y, desde el año siguiente, se le vio el mismo día y hora, repitiendo lo que hizo en vida, hasta que algún cristiano caritativo se presente y le ayude a celebrar, sin mirarle la cara y así le saque de pena eterna.



Durante la Cuaresma y aún después en los siete viernes, las puertas de San Benito, se abren para dar paso a los arrepentidos penitentes.

Es así que muchas personas, con el fin de descubrir y ayudar al sacerdote de su pena, se han ubicado al pie de este templo en el susodicho día, sin embargo, no pasó nada; otras personas que se ubicaron un poco alejados del lugar, aseguran haber visto encendidas las luces del templo.



Alejado del templo, aseguran haber visto encendidas las luces...



Los milagros de San Cristóbal

De: José Manuel Aponte

Durante la temporada que media entre el día jueves Santo y el de Corpus Cristhi, llamada también de los siete viernes, muchos devotos acostumbran a dar veladas religiosas cada viernes en varias iglesias de la ciudad, a las que concurren gentes de toda posición.

De entre todas las iglesias que por entonces abren sus puertas de par en par, se destaca la de San Cristóbal, un tanto apartada del centro de la ciudad, pero que en el siglo XVII ocupaba un lugar preferente en la Imperial Villa, donde se venera con particular devoción un Santo Cristo y una Imagen colosal de San Cristóbal; tal cual debió ser éste cuando se propuso cruzar un caudaloso río llevando sobre los hombros un niño desconocido, quien por su excesivo peso, le hizo proferir aquello de "Cristo me



De entre todas las iglesias que por entonces abren sus puertas de par en par, destaca la de San Cristóbal, un tanto apartada de la ciudad.

valga", a lo que el supuesto niño, que era Jesús, le respondió: "Cristóbal te llames". Sin duda, por esta feliz circunstancia las jóvenes casaderas han hecho del Santo un seguro intercesor, para encontrar marido.

Las mamás que sospechan las laudables aspiraciones de sus hijas, tienen que condescender. Y esas calles, que en cerca de diez meses permanecen solitarias, se ven por entonces asediadas de gente que suben y bajan, como un hormiguero, porque San Cristóbal es milagroso y hace casar en el improrrogable término de un año.

Entre las devotas, más asíduas de San Cristóbal figuraba una señora, madre de una preciosa y simpática niña de quince abriles que vivía en los barrios de San Cristóbal, que por ser pobre no encontraba novio.

La buena madre se encomendaba de veras a San Cristóbal, y permanecía horas enteras al pie del altar, rezando sin apercibirse que la gente se había marchado ya y que corría el riesgo de quedarse encerrada.

En cierta ocasión, se quedó dormida y el sacristán tuvo que despertarla para que se retirase.

Tanto se repitió la escena que el sacristán --muy villano-- trató de saber lo que pedía la señora, y se ocultó tras de la imagen de San Cristóbal, mientras aquella seguía rezando a media voz diciendo:

--Mi chuncu, mi paloma, azucena, dale marido a mi pobre hija.

Aprovechando la situación, el sacristán con solemne voz respondió:

--Cásala con el sacristán

La señora levantó la vista, miró por todas partes como si dudase todavía y como no viese a nadie, creyó que el Santo le había escuchado y le deparaba como yerno al sacristán; corrió a dar la noticia a la hija que escuchó con desagrado.

En vano fueron las protestas de la niña que en sus adentros, tal vez esperaba un joven guapo, de veintidos años y rico, sin sospechar que el sacristán se convertiría en su marido.



Una imagen de San Cristóbal

No hubo remedio y la infeliz marchó a San Cristóbal, en cuyo altar entregó la mano al venturoso "apaga-velas".

Paso un año y este que no debía ser de buena masa, comenzó por permitirse algunas libertades y acabó por irse días enteros con los amigos a la taberna y dio en buscar a las antiguas conocidas y no perdió ninguna fiesta donde no fuese el primer convidado, llegando a casa hecho una bodega a sacudirle el polvo a la mujer y propinarle sus trompadas a la suegra alarmando al vecindario.

La suegra volvió en recurso de queja y le expuso a San Cristóbal sus razones. Más como éste no le respondió, lo llenó de improperios.



*El arco de
una imagen*

En una de las naves de la sin par iglesia Matriz de Potosí, existe casi olvidada del cura y del sacristán y hasta de los acólitos, una imagen de la Virgen de la Candelaria, con la cabeza inclinada hacia el hombro derecho, en ademán pensativo, del que se cuenta un suceso extraordinario.

Ante todo, conviene recordar que en ese entonces los plateros de Potosí, eran primorosos en sus obras de filigrana, de las que, aún quedan muchas muestras en la mayor parte de los templos de la ciudad.



*En una de las naves de la sin par iglesia
Matriz de Potosí*

No se sabe quien era el Corregidor que gobernaba Potosí en esa época, lo cierto es que pocos días antes de la festividad de la imagen, se le ocurrió al mismo, hacer el obsequio de un arco de plata, que debería estrenarse en todo caso en la fiesta.

Hizo llamar con tal motivo al mejor platero de la ciudad y quieras o no quieras, obligó a que trabajase el arco, amenazándolo por vía de estímulo, con la horca.

El infeliz, compró cuanta plata y cobre había menester; contrató mayor número de oficiales; tomó las dimensiones del arco, como para que estuviese cabal y emprendió la obra a toda máquina, porque era corto el plazo.

La víspera de la fiesta, el arco ya estaba concluido y sólo faltaba asegurar las planchas sobre el armazón de madera. Se hizo un ensayo para cerciorarse de la exactitud matemática de la obra y el resultado fue satisfactorio.

Al día siguiente, un gentío inmenso llenaba, desde las primeras horas de la mañana, las anchurosas naves de la Matriz ansiosos como estaban todos de presenciar la colocación del precioso arco y asistir a la fiesta de la iglesia.

Pero, ¡Quien lo dijera! el arco salió pequeño y no pudo caber.

Todos se miraron con ansiedad.

El platero estaba aturdido. El Corregidor ardía de cólera, los notables censuraban al operario y el cura le echaba críticas en castellano.

No había remedio, todo estaba perdido, hasta el honor.

El Corregidor, entonces, mandó prender ahí mismo al platero y ordenó lo llevasen a la horca.

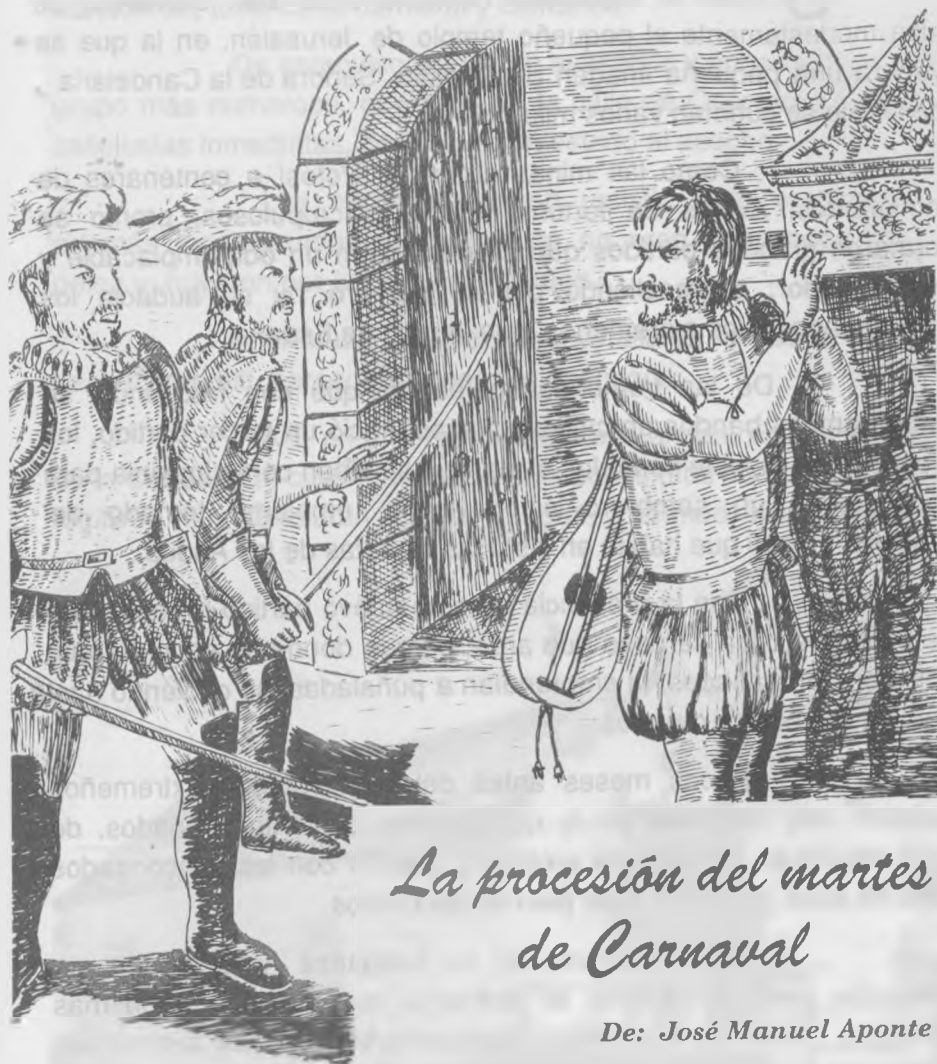
En tan duro trance, ocurriósele al desesperado artífice, arrodillarse a los pies de la imagen e interrogarle de por qué le jugaba tan mala partida. Rápidamente se levantó, tomó el arco en un ademán resuelto, lo colocó en su sitio; y entonces, la imagen inclinó la cabeza a la derecha, para que tuviese cabida el famoso arco.

Todos estaban estupefactos. El milagro estaba latente y no había discusión.

De hecho el platero quedó en libertad y durante muchos días no se habló de otra cosa que del milagro.



*Pocos días antes de la festividad de la
Virgen de la Candelaria*



La procesión del martes de Carnaval

De: José Manuel Aponte

Frente al espacioso cementerio de San Bernardo, se alza modestamente el pequeño templo de Jerusalén, en la que se venera una pequeña imagen de Nuestra Señora de la Candelaria de la que se cuentan varios milagros.

Como las minas atraían a Potosí a centenares de inmigrantes, ávidos de fortuna y poco escrupulosos, pronto se formaron grandes partidos que se declararon un odio implacable y exterminador; sobresaliendo por su número y su audacia los vascongados y los extremeños, que venían de España.

De las tremendas peleonas, que con frecuencia se daban ambos bandos en calles y plazas, nació un tercer partido, los vicuñas, tan temible como los otros, que llevaban como insignia para reconocerse un sombrero color vicuña, emblema tomado del precioso animal que habita en las altas mesetas de los Andes.

Con la presencia de este nuevo partido en el campo de batalla la cosa se puso que arde, porque donde se encontraban, solos o acompañados, la emprendían a puñaladas, no cediendo hasta que algunos caían muertos.

Pocos meses antes del carnaval, los extremeños tuvieron una contienda de la que salieron bastante averiados, de cuyo resultado, se hicieron amigos y aliados con los vascongados para no dejar en Potosí ni un pelo de los criollos.

Quedó convenida la venganza y señalada su ejecución para el carnaval de ese año, que era la ocasión más favorable, como de costumbre, aprovechando del licor fermentado por el odio que se profesaban mutuamente.

Dicho y hecho.

El martes de carnaval un grupo de alegres criollos, marchaban por la calle del Rastro, al son de sus guitarras y bandurrias, tocando el carnaval y cantando.

De improviso, se vieron asaltados y encerrados por otro grupo más numeroso, que salió de la calle de Occopampa y de las callejuelas inmediatas, donde habían estado al acecho.

Los criollos quisieron resistir, pero eran pocos y además los instrumentos de música no eran adecuados para la pelea y huyeron por la calle del Panteón.

Al cruzar por Jerusalen, hallaron la puerta abierta y se metieron allí, perseguidos por sus enemigos.

Allí, en una mesa sobre sus andas, estaba la Virgen de la Candelaria, cuya festividad hacía pocos días había pasado. Los fugitivos se abrazaron de la imagen, pidiendo socorro en tan



Frente al espacioso cementerio de San Bernardo, se alza modestamente el pequeño templo de Jerusalén.

angustiosa situación. La echaron sobre sus hombros y, abriendo paso por entre sus implacables perseguidores, que no se atrevieron a profanar el lugar sagrado ni atacar a los criollos, que llevaban la Imagen salieron todos a la calle, en improvisada procesión y bajaron hacia la anchurosa explanada del Pampón.

Los criollos no soltaban a la Imagen, porque a pocos pasos les seguían los enemigos, cuyo número aumentaba rápidamente, esperando a que soltasen la Virgen para caerles encima.



Allí en una mesa estaba la Virgen de la Candelaria

Aquello era una verdadera procesión a campo abierto, con escolta armada, pero sin arcos, ni altares, ni curas ni sacristanes, prolongándose hasta que cerró la noche.

Cansados al fin los extremeños y vascongados, se dispersaron no muy lejos, esperando la vuelta de los criollos, pero éstos no se dieron por entendidos y siguieron su camino, con la Imagen, hasta llegar a un sitio seguro.

No se sabe cómo ni cuándo la restituyeron a Jerusalem, pero lo cierto es que desde entonces fue tenida por decidida protectora de los hijos del país.



Pobre niña

De: Julio Lucas Jaimes

Un pimpollo de rosa que se abre al contacto de las auras de la primavera; una blanca azucena coronada de oro que juega con las brisas de la tarde; todo esto y cuanto bello se pueda imaginar, era la niña que allá por el año de 1597 traía alborotada esta imperial Villa, cuyo nombre respondía a Margarita de Torre Lamar.

El señor don Gonzalo Fernández de Urrutia, hidalgo hijo de Castilla, hombre rico de aquellos tiempos, andaba desesperado y loco de amor por tan sin par belleza.

A punto estaba de hacer una barbaridad. Cartitas, ramilletes de flores, serenatas, ofertas, dádivas, todo era en vano, todo fracasaba ante el frío desdén de la niña.

Así las cosas, transcurrieron dos años, él enamorado y ella fría sin sentimientos para con él.

Una vieja sonsacada por los dineros de Gonzalo, empezó su tarea de astuta serpiente, sentada junto a Margarita, hablaba del amor ardiente de aquel joven, pintando muy al vivo las delicias de eso que llamaba el placer sublime de la vida, y desplegada a la vista de la niña seductores horizontes, risueño porvenir de ventura eterna.

Pudo más la vieja tía Rita con sus arteros manejos en quince días, lo que lograr no pudo Gonzalo alcanzar en tres años.

La desdeñosa Margarita, se humanizó tanto que un día se la vio en casa de Gonzalo, a quien rendida la idolatraba.

Pasaron los días y los años; Gonzalo y Margarita se casaron y vivían sólo para gozar de su amor; hasta que cierto día el esposo fue llamado a recoger una herencia por lo que marchó a España.

En este viaje, Gonzalo halló el modo de distraer sus ocios, contemplando una bonita mujer andaluza, de la cual llegó a enamorarse casándose posteriormente.

¡Pobre Margarita!

Pintar el dolor de la infeliz, cuando supo que una valla poderosa la separaba de su amante, es tarea imposible. Dos años de lágrimas no bastaron para borrar de su pecho la imagen de su idolatrado Gonzalo.

--Jesús quién lo creyera
--*dijo la vieja Rita*-- Pero todos los hombres son iguales. Consuélate niña y no llores. Para ti no faltarán galanes, jóvenes y ricos y conviene que disfrutes tu juventud y tu hermosura.

--*Calle Ud. señora* --respondió la niña-- y no pretenda curar las heridas de mi corazón; pues le amo.

--Mira hija. Si deseas olvidarle, el medio es sencillo; ofrece tu corazón a Santa Luthgarda; ella lo aceptará y te lo devolverá sano y



Desde entonces la imagen de Santa Luthgarda, se ve rodeada de corazoncitos de papel.

Acogió Margarita el consejo; colocó un corazoncito de papel a los pies de la santa, formuló su oración y salió del templo.

En su exaltada fantasía creyó percibir la voz de su amante que la llamaba por su nombre, volvió precipitadamente la vista y prorrumpió en una espantosa carcajada... ¡estaba loca!

Desde entonces la imagen de Santa Luthgarda, vestida con traje de dama del siglo XV, se ve rodeada siempre de corazoncitos de papel. Los ponen las que adolecen el mismo mal que Margarita, y es fama que, al salir del templo la que olvidar su amor pretende, oye la voz del amante, que por tres veces la llama por su nombre. Si la infeliz obedeciendo al impulso de su pasión, vuelve la vista, en vez de olvidar, siente renovado el fuego de su amor y para siempre; mas si, indiferente prosigue su marcha y sale del templo sin hacer caso de la mágica voz, es seguro que no se acuerda nunca más del seductor ingrato.



El papelito de San Antonio

De: Luis Felipe Manzano

En el año de 1630, en un altito de desmantelada casa en la calle de Copacabana, de esta empobrecida y antes opulenta Villa, pasaban una triste vida doña Juana Requelme, y su linda hija Julia.

Juliecita era una bella muchaca, y la pobrecita con fe en la providencia trabajaba, para ganarse el cotidiano pan para sí y para su anciana madre.

Sin embargo, un mocetón llamado Francisco Delgado, por malas artes, sin duda, logró ser el dulce imán del amoroso pensamiento de Julia; pero él se había adelantado a su tiempo, pues amaba la riqueza y pensaba que el matrimonio era oro, cuya felicidad constituía el dinero.

La señora Juana veía que su Julia, su tesoro, su corazón, sufría la honda pena de su ilusión desvanecida; la veía padecer con silenciosa resignación el tormento atroz de un amor sin esperanza y todo por la falta de una dote con que ablandar el pecho de Francisco, más duro que una piedra.

¿Qué no haría una madre por la felicidad de sus hijos?

Tras largo pensar, adoptó Juana una resolución, cuya sola idea le hacía avergonzar; pero, sostenida por el vigor de un elevado sentimiento, no vaciló y salió un día a realizar ese proyecto en el que se hallaba interesada la suerte de Julia.

En la angosta calle de los Mercaderes, frente a la Iglesia de San Agustín, tenía su tienda de géneros don Baltazar de Urrutia, solterón que había logrado reunir bastante dinero en su negocio.

La fama de bueno y caritativo de que gozaba don Baltazar, era extrema, de manera que no anduvo desacertada doña Juana en recurrir a él para pedirle una pequeña limosna que pudiera bastar para la dote de su hija y poder matrimoniar a la misma con don Francisco.

El bonísimo don Baltazar, estaba agriado por una leve contradicción en el momento en que doña Juana pidió la limosna, despidiéndola acongojada a la madre.



Entretanto Julia, a su vez pedía a San Antonio santo milagroso y, sobre todo acérrimo partidario del matrimonio y repartidor singular de novios.

El santo que gustaba de conversar con la gente buena y sencilla, consoló a Julia y la aseguró que Francisco, sería su esposo. Dicho esto, dejó deslizar de la ancha manga de su hábito un pedazo de papel, con recomendación de que doña Juana lo enviara a don Baltazar Urrutia.

Julia pedía a San Antonio Santo milagroso...

Ya juntas, madre e hija, refirió ésta lo que

había sucedido en la iglesia. Doña Juana, escuchando en el relato el nombre de don Baltazar, se asustó. Pero, al fin se convino en que el papelito sería enviado por medio de una buena vecina, que gustosamente, se prestó al servicio.

En el papel estaba escrito lo siguiente: *"Doña Juana Requelme pide a Ud. de limosna lo que pese este papelito"*.

Cuando leyó la esquila don Baltazar, hallábase en agradable charla con varios de sus amigos comerciantes como él. Un tanto asombrado de la estrafalaria petición la comunicó a sus contertulios y todos se rieron, persuadidos de que el papel no pesaría un grano.

Puesta la balanza y echado el papel en uno de sus platillos fue este arrastrado hasta tocar con el mostrador. En el otro platillo arrojó don Baltazar medio real de plata y permaneció inmóvil la balanza. Otro individuo arrojó un real y la balanza permanecía inmóvil. Estupefactos con tal maravilla, pusieron en el platillo hasta tres pesos en plata sin obtener que se incline. Comenzaron con el oro: cuatro, diez, veinte onzas y la balanza inmóvil, parecía que el arcángel San Miguel retenía con su planta el papelito tenaz.

Quinientas onzas de oro, fueron necesarias para equilibrar los platillos de la balanza, cantidad que fue entregada a la portadora del papel, con asombro de don Baltazar y sus dadivosos amigos.

Con esa dote Julia dejó de ser soltera y doña Juana vio acrecentada en breve su familia, disfrutando del beneficio de San Antonio.



Un divino llamamiento

De: Luis Felipe Manzano

Aventajada figura, claro ingenio, audacia y dinero, adornaban al Dr. Francisco Aguirre, eclesiástico que lucía su gallardía entre todos los moradores de la Villa, y cuyas galantes aventuras eran motivo de frecuentes murmuraciones.

Decíase, especialmente que don Francisco mantenía un ilícito consorcio con una dama, a tal punto llegó la cosa que, olvidando sus deberes y corriendo un velo al decoro, acabó por hacer pública su deshonra, con grave escándalo del asustadizo vecindario.

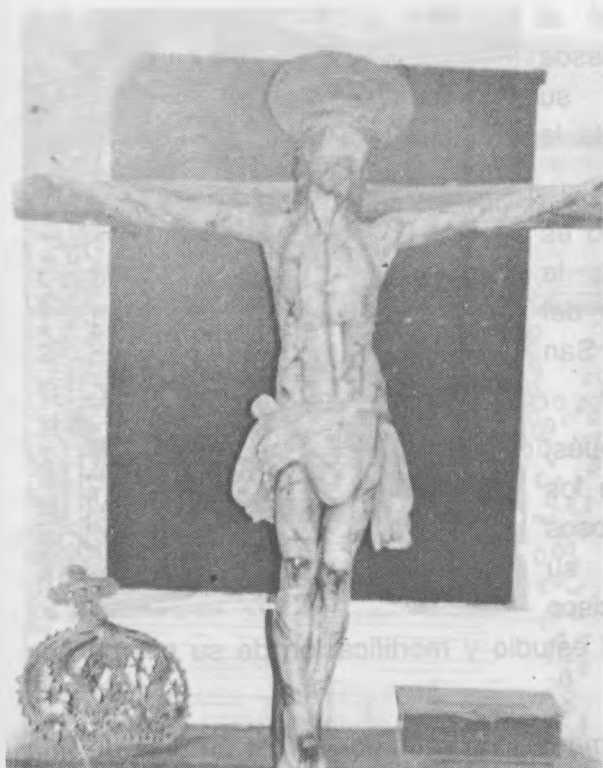
Ni el peso de sus tremendos deberes ni el desinteresado ruego de sus amigos, ni el bravío rumor de la gente pudieron ahogar en su corazón la pasión frenética que le consumía.

Feliz el sacerdote que sabe conservar inmaculada la blanca estola, símbolo de su augusto carácter y de la pureza de su corazón.

Aconteció a don Francisco despertar, cierta noche aturdido con los aterrantes gritos que lanzaba su infeliz manceba, acometida por uno de esos violentos cólicos. Los esfuerzos de la ciencia y los cuidados de don Francisco fueron inútiles para impedir el curso, cada vez más creciente de la enfermedad.

El tibio resplandor de la aurora iluminó una angustiada agonía y la muerte corría su funerario velo sobre la faz, horas antes de tan hermosa mujer.

Don Francisco, velaba a la cabecera del lecho y, con tierno afán estrechaba contra su seno el exánime cuerpo de la moribunda, como para disputar a la muerte su presa, pero todo era vano, las sombras de la tumba se abrían para la infeliz.



La efigie del Cristo es conocida hoy con la advocación del Señor del Milagro y venerada en San Lorenzo.

Perdida toda humana esperanza de alivio para su amada, ebrio y delirante de dolor, penso impíamente que le era lícito pedir a Dios la vida de esa mujer, y encaminándose al templo de San Lorenzo, revestido con las sagradas vestiduras y en medio del sacrificio santo, alzó con la vista fija en el crucificado, su insensata plegaria, demandando la salud de su manceba.

De súbito, la augusta faz del

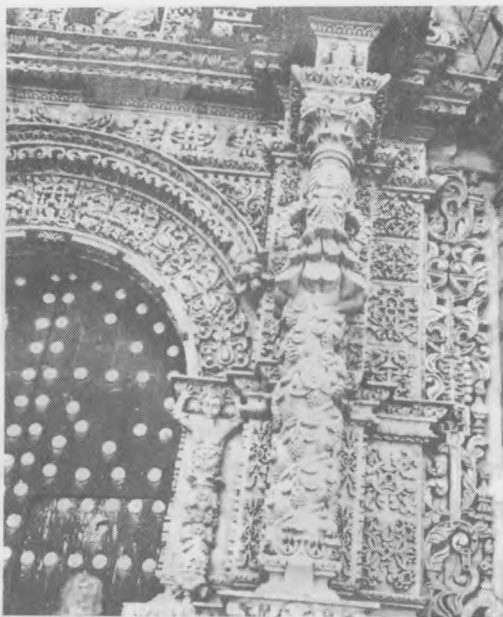
Cristo, resplandeciente y llena de majestad, se inclinó sobre la frente de Aguirre, la mirada purísima y dulce del Redentor, revelaban una tierna compasión y el severo acento de su voz, moduló estas palabras: *"Sana tu alma que esa mujer sanara del cuerpo"*.

Aterrado Aguirre con tal visión se sintió sacudido como el árbol tronchado por el rayo; su rostro lívido, sus miembros agitados por el temblor convulsivo denotaban el terror y el espanto, cayó postrado y, entre hondos gemidos y ahogados sollozos, pidió a Dios su perdón.

La gracia inundó el alma de Aguirre, quien desde aquel instante lavó su corazón en las aguas de la penitencia.

La efigie de Cristo es conocida hoy con la advocación del Señor del Milagro y venerada en San Lorenzo.

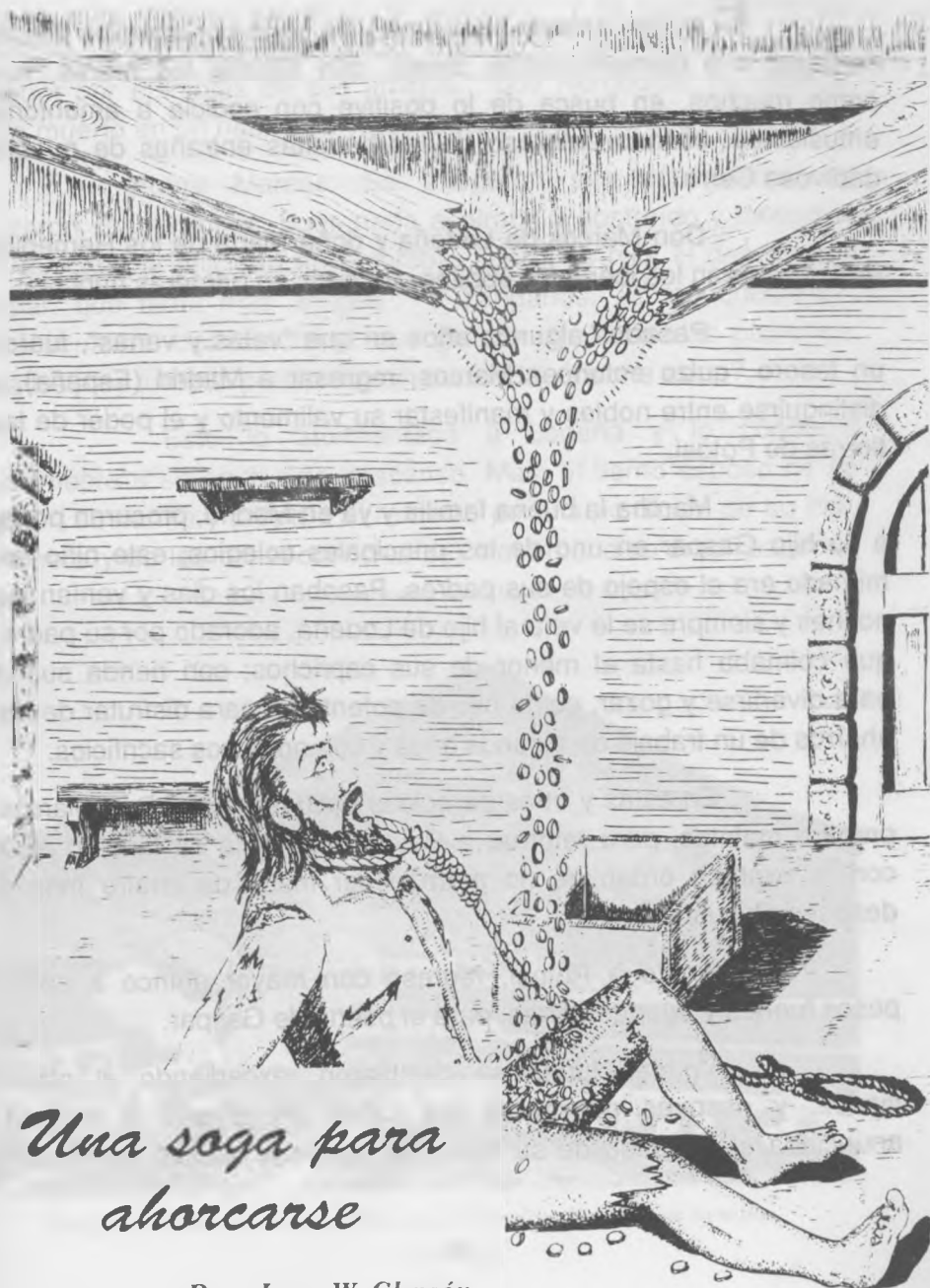
Quince años después, habiendo repartido entre los pobres sus cuantiosos bienes, sepultado en su austero retiro, don Francisco consagraba su tiempo al estudio y mortificación de su cuerpo con rigurosas penitencias.



El corazón marchito y agotado por los ardores de una pasión terrena, había recobrado la vida y la lozanía, al benéfico influjo de un sincero arrepentimiento.

Acostumbraba Aguirre a permanecer orando en el templo hasta horas avanzadas de la noche, y cuenta la tradición que, la indiscreta curiosidad de un religioso sorprendió al espectáculo admirable de ver al venerable sacerdote, arrodillado ante la grada del presbiterio en un estático arrobamiento y la Virgen de que hemos hablado, rodeada de luz celestial, alternando con él las preces del Rosario.

Murió este varón insigne en 1688, dejando al pueblo la memoria de sus virtudes que ha sido fielmente conservada.



Una soga para ahorcarse

De: Juan W. Chacón

Era que en esta fidelísima Villa, vivía por aquellos felices tiempos, una bienaventurada pareja, que allende los mares, vino como muchos, en busca de lo positivo con codicia a amontonar entusiastas, el fruto delicioso de las benditas entrañas de nuestro dadivoso Cerro.

Don Marcos de Lodeña y doña María de los Remedios de Iporre, eran los ibéricos súbditos, casados en primeras nupcias.

Pasados algunos años en que "vetas y venas", fueron un tesoro quizo entonces Marcos, regresar a Madrid (España), y distinguirse entre nobles y manifestar su valimento y el poder de las tierras de Potosí.

Marcha la buena familia y ya en Madrid, procuran poner a su hijo Gaspar en uno de los principales colegios; este niño tan mimado era el espejo de sus padres. Pasaban los días y venían las noches y siempre se le veía al hijo de Lodeña, adorado por su padre, que colmaba hasta el menor de sus caprichos; con rienda suelta para divertirse y gozar, como hijo de potentado; para disfrutar de los ahorros de un trabajo de algunos años y con no pocos sacrificios.

En estas y otras parecidas circunstancias, Don Marcos prepara maletas, para retornar a Potosí dejando a su familia; pero con la expresa orden de no permanecer más de cuatro meses después de su salida.

Vuelto a Potosí, regresa con mayor ahínco a apilar pesos fuertes y buenas barras, para el bueno de Gaspar.

Algunas lunas se cambiaron, excediendo el plazo fijado... y después de recibir una carta, en la que la esposa anunciaba el progreso de su hijo y su apego a Madrid, no obtuvo

Lodeña más noticias de ellos. El silencio y la falta de noticias devoraba la paciencia del esposo. Cuando... cuál sería su sorpresa al saber por epístolas de sus amigos... que Remedios, su esposa, había muerto en un naufragio y que Gaspar regresaba, a ésta.

Pobre Marcos. Se ahogaron sus esperanzas, se frustraron sus ilusiones, pues nada aspiraba y abstraído y taciturno, sólo buscaba la felicidad en la tumba... pero, su hijo, el desdichado Gaspar, que tenía más amigos zánganos, ¿cómo quedaría?. ¿Qué sería del desventurado, que guiado por bastardas pasiones, tenía los pies junto al precipicio, sin poder dar marcha atrás?

Esto lo atormentaba a Lodeña y lo conducía rápidamente a su apetecido descanso. Mas, el tierno esposo no se cegó en su cariño y preparó el remedio para la perdición de su hijo, del dinero y de las consecuencias del mal entendido amor paternal:



Era que en esta fidelísima Villa, vivía por aquellos felices tiempos

le dispuso como último término una viga y una soga para ahorcarse.

Promediaba el año 1606, esta afamada villa sufría las más arruinadoras sequías, cuando en ese entonces, llegó el esperado hijo, trayendo la mala nueva de haber perdido a su madre. Confirmada la noticia, Lodeña sufría aún más, sin atinar ni a dirigir con acierto sus negocios.

Gaspar con ínfulas de otro mejor, despreciaba el dolor de su padre; rodeado de amigos, que como sanguijuelas le chupaban, aminorando lo que un día le haría falta y sería irremplazable su pérdida se entregaba en los brazos del placer y olvidaba todo.

Marcos quería alejar a su idolatrado, de ese séquito que lo precipitaba en el abismo del infortunio; mas, ni sus palabras eran suficientes, ni sus consejos provechosos.

--Son malos los amigos --le decía-- porque no desean tu bien; huye de su compañía y vive sólo para ti. No estiman tu persona y solo ven tu dinero. Mientras derroches, mientras tengas qué darles, estarán a tu lado y cuando ¡Ni Dios lo consienta! no tengas un pan y vivas desnudo, te arrojarán de su casa y te negarán su amistad.

--¡No! --le contestaba-- son ellos los hermanos que Cristo me proporciona y viviré para ellos.

Abrumado de pesar murió Lodeña a cinco meses de haber abrazado a su hijo. Al despedirse de su heredero le dijo:

--Cuando te veas pobre, sin pan, ni lecho, cuando olvidado por todos te reduzcas a un lóbrego rincón y duermas sobre fría paja, desnudo y con hambre, ¡Acuérdate! cumple mi voluntad ¡Ahórcate hijo mio! Esa viga será la salvadora de tu miseria y la tumba de tus extravíos.

Dicho esto le mostró el lugar de su postrer momento y se despidió eternamente de él...

Olvida el hijo los consejos del padre y entre festines y alegría, adormece su dolor, gozaba y hacía gozar entre el vino a los amigos y las mujeres quienes, le profesaban una falsa amistad.

Andando el tiempo y perdiéndose con ellos la fortuna heredada por el buen Lodeña, Gaspar se vio solo, como solterón de invierno y cargado de compromisos...

Se cumplió la profesía...

Pobre, cubierto de andrajos, próximo a perder hasta su casa, presentaba, descarnada mano y con doliente y lánguidos ojos, barboteaba:

--*Una bendita caridad...*

No habían amigos, se perdieron las mujeres. Por compasión de sus acreedores, se le dio una cocina y un montón de paja, para descanso de su malogrado cuerpo.

En la vecindad, pedía un mendrugo que calmara su hambre; un vestido que cubriera su desnudez, y sólo recibía: "*Fuiste un mal hijo, expía tus desvíos*".

Atormentado, solo y sin que nadie se apiadara de su desventurada situación se acordó del mandato de su padre.

Con lágrimas en los ojos y hiel en el corazón, pide "una soga para ahorcarse", se le dan y desenrejando la puerta, penetra en la habitación señalada... llora amargamente...enlaza la soga a la viga y el nudo corredizo al cuello, coje del extremo y se suspende...

¡Ay! entonces con el peso del cuerpo pártese el madero... y por el suelo se esparcen reverberando abundantes onzas que doran todo el pavimento; sorprendido alza los ojos al cielo y bendice la memoria de su padre.

La experiencia le dio triste lección, cambia sus andrajos que estaban como billetes de banco, paga sus deudas, se aleja de todo mal amigo, se reforma, vive, y feliz bendice mil veces la "soga para ahorcarse".



Por compasión se le dió un lugar en la cocina y un montón de paja...

Justo el mendigo

De: Pedro B. Calderón



A mediados del siglo XVII, por las calles de esta Villa Imperial, se arrastraba un mendigo. Nadie lo conocía, nadie sabía de dónde era ni dónde habitaba aquí. Apareció de un momento a otro. Su edad sería como de treinta años, aunque representaba más. Tenía fracturados los dos antebrazos. Su rostro afable, lleno de bondad, su humildad y sobre todo su caridad y amor para con sus compañeros, hicieron que éstos le llamaran el Justo, que probablemente, ese no era su nombre. La frugalidad era una de sus cualidades, que más le distinguían. Las limosnas que en el día le daban las distribuía entre los demás mendigos.

En aquella época, no habían hoteles, pero sí hosterías, posadas, tabernas y donde más abundaban éstas, era en el laberinto de la "estación", compuesto de varias calles, andando el tiempo las llamaban "siete vueltas", en esta red de calles y tabernas, habitaba la gente más perversa de aquel tiempo.

Entre esas tabernas había una más decente, donde concurría especialmente la nobleza del país, la que se llamaba "Hostería de la buena fortuna".

En la puerta de esta taberna, se acurrucaba un mendigo, desde las nueve de la noche, hasta que salía un caballero que, por lo común, era a las cuatro o cinco de la mañana y dicho caballero depositaba en la bolsa del mendigo una limosna, cuya cantidad era según la suerte que en la noche había tenido el hidalgo, en el juego o según su humor. El mendigo distribuía esta limosna íntegra entre sus compañeros, y por ende, fácil es de conocer que el tal mendigo era el llamado Justo.

El caballero era don Francisco Izquierdo, noble criollo que tuvo la desgracia de perder a sus padres, quienes le dejaron una pequeña suma de dinero, cuando tenía los 25 años de edad.



Por la iglesia de Santa Mónica...

Después de la muerte de sus padres, Izquierdo, no tenía más travesuras que las de todo joven, pero una noche, uno de sus amigos íntimos, lo llevó a la taberna u hostería de la "Segura fortuna", donde empezó a jugar con el dado, juego en el que le fue tan bien que, desde esa memorable noche, no faltó más a la "Segura fortuna", olvidándose de sus travesuras y compromisos.

Es así que don Francisco jugando y el mendigo recibiendo cada noche una limosna de las ganancias del caritativo jugador. La fortuna le protegió a éste en tal extremo, que en menos de treinta días, duplicó su herencia. Estaba satisfecho, contento y hasta llegó a imaginarse que la hostería se había abierto expresamente para que él asegurara su fortuna. Pero no contaba con que algún día, le iba a ir muy mal y la suerte le iba a dar la espalda.

Lo cierto es que, una noche, halagado por su amor propio, condimentado con su varidad y orgullo y confiado en su "segura fortuna", desafió con despreciativa sonrisa a todos los hidalgos estantes y habitantes de la hostería. Estos, picados por la altanería de Izquierdo, aceptan y... maldita hostería!, de segura se volvió insegura para don Francisco, porque perdió en esa noche casi todo, quedándole un peso, que uno de los jugadores le incitaba a que lo juegue; pero él lo levanta, lo guarda en su bolsillo diciendo:

-- *Para mi pobre.*

Toma su sombrero y siempre altanero sale de la hostería. En la puerta encuentra a su pobre y al darle el peso le dice:

-- *Es menos que otras noches; la fortuna ha estado contra mí.* --Y continuó su camino--.

Don Pancho, perdió y siguió perdiendo, varias noches; pero cada noche, reservaba el último peso para su pobre.

Una noche, la última que debía asistir don Pancho a la hostería de la "Segura fortuna". Estaba bastante oscura y fría, don Francisco esbozado en su capa. se paseaba en su habitación, su agitación era muy visible y extrema.

-- *Es lo último que me queda* --decía mirando una bolsa llena de plata-- *Es lo único de toda mi riqueza y si esta noche lo pierdo... ¡Oh! si lo pierdo... veremos lo que debo hacer.*

Y efectivamente, esa bolsa, era el último resto de su herencia. Sus muebles, sus vestidos, sus casas, todo lo que poseía lo había perdido en el juego. El trabajo de algunos años de sus padres, como también lo que había adquirido en el juego.

Don Pancho, se encaminó con su único resto a la hostería, dispuesto a perder su último peso y luego a destaparse los

sesos y, ocurrió entonces, que todo lo perdió en esa malhadada noche y; para colmo de desventuras, en su desesperación, se olvidó reservar el consabido peso para su pobre.

--Hijo --le dijo a éste-- *mi suerte es fatal; no me ha quedado ni un solo peso; Dios se ha olvidado de mí, y yo, en mi desgracia me he olvidado de tí. Pero en cambio, toma esto para que te acuerdes de mí.*

Diciendo esto rasga un pedazo de su finísima capa y se lo da a su pobre.



Dirigió casualmente don Pancho su mirada a la imagen del Señor del Milagro

-- *Dios no se ha olvidado de Ud. señor y no se olvidará jamás*
--respondió el mendigo--

-- *Así sea, murmuró el jugador.*

Desde ese momento empezó a vagar por las calles de la Villa en compañía de sus tumultosos pensamientos, que en desorden le agitaban.

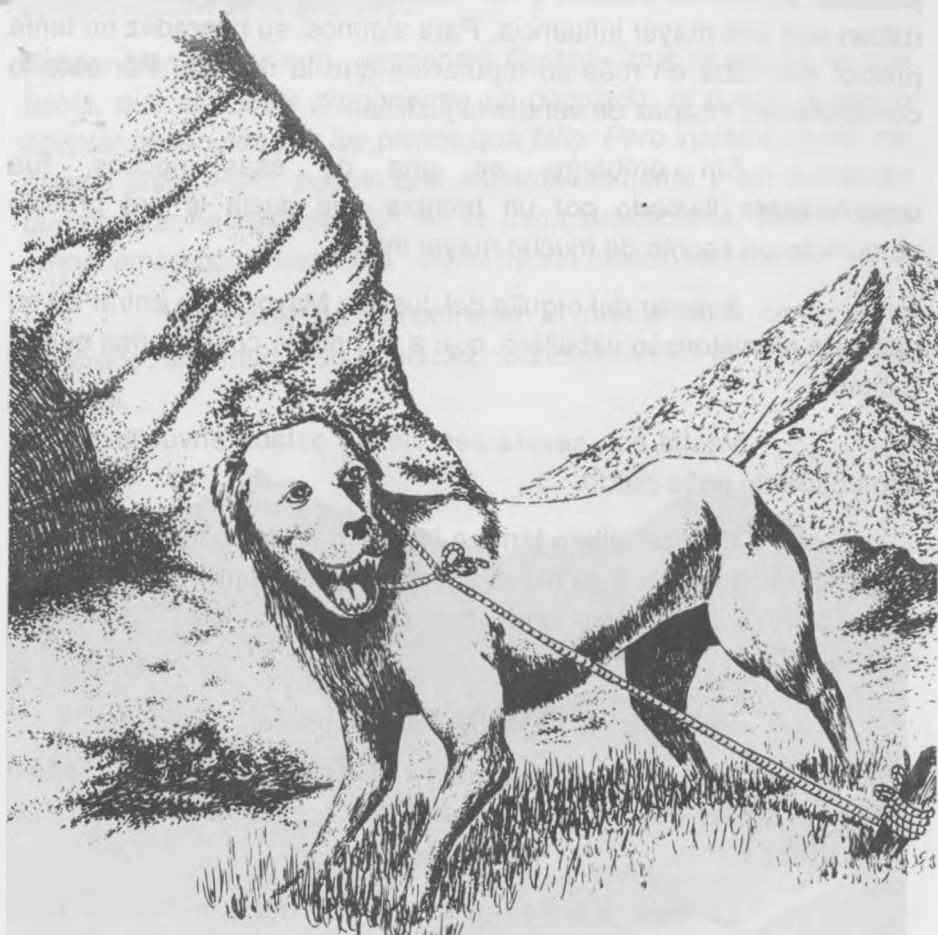
Una idea le dominaba, la de destaparse los sesos y para llevarlo a cabo, esperaba que amaneciese, oír misa y tal vez confesarse y aun comulgar.

La mañana sorprendió al jugador por las calles de Santa Mónica y viendo este templo abierto, entra en él. Aún estaba algo oscuro, se arrodilló en un altar y se puso a orar y orar con devoción.

A medida que el día avanzaba, los objetos se distinguían más claramente en la iglesia y cuando ya estaba llena de luz, dirigió casualmente don Pancho su mirada a la imagen del Señor del Milagro, que hay en dicha iglesia y miró que la túnica tenía un pedazo de género de otro color.

Esto le llamó la atención y grande fue su asombro cuando descubrió que el pedazo de otro color, era nada menos que el que noche antes había rasgado de su capa para dárselo a su pobre, en cambio de la limosna que se olvidó reservarle.

Este suceso hizo cambiar su idea de destaparse el cráneo, metiéndose de fraile inmediatamente.



La mina misteriosa

De: Vicente G. Quesada

Gobernaba la ciudad de Potosí, en calidad de Justicia Mayor don Francisco Godoy, quien pertenecía a una familia de alta posición social; su empleo y las riquezas que había acumulado le daban aún una mayor influencia. Para algunos, su honradez no tenía precio; estimaba en más su reputación que la riqueza. Por esto lo consideraban incapaz de vender la justicia.

Sin embargo, en una de esas noches, fue urgentemente llamado por un hombre que decía le era preciso comunicar un asunto de mucho mayor interés.

A pesar del orgullo del Justicia Mayor, hizo entrar en su gabinete al misterioso caballero, que a tal hora y, con tal prisa quería hablarle.

Vestía con severa sencillez, y estaba envuelto en una larga capa de paño pardo.

Este caballero tenía a la sazón un ruidoso pleito, por el cual pretendía contra toda razón y justicia, según fama la entrega de cierta cabeza de ingenio que otros poseían con bien justificados recaudos.

Después de hablar del pleito, el recién venido le dijo:

--He descubierto, señor Godoy, una riquísima mina, tan rica como ninguna de las que se explotan en la Villa. He aquí la muestra de esa riqueza.

La mina estaba en los cerros del Kari Kari y para justificar su acierto, mostró al Justicia Mayor una piedra que "toda era barra riquísima".

--Ahora bien, --continuó-- si gano el pleito, si obtengo la posesión judicial de la cabeza del ingenio porque pleiteo, daré la mitad de

esta mina. Para que no se crea que es inexacto lo que otrezco, he dejado atado mi perro en una estaca colocada cerca de la mina descubierta y mañana mismo mostraré la riqueza que doy en compensación de lo que exijo.

--Sabéis bien señor mío --respondió Godoy-- que la ley es la que habla, que ni podéis proponerme un peculado, ni puedo tampoco aceptar obsequios por los pleitos que fallo. Pero vuestra causa me parece justa. Pero, puesto que espontáneamente y sin condición quereís darme participación en la mina descubierta, bueno será empecemos por encontrarla --dijole riendo maliciosamente--.

Acababa de encontrarse el precio para comprar al magistrado; su virtud y su honradez, claudicaban en el momento de la prueba.



La mina estaba en los cerros del Kari Kari...

En efecto, en la alborada del siguiente día, catorce personas se dirigían al cerro del Kari Kari, donde esperaban, guiados por el perro que estaba atado, encontrar la apetecida riqueza; oyeron claramente los ladridos y al punto todos los viajeros creyeron conseguir lo que deseaban.

Subieron al cerro, los ladridos se hacían más cercanos, repercutidos a veces por el eco de los altos montes. Llegaron a la cumbre, pero no daban con el perro. El ladrido era siempre constante pero parecía que el céfiro le cambiaba de dirección.

Dividiéronse entonces los catorce caminantes, para encontrar cuanto antes el perro que anunciaba la oculta riqueza; pero fueron vanas las fatigas el perro, estaba sin duda oculto entre los matorrales o las breñas.

La fatiga había durado muchas horas. El sol estaba en el cenit y nadie había encontrado el perro del litigante. Los ladridos se oían siempre; pero difícil parecía descubrir el sitio donde estaba.

El dueño lo llamaba a su perro, éste ladraba sin cesar, pero no podían saber con fijeza el lugar en que se ocultaba.

Tornábase ya en admiración de todos aquel suceso, pues cada uno creía que el ladrido salía del paraje que estaba a su frente, y de esfuerzo en esfuerzo iban cayendo en una no interrumpida serie de decepciones.

El sol declinaba ya en su ocaso y la investigación había sido infructuosa. Llegó la noche, y en medio del reposo de la naturaleza, aparecían más claros y distintos los aullidos del perro perdido.

Empezaba el temor a sobrecoger el ánimo de los buscadores de la mina, pero el frío hizoles conocer la urgente



Mandaron llamar más gente de Potosí e hicieron una batida...

necesidad de encender una hoguera para pasar aquella noche, tanto más larga cuanto que era una decepción del día pasado y la punzante inquietud de la perspectiva del día siguiente.

Dos personas estaban más preocupadas que las otras: el litigante y el Justicia Mayor; para ambos se dificultaba misteriosamente el descubrimiento de la riqueza.

El uno temía la cólera del magistrado y éste sentía los vagos remordimientos de la injusticia que premeditaba por obtener la mina buscada.

Al día siguiente mandaron llamar más gente de Potosí e hicieron una batida en toda regla para husmear el perro extraviado. De todas partes y en cualquier sitio se oía clara y

distintamente el ladrido del perro; pero lo que no se encontraba era el animal mismo.

Perdieron al fin la paciencia y sobrecogidos de espanto, desistieron de la empresa, sin que jamás haya podido darse con la mina misteriosa.

Godoy que había sido débil ante la tentación, volvió sobre sí mismo y sentencio el pleito en justicia y equidad.

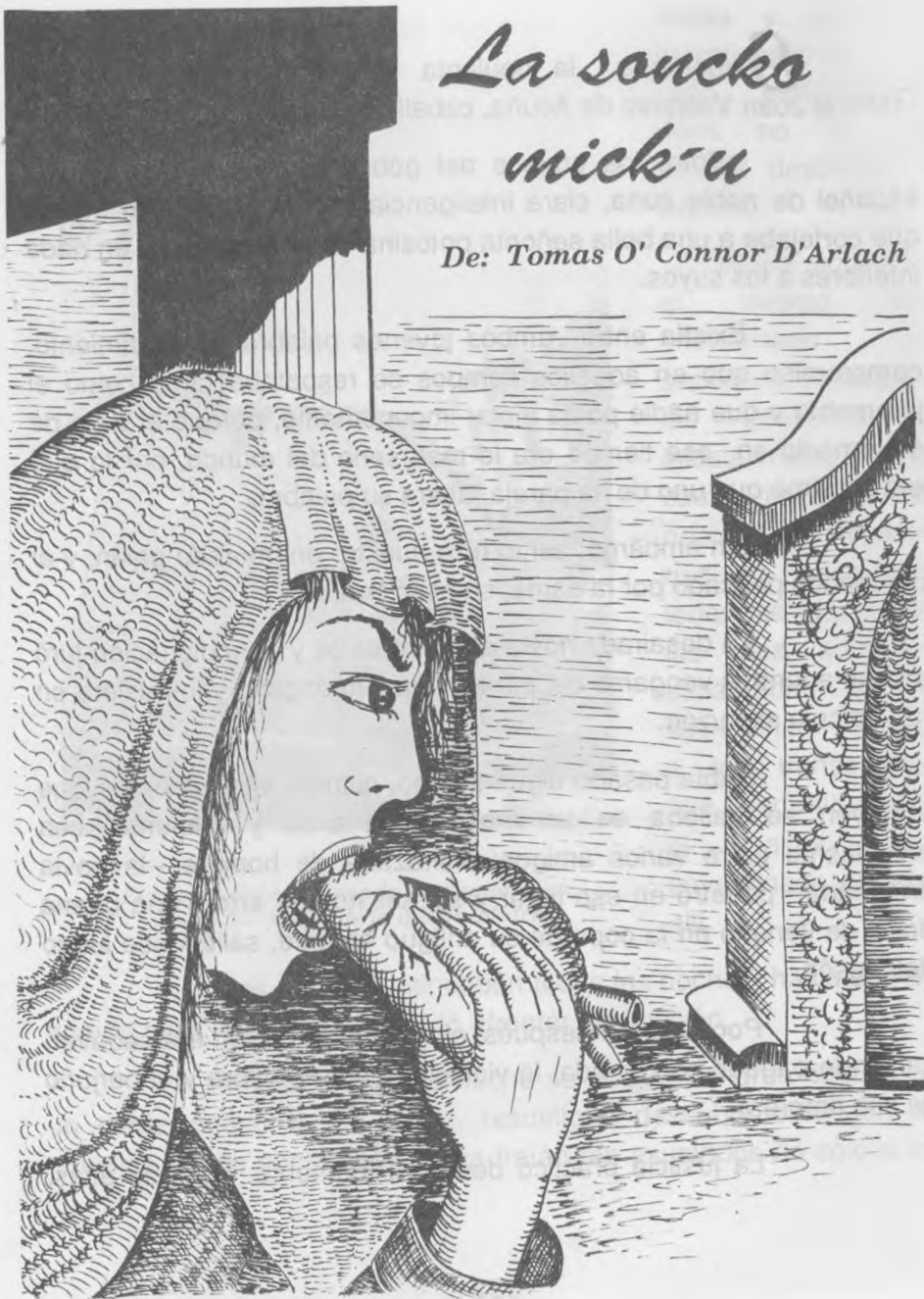
Así se cuenta este suceso que se dice acaeció en 1666.



Jamás se ha podido dar con la mina misteriosa...

La soncko mick-u

De: Tomas O' Connor D'Arlach



Gobernaba la opulenta Villa Imperial de Potosí el General Juan Vásquez de Acuña, caballero de la orden de Calatrava.

Entre los amigos del gobernador, había un joven español de noble cuna, clara inteligencia y gran fortuna; el mismo que cortejaba a una bella señorita potosina de antecedentes en nada inferiores a los suyos.

Existía entre ambos jóvenes palabra de casamiento, compromiso que en aquellos tiempos se respetaba tanto como el juramento y que nadie podía violar impunemente, porque el trato de matrimonio en ese tiempo era lo más serio del mundo, por lo que era rarísimo que uno de la pareja faltara su palabra.

Sin embargo, así lo hizo nuestro enamorado galán, y el día menos pensado por la dama, se casó con otra

La desairada novia ardió en celos y en indignación juró en sus adentros vengarse del pérfido que lo engañó y lo pusiera en tan ridícula situación.

Había pasado algún tiempo, cuando una noche en que el joven se hallaba en un mesón charlando y bebiendo con entusiasmo entre varios amigos; disfrazada de hombre --la novia engañada-- penetró en ese lugar y sin ser notada arrojó una buena dosis de veneno en la copa de su antiguo amante, saliéndose luego del mesón.

Pocas horas después, el infortunado joven era cadáver, habiendo pagado con la vida, la violación de su palabra y el perjurio de sus amores.

La justicia practicó desde el momento, las más altas,



El cuerpo del envenenado se sepultaba en una de las naves de la iglesia Matriz

serias y activas investigaciones, pero estérilmente; pues no le fue posible descubrir al asesino.

Al día siguiente, el cuerpo del envenenado se sepultaba en una de las naves de la iglesia Matriz, en la cual, desde esa noche se oyeron ruidos terribles, todas las noches de las diez adelante, espantando a los sacristanes y hasta a los transeúntes, que aseguraban que el alma del envenenado penaba allí.

Los ruidos continuaban todas las noches, hasta que en una de ellas, un clérigo, resolvió afrontar la situación.

A las ocho de la noche se ocultó con gran cautela en un confesionario de la Matriz, resuelto a descubrir el origen de aquellos ruidos nocturnos que ya traían tan asustados no sólo a los

sacristanes y los vecinos de aquel barrio, sino a los de toda la Imperial y opulenta Villa.

El clérigo permanecía quieto y en el más absoluto silencio dentro del confesonario, cuando, a poco de las diez de la noche, oyó un leve ruido y vió salir de detrás de uno de los altares, una enlutada que, con paso lento se dirigió al sitio donde estaba sepultado el cuerpo envenenado del joven; sacó el cadáver del ataúd y abriéndole el pecho con un puñal, le extrajo el corazón, que después de contemplarlo largo rato en sus manos, le punzó repetidas veces con la punta del puñal que llevaba y estrujándolo con los dientes, comió un pedazo de él, volviendo después a colocarlo en el pecho del cadáver.

Acabada esa operación volvía a ubicar el ataúd en su lugar original.

Después de concluída tan terrible y antropófaga operación, la enlutada se disponía a salir del templo por una claraboya, el clérigo que la había comprendido todo, salió del confesonario y dio un grito, señal convenida con dos sacristanes y varios alguaciles, saliendo de la sacristía, donde estaban apostados.

Se apoderaron de la burlada amante, de la envenenadora del novio traidor; que ésta y no otra era la enlutada, a quien desde ese momento llamó el pueblo la Soncko Mick'u, que quiere decir: "La come corazón".

Vitichi y los Martínez



Hacia el año 1590 se avecindó en el pueblo de Calcha, un Capitán español de nombre Sancho Martínez que cansado de la vida militar, pidió su licencia para vivir holgadamente y dedicarse a la existencia del campo.

En aquellos tiempos, Calcha era una campiña muy hermosa. Dedicose Sancho, con actividad y constancia, al trabajo agrícola y añadida a esta cualidad, las de ser simpático y algo decididor e instruido, llegó a captarse el aprecio de todos los estantes y habitantes de Calcha.

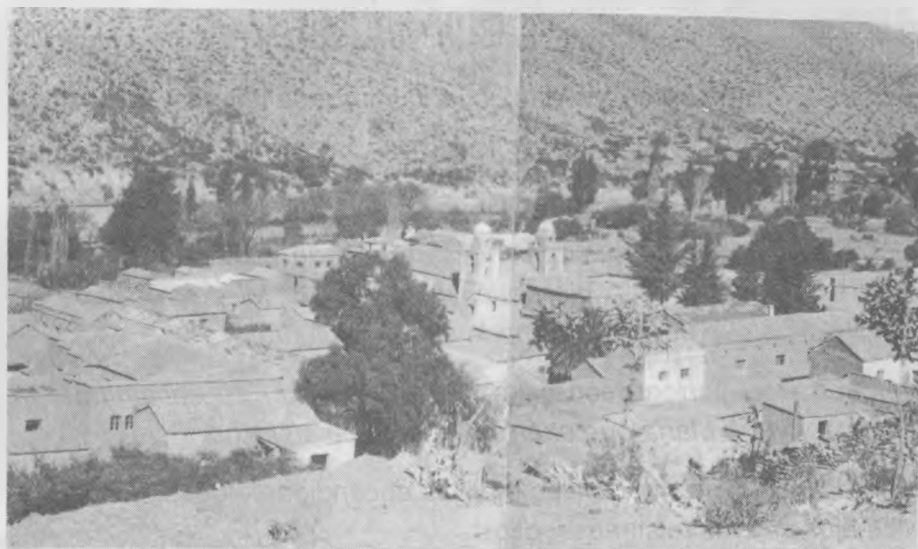
Con todo ello, llegó a hacerse amar ciegamente con la más hermosa y apetecida india del lugar, llamada María Paico, hija única y legítima del opulento cacique de la comunidad de Calcha. Con ella se casó Sancho Martínez.

Existía en aquellos tiempos, una gran porción de tierras donde sólo crecían matorrales y yerbas, cuya extensa llanura era de la propiedad del cacique Paico, padre de la bella india María. A la muerte del cacique nombrado, quedó María dueña absoluta de esas tierras.

Sancho Martínez, después de la muerte de su suegro, dijo a su esposa:

--Vámonos a aquel campo extenso donde sólo crecen yerbas y matorrales, de los cuales es propietario tu padre.

Dicho y hecho, venden sus propiedades en Calcha y se marchan de allí para avecindarse en ese susodicho campo, donde construyendo casas y demás cosas, se establecen con toda comodidad y la cultivan, fundando un pueblo que con el tiempo vino a llamarse Vitichi.



Fundando un pueblo que con el tiempo vino a llamarse Vitichi.

Fray Vicente Bernedo de la Orden de los Dominicos asentados en Potosí, por sus virtudes, llegó a ser el preferido por el guardián de los de su Orden, quien le concedía frecuentes licencias para ir y pasearse por cualquier parte, con objeto de hacer penitencia.

En uno de estos paseos, acertó llegar a la mansión de Sancho Martínez y su esposa, de los que fue después su huésped obligado, todas las veces que iba por aquellas tierras.

No permanecía completamente en casa de Martínez cuando iba por esos lugares, sino que prefería habitar en una gruta que aun existe en las cercanías de Vitichi.

En una de sus ausencias de la casa de Martínez, María dio a luz un niño, falleciendo a consecuencia del parto. En los instantes de agonía Sancho rogaba al cielo para que viniera Fray Bernedo y salvara a su esposa.

A las cinco horas del fallecimiento, se presentó Bernedo con la faz tranquila, bondadoso y humilde como siempre.

Entonces Martínez airado y turbada la razón le injurió.

--*¿Por qué me ultrajas Sancho?* --humildemente le interroga el fraile--

--*Porque eres un ingrato que no corresponde al cariño que se te profesa, ni a los servicios que se te hacen. Mi pobre María ha muerto sin que hayas escuchado su llamamiento.*

--*¿Muerta?* --Interrogó con calma Fray Bernedo-- *se encaminó a la habitación de María que exánime estaba en su lecho.*

Bernedo con las mejillas encendidas y despidiendo por los ojos una luz misteriosa, dijo:

--*No está muerta.* Tomó la diestra del cadáver y dos minutos después María volvió a la vida, asombrando a todos los estantes de la casa, especialmente de Sancho, que no comprendía ni se daba cuenta de lo que le pasaba.

Un instante después, Martínez quiso dar satisfacción y pedirle perdón a Fray Bernedo, por el bofetón que cobardemente le había dado, pero éste no le dio tiempo y proféticamente le dijo:

--*En castigo de la desconfianza que has tenido en Dios, tendrás numerosa descendencia y tus vastas propiedades no abastecerán para ella y serán divididas en infinitas partes como la arena del mar.*

Los descendientes del Capitán español Sancho Martínez y la bella india María Paico, se han multiplicado en toda esa extensa llanura de Vitichi y cuya descendencia siguen multiplicándose hasta nuestros tiempos.



El Santo Cristo de bronce

De: José Manuel Aponte

Doña Magdalena Téllez, fue allá por los años mil seiscientos setenta y tres de la era cristiana, una moza, criolla, viuda y rica con ciertos aires de nobleza.

Como tantas prendas personales como reales tenía doña Magdalena, también tuvo pretendientes, quienes deseaban conquistar el corazón de la viuda, y no había mancebo que rindiera culto a tan singular belleza, pero a la larga todos se retiraban, porque la dama no era de las que daban pronto a torcer el brazo.

No se sabe por qué motivos llegaron a ser enemigas mortales, doña Magdalena y doña Ana Roeles, legítima esposa de D. Juan Sanz de Barea pero el caso es que se aborrecían cordialmente y no perdían ocasión de hacerse recíprocos agravios.

Cierto día, en que debía tener lugar



Cierto día en que debía tener lugar una función religiosa en el templo de la Compañía de Jesús

una función religiosa en el Templo de la Compañía de Jesús, doña Magdalena ocupó maliciosamente el lugar destinado para doña Ana, con cuyo motivo se armó entre ambas rivales una escandalosa pendencia, a vista de cuantos allí estaban sin respetar la santidad del lugar. En defensa de doña Ana, salió su esposo don Juan, quien le sacudió a la viuda una furibunda bofetada, de cuyas resultas salió ésta echando pestes y maldiciones y jurando vengarse pronto.

Pasó algún tiempo y la rencorosa viuda no perdía la esperanza de tomar revancha, como que lo había intentado varias veces, infructuosamente.

Persuadida de que por sí sola nada podría avanzar, se decidió a entregar por segunda vez la mano, a quien quisiera tomar venganza por ello, ésta fue la condición única del matrimonio.

Muchos de los antiguos pretendientes, algo timoratos, no sintiéndose con piernas, para exponer sus costillas y aun la vida, se retiraron de la casa disimuladamente. Sin embargo no faltó uno de ellos que aceptó las proposiciones y casó con la noble viuda, el contador vascongado Pedro Arrechúa.

Pasaron y vinieron días y semanas y el S. D. Pedro ni resollaba quizá porque a esas horas prefería el saborear la luna de miel.

Entre tanto, doña Magdalena, no pasaba día sin que le recordase a su esposo el solemne compromiso.

Magdalena que por todo habría pasado, menos por verse cruel y ridículamente burlada, exigió, impuso, refunfuñó, pero en vano, hasta que al fin, se decidió a tomar venganza por sus propias manos pero no contra doña Ana, sino contra... su marido. Don Pedro, a quien quiso darle una lección dolorosa.

No hacía mucho que los nuevos esposos se habían retirado a la poética hacienda de Mondragón, propia de doña Magdalena y situada a una legua, río abajo de la aldea de Tarapaya, a seis leguas de la Imperial Villa; cuando una tarde, insistió por última vez doña Magdalena, para que sin más demora se llevase a cabo la proyectada venganza.

Fue entonces, que en un abrir y cerrar de ojos, la señora mandó amarrar con sus criados y colonos al contador y sin oír súplicas ni gimoteos, hizo crucificar en una gran cruz que tenía preparada y lo llevó a un pequeño cuartito de la casa, donde permaneció el infeliz.

Todas las mañanas, tenía cuidado la viuda de hacerle comer lo necesario, como para que no se muera de hambre y después le pinchaba el cuerpo con un alfiler amarillo que lo dejaba, como si fuese una masa inerte. Al día siguiente se repetía la operación y Arrechúa soportaba otro alfiler. Ella se retiraba sin proferir una palabra, pero sedienta de venganza y probablemente haciendo de cuenta que su marido era su enemiga doña Ana.

Al fin expiró la víctima, después de muchas semanas de martirio, pero doña Magdalena siguió clavándole un alfiler diariamente, hasta que el cuerpo quedó totalmente cubierto de alfileres y no hubo campo para otros, de tal suerte que más que un hombre, parecía aquel un Santo Cristo de Bronce.

La justicia, notando la ausencia de don Pedro, tomó cartas en el asunto y se trasladó a Mondragón, donde la viuda les hizo una espléndida recepción de mejor causa y sin darse por entendida.

Mientras recibían y despachaban testigos y hacían la inspección de la casa, el alguacil andaba en requiebros y zalamería



Los nuevos esposos se habían retirado a la poetica hacienda de Mondragón

con la cocinera, muchacha alegre, quien como buena amiga, confió a su prometido el terrible secreto de que la comida de esa tarde, estaba envenenada; por lo que se hizo un plato aparte para ella y su séquito porque la viuda y la cocinera abrigaban la confianza de que los jueces no saldrían vivos de esa casa.

Pero el Alguacil, corrió a denunciar el hecho, de cuyo resultado, los jueces y sus acompañantes se pusieron en movimiento y sin pérdida de tiempo apresaron a doña Magdalena y los criados, no se salvó ni la cocinera, y junto con las ollas y potajes, dieron media vuelta a Potosí, el mismo día, temerosos de que por la noche les jugase la viuda alguna mala pasada.

La trasladaron a Chuquisaca, de donde la trajeron para ahogarla públicamente en esta Villa, a pesar de que los vecinos

ofrecieron un apoyo para salvarla, solicitando la conmutación de la pena. No hubo remedio y fue ejecutada.

Mondragón goza desde entonces de triste celebridad. Sobre todo existe un cuartito, el mismo donde murió Arrechúa, y en el que no hay sujeto que pueda dormir.



Mondragón goza desde entonces de triste celeridad...



*Un aguinaldo en el
año 1612*

De: Pedro B. Calderón

En esta villa, en una noche del mes de enero del año 1609, en una casa principal sita en la calle de San Pedro, había mucha animación, o lo que es lo mismo, gran fiesta y regocijo general.

Estaba reunida la gente más rica y principal de la Villa. Fácil es comprender que en aquella casa y en esa noche, se celebraba una boda de don Eugenio Trufiño, hijo del opulento azoguero Nicolás Trufiño, con la señorita Gregoria Narváez, hija de don Rafael Narváez, también azoguero.

Dos años ya transcurrieron de este matrimonio, y vivían don Eugenio y doña Gregoria, sin que ninguna nube de tristeza viniera a oscurecer el cielo de sus delicias.

Gregoria, era buena de carácter y adornada con nobles y cristianos sentimientos, pues sabía cumplir sus deberes sagrados del matrimonio. Mientras que Eugenio era de carácter, áspero, frío, pero, el genio bondadoso de su mujer, le hizo amable y bueno. Eugenio era feliz con su esposa.

Entre los amigos que tenía Eugenio había uno llamado don Alonso de Leiva, hijo del licenciado don Andrés de Paz, Justicia Mayor de esta Villa.

Orgullosa y envanecida con el empleo que desempeñaba su padre, se escudaba de él para ser el más libertino de todos los jóvenes de esta Villa.

Este pues, llegó a enamorarse de la mujer de Eugenio, y la importunó tanto hasta que Gregoria, como leal esposa participó a su marido las perversas intenciones del pérfido amigo.

Eugenio, reconvino ásperamente a Alonso, y le negó la entrada a su casa.

Alonso tramó entonces la perdición de Eugenio, y lo logró del modo más sencillo. Entre las doce de la noche del mes de mayo, en que el invierno es más crudo; doce hombres tocan la puerta de la casa de Eugenio. Este, que dormía tranquilamente, al oír el ruido se levanta y saliendo encuentra a sus criados que ya altercaban con los doce hombres que eran soldados; pues, decían traer para Eugenio una orden urgente del Corregidor.

En efecto, traían una orden expedida por el Corregidor, en la que mandaba terminantemente se pusiese, al instante, en marcha bajo la custodia de los doce soldados a la ciudad de Lima y se presentase allí al Virrey.

Eugenio protestó, se negó marchar; quiso ver al Corregidor, pero el jefe de los soldados se opuso alegando tener órdenes secretas y terminantes y, que si se negaba marchar tendría el sentimiento de conducirlo atado en el acto. Eugenio cedió al número y marchó.

Quedó sola Gregoria, abandonada a sí misma. Pasó un mes y Alonso empezó a manifestar sus pretensiones. Obtuvo por una astucia entrar en la casa de Gregoria; pero ésta la rechazó duramente.

Alonso no por eso desmayó. Aumentó sus ataques con más energía. Así en esta lucha pasaron seis meses y no había noticia de Eugenio, ni carta de él

¿Qué le sucedió a don Eugenio?. Este llegó a Lima y fue enviado por el Virrey a una peligrosa expedición. Al partir a ella escribió a su esposa dándole noticia de todos los percances de su



En esta Villa en un mes de enero...

viaje y anunciábale su partida en la expedición. Gregoria no recibió estas cartas porque Alonso las interceptó y las quemó.

Al fin, después de once meses, recibió Gregoria una carta, pero !Oh dolor!, no era de su esposo, sino de un amigo, que le participaba la muerte de Eugenio.

Viuda huérfana, sin ningún apoyo, llegó a mirar con menos indiferencia a Alonso, y hasta creyó que éste verdaderamente la amaba, porque astuto en extremo, Alonso fingió y la hizo consentir que la amaba y finalmente, no resistió a sus seducciones, olvidó la memoria de su finado esposo, violó sus juramentos y confiada en la pérfida palabra de matrimonio que Alonso le había dado, fue infiel.

Pasaron meses, sin que Alonso cumpliera su palabra ni manifestara deseos de cumplirla y Gregoria fue madre.

No transcurrió quince días, de este suceso, cuando ésta recibió una carta llena de dulces reconvenciones, rebosando en tiernas palabras de amor. Esta carta era de Eugenio. ¿Qué recurso quedaba a la esposa infiel y al pérfido amigo?... Ocultaron al niño y esperaron impasibles y tranquilos a Eugenio.

La sociedad, pues, se encargó de envenenar el corazón de Eugenio, aun antes de su llegada a esta Villa, porque éste recibió una carta anónima en la que le daban los más minuciosos detalles sobre la vida de su mujer.

Veinte días después, Gregoria recibía otra carta de su esposo, mucho más amable y cariñosa que la anterior.

A la llegada de don Eugenio, todos esperaban ver alguna escena trágica y terrible en casa de Trufiño, pero las esperanzas fueron frustradas, porque desde el momento que el esposo vio a su esposa, la trató con más cariño, manifestándole un amor desmedido y para mayor asombro de las que esperaban alguna tragedia, Eugenio se reconcilió con Alonso, le trató con entera confianza y se hicieron amigos inseparables, como nunca lo habían sido.

En ese tren de cosas, se aproximaba la fiesta de Navidad, Eugenio, anunció a su mujer que para ese día le preparaba un aguinaldo, que por lo raro del objeto sería de mucho precio.

Hiciéronse los preparativos para un banquete espléndido y lujoso, al que debía concurrir toda la gente de buen tono de la Villa.■

En toda ella, la única conversación era del banquete monstruoso que se tenía que realizar y, no faltaba quien apellidara a Eugenio de marido bobo y otros epítetos.

Llegó por fin el tan deseado día.

A las tres de la tarde del 25 de diciembre de 1612, estaba reunida en la casa de Trufiño la gente más selecta de la Villa, desde el Corregidor, hasta el menos rico azoguero estuvo presente; el lujo, la riqueza, la variedad de manjares campeaban con gusto exquisito y refinado.

Faltaba aún un convidado y era éste Alonso de Leiva. Todos notaban su tardanza; pero pronto se olvidaron de él en medio del calor y de la animación del banquete.



Antes de su llegada a esta villa...

Terminaron el postre y Eugenio se levanta de su asiento y, con una copa en la mano brinda, en primer lugar por la salud de todos los convidados, después con elocuentes palabras, encomia las virtudes de su esposa, insiste en alabar su fidelidad en el matrimonio y considerándose el más feliz de los hombres, concluye con estas palabras:

-- *Sí, señores --dice agitado por una imperceptible convulsión-- me considero el más feliz, y para que seáis testigos de mi felicidad, me he atrevido a invitaros en este día, en que deseo, en presencia vuestra, entregar a mi amable esposa un aguinaldo que he preparado para recompensarlo de su nunca desmentida fidelidad.*

Y dirigiéndose a un criado negro que, cual estatua estaba en la puerta, le hizo una seña.

Este desapareció y tres minutos después volvió conduciendo una fuente de plata cubierta por un blanquísimo mantel.

Tomando la fuente, Eugenio avivó la curiosidad de los espectadores, teniéndola algunos minutos sin descubrir el contenido.

-- *Aquí está el aguinaldo --decía con temblorosos labios-- aquí está el presente que el esposo hace a su fiel esposa.*

Dirigiéndose a su esposa, la dice:

-- *Recibídla adorada esposa.*

Esta toma la fuente, levanta el mantel, y el aguinaldo era...eran las cabezas unidas por los labios aún calientes y destilando sangre de Alonso de Leiva y del hijo de Gregoria que no tenía ochenta días de edad...

El espanto y el horror causaron en los circundantes este descubrimiento.

Sólo se oyó un grito indefinible, espantoso, al que le sucedió un silencio de muerte, que duró poco, y cuando volvieron en sí de esta emoción, Eugenio ya no estaba en el salón, tal vez ni en la ciudad, y no se volvió a saber de él hasta después de dos años, en que se tuvo noticia de que apareció en España volviéndose a perder para siempre.

Gregoria se retiró a uno de los monasterios de Chuquisaca, donde murió.



*Se retiró a uno de los
monasterios de Chuquisaca...*



*La corona de
un minero*

De: Juan W. Chacón

El año de 1561 llegó a Potosí a presentarse ante la autoridad que gobernaba esta Villa, a nombre de S. M. Felipe II, el Capitán Georgio Zapata, cuyos títulos en italiano demostraban haber servido con valor y lealtad la causa del Rey y de la cristiandad, obteniendo el grado de Alférez y Capitán.

Don Georgio Zapata, confiado en el porvenir y en los ubérrimos filones del poderoso Potosí, busca trabajo en sus minas.

El estado de las minas y su creciente progreso en gruesísima explotación, eran una esperanza para Dn. Georgio, y con el nombre de Capitán Zapata, pretende acomodarse en cualquier trabajo en la mina de Centeno, que era bastante productiva.

Don Gaspar Botti, socio de la empresa, ante el cual se presentó el Capitán en demanda de una colocación; pero como creía don Gaspar, que un Capitán, más falta hacía en el servicio de las armas, trató de entretenerlo; entonces trabó relación con el minero Dn. Rodrigo de Peláez, que por conmiseración le hizo aceptar en la casa, con sus recomendaciones.

II

El Capitán Zapata, algo mejor ya de bolsillos y dinero, conquistó la estimación de Don Rodrigo de Peláez, hasta el extremo de hacerse su confidente, vivir juntos y tratarse como hermanos.

Esperanzado en la prodigalidad del Cerro, comenzó a catear, buscando alguna buena veta que lo sacara de pobre, encontrando en ese tren, una antigua labor que por poco productiva, fue abandonada por sus primitivos trabajadores.



La veta descubierta tomó el nombre de la "Zapatera"...

influencia y conocimientos de don Gaspar Botti.

II

El Capitán, después de diez años de permanencia en Potosí, reunió 2 millones de pesos; deseoso de regresar a su país, comenzó a rescatar oro en los Chichas, a liquidar sus cuentas y distribuir trabajo entre los que realmente lo necesitaban.

La veta descubierta, tomó el nombre de la "Zapatera", en honor del que la descubrió y en señal de gratitud, se formó un triunvirato minero, compuesto de Dn. Gaspar Botti, Dn. Rodrigo de Peláez y su amigo el Capitán, debiendo los primeros cooperar con dinero y obreros y el último con sus esfuerzos personales.

Pasaron cinco años de constante trabajo, y de abundoso provecho, hasta que la muerte les privó de la

A los quince años de vida en Potosí y después de haber recogido el oro que mandó a liquidar en La Paz y otros lugares, se fue dejando angustiadísimo a su leal amigo, sin que perdiera la esperanza de verlo nuevamente.

Pero, ¿de dónde era?. Ni él había hablado nunca de su nacionalidad, ni don Rodrigo, en medio de tanta intimidad, se lo había preguntado jamás. Sin embargo, más tarde se supo que el Capitán Zapata, era turco de nacimiento, llamado Emir Sigala.

Con la ingente suma que extrajo del Cerro de Potosí, tomó el camino de Constantinopla, a presentarse y ofrecer su obediencia al Sultán Amurates III, quien admiró mucho al ver la forma del cerro que se le ofreció Sigala, en un obsequio de oro macizo, con piedras preciosas que representaban las bocaminas.

El Sultán recompensó al hijo leal que regresó por el amor a su tierra, cargado de caudales, con el cargo de General de Galeras, distinguiéndolo mucho, al igual que a su hermano Kara Sigala, que creyéndolo muerto clamaba venganza.

Disfrutaba el Capitán Zapata de todo bienestar, con la plata que llevó de Potosí; era uno de los hombres más importantes y Mahomet III lo hizo Visir, al poco tiempo gracias a su talento militar, obtuvo la corona de Argel y ser rey en su país.

III

Mientras tanto, Don Rodrigo de Peláez, regresó a su país a disfrutar de cuanta gollería pudiera brindarle un caudal respetable, que por si solo era suficiente para conquistar mil jolgorios, posición encumbrada y grandeza.

Pasaba días felices y noches agradables junto a su familia, en medio de sus amigos de la infancia y rodeado de los más gratos recuerdos.

Pero, viendo que la diferencia del valor de las mercaderías, entre el costo en Europa y el que alcanzaban para su venta en América, podía proporcionarle una ganancia, se propuso emprender un negocio y regresar a Potosí de comerciante.

La intranquila situación de España, con Inglaterra, apresuró su viaje, por cuanto hubo enfrentamientos armados entre estos dos reinos.

Víctima de este hecho, fue don Rodrigo de Peláez que perdió su fortuna, su esperanza y su libertad. Fue hecho prisionero y junto a otro compañero, fueron regalados a los representantes Otomanos.



Emir Sigala dio una carta a don Rodrigo de Peláez para los hijos de la Villa Imperial.

IV

Era una tarde, ardiente en las regiones africanas, el Rey Emir Sigala, salía a pasear por su favorito jardín, el mejor de argel, donde se encontraban dedicados a la horticultura, dos cautivos, que su hermano Kara Sigala se los había mandado.

Llega al trecho donde trabajaban regando el terreno con abundante sudor y al ver la demacrada fisonomía de uno de ellos, manda que descanse de su faena cotidiana.

Sin repetir una palabra, más, sale y ordena que conduzcan a su presencia al que de antemano indicó.

Un hombre de cabellos y barba crecida, de aspecto taciturno y pálida faz, se presenta de rodillas ante el Rey.

Emir Sigala, hace salir a los de su servicio y con voz dulce y compasiva le dice:

--Alzate Rodrigo y ven junto a mí.

El cautivo al oír su nombre y ver que un rey lo esperaba con los brazos abiertos, turbado de dolor y admiración le contesta:

--Soy vuestro siervo y este es el lugar que me corresponde.

Sigala bajando de su trono, le toma de la mano y le repite:

--Alzate que la amistad no tiene reyes, ni tiene siervos, ven, ¿en tan poco tiempo me has olvidado?. Tu Dios y Alá benigno, han querido juntarnos y si tu sorpresa es grande, es mayor mi placer porque me figuro que nos hallamos en Potosí, que trabajamos juntos y que partimos como hermanos el fruto de nuestro trabajo.

Don Rodrigo le interrumpe:

--Me llenan de vergüenza vuestras palabras y vierten en mi pecho el más amargo dolor... Potosí... la cuna de mi prosperidad y de mi fortuna, hoy lejos de ella, sólo vivo para morir... No os conozco Señor, no me amarguéis, soy vuestro siervo, que obsequiado y vendido, he venido a servirlos.

Emir Sigala contesta:

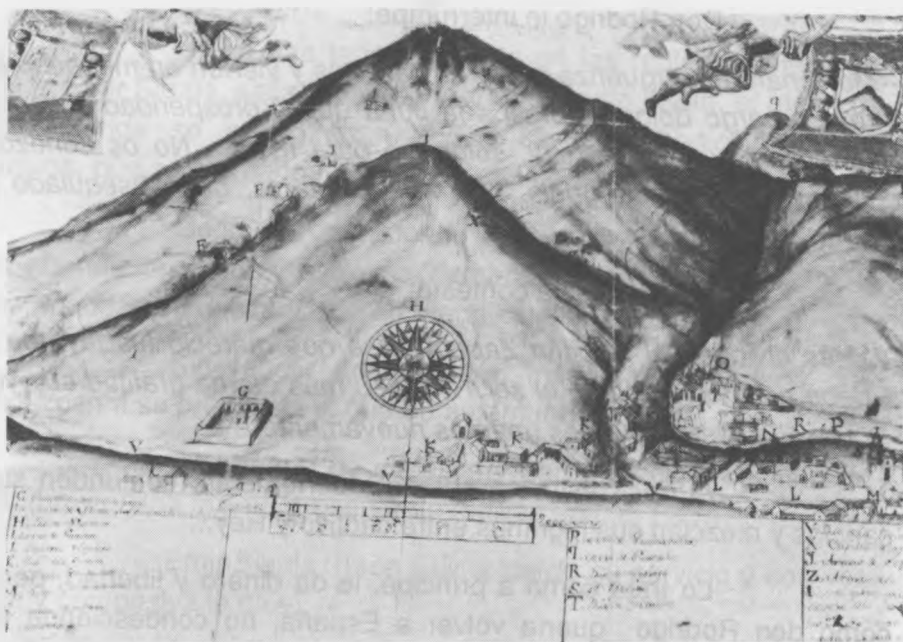
--¿Has olvidado al Capitán Zapata? Ese que mereció tus favores y debe a Potosí, la vida, el ser Rey y su más eterna gratitud soy yo, quiere la suerte que nos unamos nuevamente.

Al decir esto, se abrazan fuertemente, confunden sus caricias y mezclan sus lágrimas entre cautivo y Rey...

Lo trata como a príncipe, le da dinero y libertad, pero, como don Rodrigo quería volver a España, no condesciende en quedarse a su lado; le pide como última prueba la libertad de su compañero.

Consiguió todo y con sorpresa de argelinos y mahometanos, salieron para España los cautivos, en medio de grandes muestras de agasajo y estimación....

Emir Sigala, agradecido para Potosí, dio una carta a Don Rodrigo de Peláez, para los hijos de la Villa Imperial, fechada en 20 de junio de 1598, en la que manifestaba su gratitud y hacía votos, por su engrandecimiento y prosperidad, porque los que tienen la suerte de ver la luz de la vida en las faldas de su Cerro Rico, trabajen unidos, por la felicidad de ese emporio de grandeza llamado Potosí.



*Los que tienen la suerte de ver la luz de la vida en estas
faldas del Cerro, siempre trabajen unidos...*



Alonso de Báñez

De: Juan W. Chacón

Por aquellos tiempos en esta importante y renombrada Villa Imperial de Potosí, paseaba su real persona, por toda la población el señor Dn. Andrés de Paz, con su título de Corregidor de esta tierra; hombre astuto y ambicioso, venido en reemplazo del General Dn. Pedro de Córdova y Mejía, que en mérito a sus buenas obras fue llamado a España.

S. M. el Rey, sin temor de equivocarse creyó que un Paz, no daría guerra, y que con los consejos recibidos, sería suave en su trato y de buen tino para no desprestigiar al Rey, a cuyo nombre mandaba.

En estas y otras, llegó el gallego Dn. Andrés, esperado por la paz, puesto, que, hasta entonces se habían encarnizado las luchas entre andaluces y vascongados, ensangretando este suelo.

Verdaderamente en poco tiempo se hizo odioso el nuevo corregidor, porque a más de su manifiesta sed de riqueza, se dejó comprender por el aborrecimiento que tenía a los del bando opuesto. Su parcialidad, falta de justicia y sus repetidísimas complacencias con los vascongados y otros influyeron sospechas en los valientes hijos nacidos en Potosí, puesto que pretendía dividirlos.

Despuntaba ya el año 1604, cuando el incógnito enemigo de los criollos don Andrés de Paz, se declaró en plena guerra; apoyado en la fuerza y confiadísimo en su autoridad, fraguando un desafío por parte de los vascongados, contra los criollos, desafío en el que bajo toda forma se pretendía humillar a los hijos de esta tierra.

Exasperados los naturales, por los repetidos vejámenes de que eran víctimas y estimulados por su honor y por

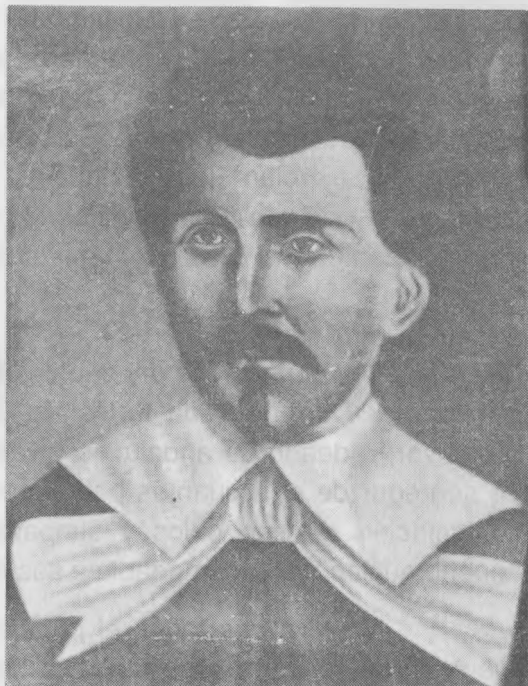
sus gloriosos antecedentes, concurrieron al lugar de la cita, que fue la pampa de San Clemente.

Los criollos, capitaneados por Eugenio Narváes, impetuoso joven; confiados en la justicia de su causa, comenzaron el combate protestando morir mil veces, que dejar un palmo para el usurpador.

La lucha había sido sangrienta y tenaz, hasta que, al ver desplomarse de su caballo a don Andrés Paz, bajo el poderoso impulso del acero de

don Eugenio Narváes, huyeron los desafiadores despavoridos, dejando en el campo de batalla 70 muertos y 53 heridos quedando el gobierno de esta Villa en acefalía.

Poco tiempo después, la Real Audiencia de Charcas, proveyó interinamente el cargo de Corregidor de Potosí, al Licenciado Pedro de Ibarra, Oídor de esta institución, quien después de ocho meses regresó a Chuquisaca, porque la situación era incontenible por las reuniones secretas que se organizaron.



Alonso de Ibáñez encabeza las reuniones y complots en la lucha por la libertad.

Alonso de Ibáñez, encabeza las reuniones y complots; su prestigio, su esmerada educación en Europa, el amor a su tierra y la posición de su familia, le asignaron ese lugar, para propagar por todas partes la diferencia con que eran tratados los europeos de los americanos; las desventuras por las que pasaban, el dominio sin límites que ejercían los españoles, sobre los criollos y la inhumanidad con que eran dirigidos los mitayos; la ninguna libertad de que disponían y el comercio a que se hallaban reducidos éstos.

II

A mediados del año de 1616, había tomado posesión del cargo de Corregidor de Potosí, el General Dn. Rafael Ortiz de Sotomayor, rodeado de andaluces y vascongados, al principio, tuvo que segregar de sí a cuantos parecieran un obstáculo para la libre manifestación de sus odios y simpatías, hasta poder formar un pequeño núcleo muy acomodable a sus caprichos.

Mientras tanto, el popular y abnegado caudillo don José Alonso de Ibáñez, organizaba con ardor, los distintos grupos de conjurados, que sigilosamente tenían sus reuniones nocturnas en diferentes casas de la Villa, para discutir los medios de conseguir armas, dinero y aprestos bélicos y ordenar el plan de ataque y defensa contra los desmanes de la usurpación opresora.

En los puntos de reunión, al juntarse los criollos eran reconocidos por cierta señal, y al instalar sus trabajos, juraban por Dios, el honor y su espada, librar al pueblo de la ambición de un hombre que con título de Rey, sostenía el robo, la usurpación y el crimen, juraban arrancar de las manos de sus victimadores, la libertad de que carecían y la justicia, para los que siendo hombres como ellos, eran condenados al trabajo forzado, las contribuciones y la mita. Al retirarse de allí, todos prometían propagar la idea, guardar el secreto y conseguir más adeptos.

Persecuciones de todo género se desencadenaron, y sólo la causa que defendían podía ponerlos a cubierto del furor de sus enemigos.

Noche por noche habían luchas parciales entre vascongados y criollos; los unos se escudaban con "viva el Rey" y mataban y herían; los otros como manifestaciones de dolor y sufrimiento repetían "muera el Rey", "viva la justicia", y esgrimían sus armas con denodado valor.

Se supo que Alonso de Ibáñez, era el jefe de la conjuración; descubierto el plan, pretendieron sorprenderlos; pero avisados también los otros, pelearon con heroísmo sin igual y se retiraron ante la desigualdad de armas y número de combatientes, para reforzarse y luchar con toda la fuerza de que podían disponer.

Cebadillas, Chulchucani, y otros lugares fueron testigos de tanta abnegación y denuedo; la fortuna les fue adversa entonces, porque los frutos que debían recoger, aún no estaban sazonzados.



*Alonso de Ibáñez era el jefe
de la conjuración...*

Cayeron prisioneros en poder del Corregidor, Alonso de Ibáñez, el Capitán Moreno, el Alférez Flores, don Pedro Jiménez, el Alférez Zapata, don Matías Veresano y muchos otros criollos.

La muerte hizo estragos en los campos de batalla y la inhumanidad de los vencedores en las prisiones y las familias de los vencidos.

Júzganlos enemigos de Dios y del Rey, porque habían cometido un delito en contra de su majestad, al querer quitar a la corona las regalías de que era dueña en hombres, vidas y haciendas, porque levantarse a mano armada en defensa de un suelo adquirido por la conquista, y la sucesión de S. M. Carlos V, merecía la pena mayor.

Dicho y hecho, el 15 de mayo de 1617, sacan de la cárcel a Dn. José Alonso de Ibáñez, Moreno, Flores y otros después de haberles leído la sentencia y, tenerles preparada la horca en la plaza del Regocijo, donde debían expiar su crimen.

Con paso firme y actitud resuelta, marcharon los condenados al suplicio y Alonso de Ibáñez, al ponerse él mismo la sogá al cuello, exclama: "Dios de justicia, salvad la inocencia", "Velad por este pueblo".

Expiraron con la sonrisa en los labios y Jiménez, Veresano y otros fueron conducidos a las prisiones de Chile, maniatados y con señal de ignominia.

El cuerpo de los ajusticiados, permaneció colgado en la horca, mientras se pregonaba con gran aparato en las esquinas de la Plaza y las calles, que las ideas propagadas por Ibáñez y sus compañeros, eran indignas de los leales vasallos y de los que abrazaban la religión de Cristo.

Para intimidar mas al pueblo, cortaron las cabezas de los conspiradores y con cajas y clarines, las trasladaron al rollo del camino que va a Chuquisaca, para colocarlas allí, en unas picas con esta inscripción en el cuello: "Los enemigos de Dios y del Rey".

Esa misma tarde, el pueblo indignado salió a las calles armado y colérico, pidiendo cabildo abierto, venganza para sus defensores y la muerte del corregidor.

Don Rafael, al oír a la muchedumbre, que ebria de furor repetía: "Afuera chapetones", "No queremos más amos", y mil denuestos, a la autoridad, pudo apenas fugar y refugiarse en el convento de San Agustín, en cuyas bóvedas permaneció oculto dos días, para salir de allí ocultamente con dirección a Lima.



intimidar más a pueblo
y con castigo
a Chusaca para colocarla allí en unas plazas
al cuello. Los enemigos de Dios y del Rey.

indignado salió a las
tierras, venganza para

muerte, que echa de luto
mas años y mil
v religión en el
permanencia oculto dos
en a Lima





El puente del diablo

De: Julio Lucas Jaimes

I
En el pueblo de Yocalla había un indio llamado Calca, muy apuesto y gallardo, mozo de veinticuatro años que se paseaba por esos contornos.

Asimismo, en dicho pueblo había un curaca muy rico y bonachón, que vivía en compañía de la curaquea, su esposa y una preciosa india de 16 años hija suya y fiel retrato de su madre.

La chica era conocida por todos con el nombre de "Chask'a" (lucero), a causa de tener dos luceros como ojos; por lo que se veía asediada por una legión de adoradores que pasaban todas las días y noches en tañir sus flautas en los alrededores del rancho de su ingrata dueña.

Sin embargo, "Chask'a" y Calca se amaban mutua y entrañablemente pasando horas enteras juntos.

Nada más natural que el buen curaca sacase a los chicos de sus cuitas y echase sobre ambos la coyunda matrimonial;



En el pueblo de Yocalla...

pero solo que el padre de "chask'a", era un noble curaca y tenía además de unos centenares de ovejas, yuntas de bueyes y otras propiedades; mientras que Calca era pobre tributario, escaso de hacienda, pero fuerte para el trabajo.

Con todo y alentado por el amor de la incomparable "Chask'a", cobró bríos el buen Calca y se fue en derechura al curaca para formular una petición matrimonial.

--No eres más que un excelente chico --le dijo el padre-- mi hija que es la más dulce gacela de estas comarcas, no ha de pertenecer sino a quien se haga digno de merecerla, ya aumentando su hacienda o ya dándole mayor lustre y valimento.

--Un año pido y no más, al cabo del cual o habré muerto y será libre para disponer, o habré alcanzado la doble condición que exiges a quien haya de ser dueño de tan grande tesoro.

Dicho esto Calca desapareció del pueblo, sin que nadie supiera de su destino.

Pasaron los meses y la hermosa Chask'a, no cesaba de regar con sus lágrimas las horas felices que pasó con Calca, renovando todas las noches el juramento de no pertenecer a otro en tanto que viviera el dueño de su alma.

Asediábanle a más mejor los pretendientes y no era el más flojo el hijo del alcalde, mozo letrado, que sabía leer y escribir y sacar cuentas y que prometía ser, andando el tiempo, uno de los más ricos propietarios del pueblo. Al buen curaca le parecía una ganga el chico, pero había una promesa de por medio y los indios no ceden en ese punto.

Mientras tanto, algunas leguas más allá de Yocalla, se encuentran las Salinas de Garci Mendoza, donde Calca, trabaja

como jefe de los indios de laboreo por su constancia en el desempeño de sus funciones, habiendo incluso recibido el bastón de curaca.

Así llorando Chasca y reuniendo dinero Calca, esperaban todos el día en que expirara el plazo, mientras el hijo del alcalde y el buen curaca hacían las cosas de modo que el mismo día y sin esperar unas horas más, se realizara el enlace matrimonial de estos dos.

II

Era una noche oscura y llena de truenos, por lo que no se distinguía nada y llovía a cántaros.

De las colinas inmediatas, se precipitaban y arrastrando cuanto hallaban al paso, abundosos torrentes que en breves momentos tornaron el río en un verdadero brazo de mar invadeable.

En una de sus orillas hallábase de pie un hombre. A la luz de los relámpagos se veía su semblante demudado por la más honda desesperación y en un raptó de suprema angustia exclamó con terrible acento:

--A mí espíritu de las tinieblas; a mí Satanás, rey del infierno.

Diez mil relámpagos brillaron en este instante, el abismo pareció abrir sus terribles fauces y un trueno mayúsculo estremeció los cielos y la tierra. El diablo acudía a la demanda y tocando en el hombro a Calca, le dijo:

--Heme aquí, pide, pero debes saber que desde este momento me pertenece tu alma.

Sacando fuerza de flaqueza, contesto Calca.



*Los primeros rayos del sol iluminaron el puente del diablo
con la susodicha piedra menos.*

--Quiero que sobre este río construyas un sólido puente, de manera que antes del canto del gallo, en la madrugada, esté concluido si lo consigues será tuya mi alma; en caso contrario....

El diablo sacando un pergamino, extendió el pacto y puso su firma de tres puntos, invitando a poner la suya a Calca, pero éste puso una cruz por no saber firmar.

Acto continuo se puso Satanás en obra. El mismo cortaba las piedras, las pulimentaba, hacía la argamasa, afianzaba los cimientos y trabajaba con una actividad diabólica.

Ya estaban colocadas las bases, el aliento de Satán secaba las juntas, de manera que no ofrecían solución de continuidad; ya se levantaba por ambos costados una parte del arco; el diablo redoblaba la tarea, mientras que el infeliz Calca, ya en plena conciencia de lo que le esperaba miraba con terror que la obra llegaba a su término.

De súbito se sintió como movido por un resorte y cayó de rodillas, clamando con todo el fervor de su alma la ayuda del Arcángel San Miguel, y las más sinceras lágrimas de arrepentimiento inundaron sus mejillas.

En esto el puente se destacaba ya a la débil penumbra que, disipaba la tempestad, aparecía anunciando la proximidad del día no faltaba sino una pequeña parte del centro, y el diablo sudaba y resudaba trabajando por doscientos. Faltaba sólo una piedra para rematar la obra. Calca escondió la cabeza entre las manos; pero ¡cosa singular! el diablo no podía levantar el enorme sillar que tenía cortado, pues pesaba como el mundo, y era que encima descansaba el glorioso San Miguel, invisible para el espíritu maligno. Pugnó éste por cortar unas y otras, y todas pesaban igualmente. Hizo una última tentativa y la levantó al fin y se echó a caminar con ella a cuestas; ya la empujaba a su sitio, cuando se escuchó el majestuoso canto del gallo.

Un terrible estampido resonó entonces, iluminando de amarillo y verde toda la quebrada; un olor a azufre se esparció por el aire y los primeros rayos del día iluminaron el puente del diablo, con la susodicha piedra menos.

III

Mientras tanto en Yocalla una gran comitiva presidida por el alcalde y el curaca, se puso en marcha, camino a la iglesia. Entre muchas indiecillas, iba la hermosa Chask'a, triste, ojerosa; asimismo en otro grupo de jóvenes no iba más satisfecho y contento, el hijo del alcalde porque nunca había conseguido ni una palabra afectuosa, ni una mirada de la que iba a ser su mujer. En realidad no la amaba.

Llegó la comitiva a la puerta del templo, en donde esperaba el cura revestido como en las ocasiones solemnes, pero cuando ya unía las manos de los novios, abrióse la comitiva en dos alas y dio paso a Calca que llegaba sin poder apenas contener el aliento.

Maravilla de Dios. El curaca enmudeció, la curaqueña protestó, el alcalde imitó al curaca, su hijo sintió una súbita alegría y el buen cura juntando las manos de Calca y de Chask'a, les dio la bendición nupcial en medio del contento de los jóvenes concurrentes.

Calca y Chask'a vivieron felices y contentos.



Llegó la comitiva a la puerta del templo...

The first of these is the fact that the...
...the...
...the...
...the...

...the...
...the...

...the...
...the...

...the...
...the...

...the...
...the...

...the...
...the...

...the...
...the...



...the...
...the...

...the...
...the...

...the...
...the...

...the...
...the...

...the...
...the...



El hijo de la hechicera

De: Vicente G. Quesada

Uívía en aquella época en la Villa Imperial una viuda rica cuya única ambición, al parecer, era cuidar de su fortuna y de su hijo don Juan de Toledo, joven mancebo dado a las turbulencias del amor y el juego.

Esta conducta desarreglada del joven preocupaba a la dama que no tenía a quién confiar sus penas ni pedir consejos; ya que como hijo era mimado, aun cuando había recibido alguna instrucción, ésta se limitó al estudio del latín.

II

Luego de arreglarse impecablemente, don Juan se dirigía a casa de la prima, la bella y melancólica descendiente de Diego de Centeno, marquesa a la sazón poseedora de vastas heredades.

Al llegar a la casa, siendo recibido por la prima, don Juan exclama repetidas veces el inmenso amor que le profesa.

Todos los días a la misma hora venía don Juan de Toledo a ver a su bella prima, hablaban de amor y se mantenían en la situación en la que conocemos.

La madre de don Juan sabía las diarias visitas de su hijo a la marquezía y conocía que las noches las pasaba en los garitos, sin embargo no se atrevía a darle ningún consejo y lloraba y oraba.

III

Por real cédula en Madrid a 7 de febrero de 1569, refrendada por don Jerónimo de Zurita, el rey Felipe II mandó poner y asentar en estas provincias el Santo Oficio de la Inquisición, cuyo tribunal se debía establecer en Lima.

Aquella terrible institución, había nombrado a su comisario en la Villa Imperial de Potosí a don Martín de Salazar. Asimismo en Lima había tenido lugar el primer auto de fe en noviembre de 1573 en el cual se había quemado vivo a Mateo Salade, así como en abril de 1578 se verificó el segundo drama siendo quemados vivos los padres Francisco de la Cruz y Alonso Gasco, por sostener doctrinas heréticas.

Aquellos lúgubres y aterradores espectáculos daban a los familiares de la Inquisición un poder que helaba de miedo.

La madre de don Juan de Toledo conocía aquellos hechos, pero su vida ejemplar la ponía lejos del alcance del terrible tribunal. En cuanto a su hijo, no era dado a cuestiones religiosas, pero cumplía con el culto externo.

En esta soledad y aislamiento, la buena señora se dio a curar a los enfermos pobres, especialmente a los indios, a quienes tenía lástima, dándoles remedios y limosnas y a veces les enseñaba cuanto pudiera para mejorar su triste condición.

Por esta razón se ocupaba con frecuencia en la confección de medicamentos, brebajes y ungentos que suministraba gratuitamente a los que la consultaban.

Esta vida había llamado la atención del barrio, luego la de los vecinos de la Villa y necesariamente del Comisario del Santo Oficio, porque no faltaba quien la llamase la hechicera, la bruja y este rumor, vago al principio, se tornó en una amenaza terrible.

Cuando el Comisario de la Inquisición supo la fama de hechicera de la viuda, y las curaciones que hacía, se presentó él mismo en su casa e inmediatamente procedió a un prolijo examen de los libros, papeles y, naturalmente, encontró las preparaciones

medicinales con que la viuda curaba a los pobres. Esto fue el cuerpo del delito.

Rápidamente le hizo salir y enviar a Lima a las cárceles del Santo Oficio, embargando en el acto todas sus propiedades.

Don Juan de Toledo quedó aterrado cuando supo la noticia, era un golpe mortal para sus dos amores. Resolvió partir a Lima con la mira de salvar, si le era posible, a su madre.

IV

Apenas llegó la desvalida y angustiada viuda a la ciudad de Lima, fue encerrada en las tenebrosas prisiones de la



Rápidamente le hizo salir y enviar a Lima a las cárceles del Santo Oficio

Inquisición. Algunos días después la presa era conducida a presencia de los inquisidores.

Acusábanle de maleficios o sortilegios que producían enfermedades u otros accidentes con su arte infernal por medio de hechizos con hojas de coca; de tener artes supersticiosas y tene pacto con el diablo.

La infeliz mujer fue conducida a la cárcel del tormento, en presencia del Inquisidor, siendo interrogada, pese al pedido de clemencia de la pobre mujer.

Al fin pronunciaron sentencia:

"Damos y pronunciamos su acusación por bien probada, en consecuencia de lo cual debemos declarar y declaramos a Juana Andrea Mendoza de Toledo, haber sido y ser hechicera, mujer de malas artes en maleficios y sortilegios, hereje e impenitente; y por ello haber caído en sentencia de ex-comunión mayor y en confiscación y perdimiento de todos sus bienes, los cuales mandamos aplicar y aplicamos a la cámara y fisco de Su Majestad y a su receptor en su nombre, desde el día y tiempo en que comenzó a cometer dichos delitos..." Y declaramos al hijo de dicha Juana Andrea Mendoza de Toledo y a sus nietos, si los tuviese por la línea masculina, ser inhábiles e incapaces; a los que inhabilitamos para que no puedan tener ni obtener dignidades, beneficios, ni oficios..."

V

Don Juan había huido de Potosí, desde que supo que su excelente y buena madre había sido enviada a las cárceles del Santo Oficio de Lima, por don Martín de Salazar, comisario de la Inquisición de la Villa Imperial.

El mancebo abandonó sus lujosos trajes, su tierna y profunda pasión, su amor a su prima, y se dirigió a Lima bajo un nombre supuesto.

El secreto de los procedimientos del Tribunal no le permitieron saber el curso de la causa, y sólo supo la verdad el día del auto de fe.

Lo que pasó, entonces, por el alma de aquel mancebo, no puede decirse; pero no habiendo perdido la razón, resolvió vengarse de una manera que no se borrara de la memoria de los vecinos de la Villa Imperial.

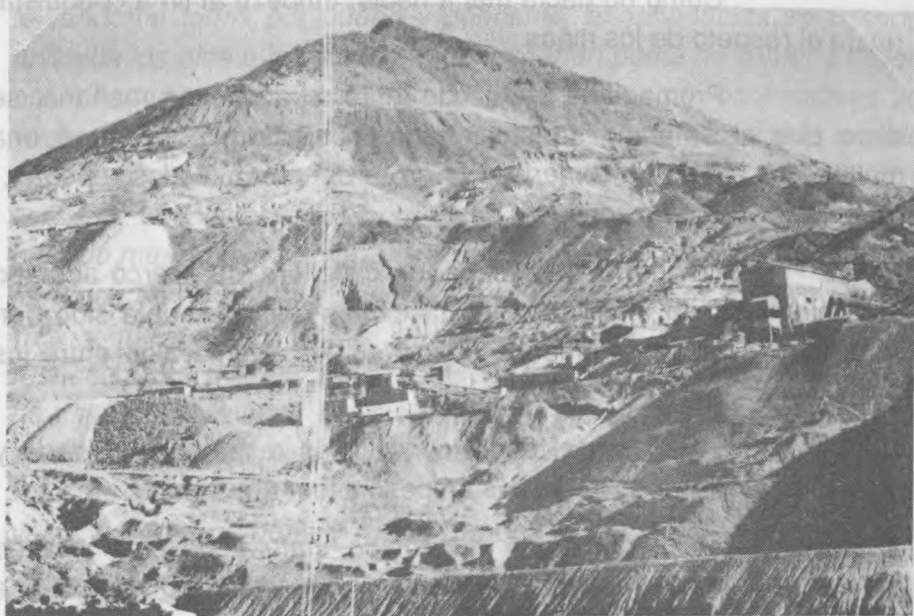
VI

En Potosí se supo la terrible ejecución de la pobre viuda y encontraron natural la desaparición de don Juan de Toledo, privado de sus bienes de sus honores y condenado a arrastrar una vida sin esperanza y a sufrir castigos por delitos que no había cometido.

Un día de repente, apareció al pie del cerro, un hombre enflaquecido, pálido el rostro, hundidos los ojos y de aire sombrío. A pesar de no ser viejo, su barba y su cabello eran blancos, vestía el traje de ermitaño y con sus propias manos empezó a cavar una cueva donde vivir.

Desde ese día se le vio andar por las calles de la Villa, sin hablar a nadie, comiendo los despojos que arrojaban las casas de los grandes señores.

Los primeros que reconocieron al emirtaño fueron los pilluelos de la ciudad, quienes le huían gritando *¡es el hijo de la hechicera!*.



De repente, apareció al pie del Cerro Rico...

Se supo entonces que el emirtaño era don Juan de Toledo, le creyeron loco, y algunos mártir a causa del cruento castigo de la madre.

Una mañana, el comisario de la Inquisición, don Martín de Salazar fue cruelmente asesinado con muchas puñaladas, en su misma casa. A pesar de las activas diligencias practicadas para descubrir el crimen, quedó en el misterio.

Pero lo que verdaderamente conmovió al vulgo fue la noticia de haber sido misteriosamente violada la sepultura de don Martín de Salazar.

En tanto el emirtaño cruzaba siempre las calles pero esta vez, con una calavera que desde algún tiempo llevaba en la mano.

Como no hacía mal a nadie, empezó al fin a conquistar hasta el respeto de los niños.

Promediaba el año de 1625, cuando una mañana, se supo que el emirtaño se encontraba moribundo, por lo que una multitud se dirigió en romería a la gruta del cerro. Todos repetían, "ha muerto como un santo".

Mientras se velaba, un caballero, se acercó al ataúd para examinar de más cerca las facciones del que había sido don Juan de Toledo, descubriendo que la calavera tenía algo entre los dientes.

Sacaron el papel con el más respetuoso cuidado y desdoblándolo uno de los frailes empezó a leer en voz alta.

"Yo don Juan de Toledo, natural de esta villa de Potosí, hago saber a todos los que me han conocido en ella y a todos los que de noticias quisieran en adelante conocerme, cómo yo he sido aquel hombre a quien por andar en traje de emirtaño, me tenían todos por bueno, no siendo así, pues soy el más malo de cuantos hombres ha habido en el mundo; porque habéis de saber que el traje no era por virtud, sino por mi dañada malicia, y para que todo lo sepáis, digo: Que habrá poco menos de veinte años que por ciertos agravios que me hizo don Martín de Salazar, de los reinos de España, y en tales agravios menoscabó la honra que Dios me dio, por esto le quité la vida con infinitas puñaladas que le dí; y después que lo enterraron tuve modo para entrar de noche a la iglesia, abrir su sepulcro, sacar su cuerpo y con el puñal le abrí el pecho, saquéle el corazón; me lo comí a bocados y después de esto le corté la cabeza quitéle la piel y habiéndolo vuelto a enterrar me llevé la calavera; me vestí un saco como todos me habéis visto y tomando la calavera en mis manos con ella he andando veinte años, sin apartármela de mi presencia ni en la mesa, ni en la cama;

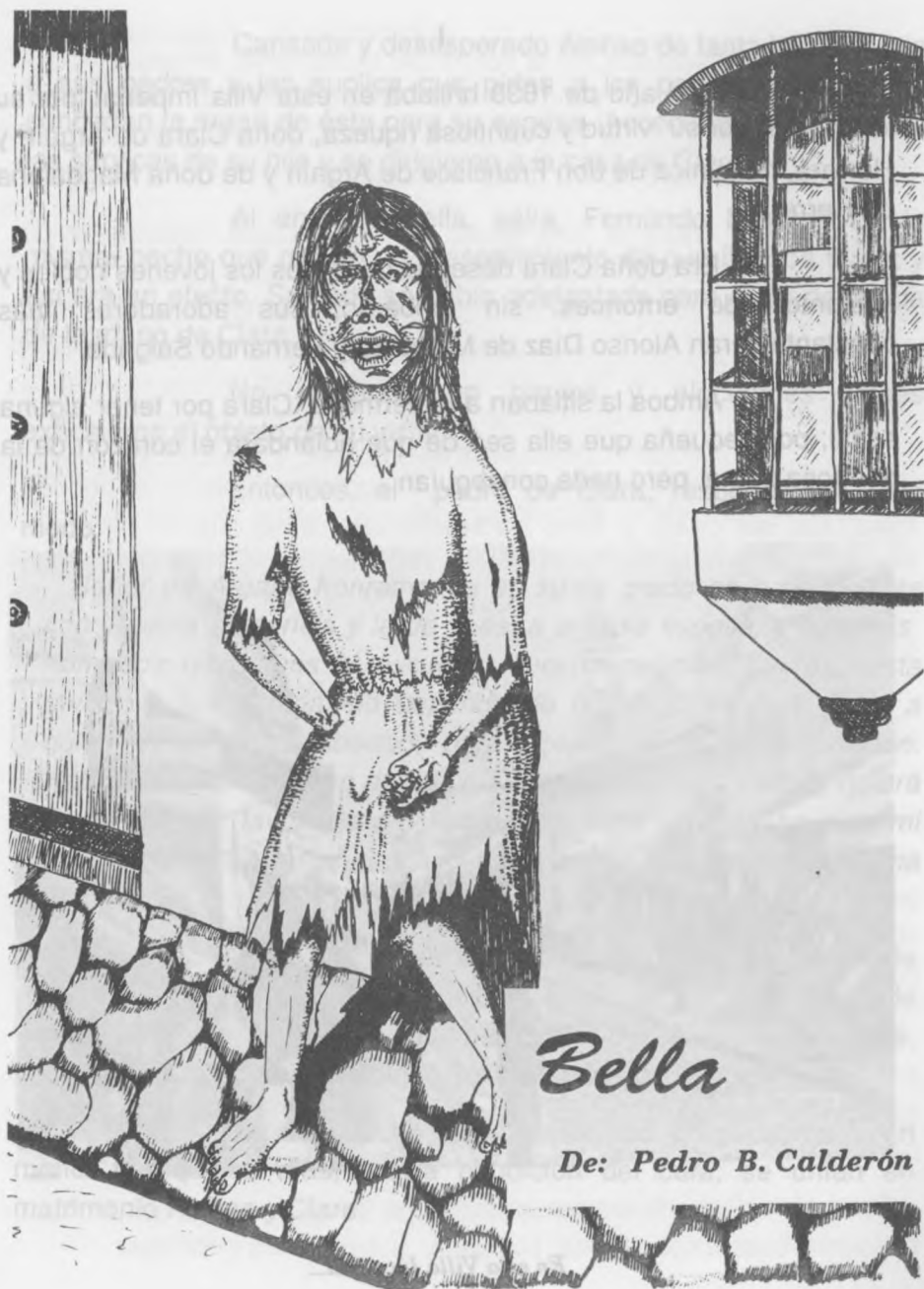
teniéndome todos por bueno y penitente, engañándolos yo cuando aplicaba los ojos a la calavera, que juzgarían ponía mi contemplación en la muerte, siendo lo contrario; pues así como los hombres se vuelven bestias, por el pecado, así yo me había vuelto la más terrible volviéndome un cruel y fiero cocodrilo, y como este animal gime y llora con la calavera de algún infeliz hombre que ha comido, no por haberlo muerto, sino porque se le acabó el mantenimiento, así yo más fiero que las fieras, miraba la calavera de mi enemigo a quien quité la vida y me pesaba infinito de haberlo muerto, que si mil veces resucitara otras tantas se la volviera a quitar . Y con este cruel rencor he estado veinte años sin que haya sido posible dejar mi venganza y apiadarme de mí mismo, hasta este punto que es el último de mi vida, en el cual me arrepiento de lo hecho y pido a Dios, muy de veras que me perdone y ruego a todos lo pidan así a aquel divino Señor que perdonó a los que lo crucificaron".

Cuando terminó esta lectura, un grito unánime y terrible salió de aquella masa de gente:

--¡El hijo de la hechicera, era un malvado!

Trataron entonces de quemar al muerto y luego aventar las cenizas; entonces un anciano sacerdote pidió a la multitud irritada con suaves palabras, perdón, haciendo alusión al santo evangelio, cuyas sencillas palabras produjeron un efecto mágico y sublime en la gente.

Momentos después, volvía aquella muchedumbre hacia la Villa Imperial, sin odio por el que fue don Juan de Toledo, compadecidos de la atrocidad feroz de la venganza, y al mismo tiempo edificadas ante aquel ejemplo.



Bella

De: **Pedro B. Calderón**

I

En el año de 1638 brillaba en esta Villa Imperial, por su hermosura, por su virtud y cuantiosa riqueza, doña Clara de Argáin y Herrera, hija única de don Francisco de Argáin y de doña Magdalena de Herrera.

Era doña Clara deseada por todos los jóvenes nobles y opulentos de entonces, sin embargo, sus adoradores más constantes eran Alonso Díaz de Mendoza y Fernando Salgado.

Ambos la sitiaban a la hermosa Clara por tener alguna señal, por pequeña que ella sea de que ablandara el corazón de la hermosa dama, pero nada conseguían.



En esta Villa Imperial...

Cansado y desesperado Alonso de tanta lucha, habla a sus padres y les suplica que pidan a los padres de Clara, le concedan la mano de ésta para su esposa. Accedieron sus padres a las súplicas de su hijo y se dirigieron a la casa de Clara.

Al entrar en ella, salía, Fernando Salgado de la misma, hecho que motivó un presentimiento de que llegaba tarde; y así era en efecto, Salgado se había adelantado para sí en demanda de la mano de Clara.

No obstante, en breves y elocuentes frases expusieron el objeto de su visita.

Entonces, el padre de Clara, respondió de este modo:

-- *Señor de Argáin, honrámonos en sumo grado en este instante con vuestra presencia y la de vuestra amable esposa, y aún más honrados quedamos al escuchar vuestra petición. La respuesta favorable o contraria, no depende de nosotros, sino de Clara a quien dejamos en libertad, para aceptar o negar la petición. Hablaré con ella, dentro de tres días, os daré su respuesta y quiera Dios que sea favorable a vuestro hijo. Esta también ha sido mi contestación al señor Salgado, que acaba de hacer la misma demanda.*

A las tres de la tarde del día tercero, el señor de Argáin recibió una nota, en la que en pocas palabras el padre de Clara le invitaba pasar a su casa para tratar del asunto de sus hijos, por cuanto Clara había aceptado ser la esposa de Alonso.

Dicho y hecho, se hicieron los preparativos y en menos de quince días, previa bendición del cura, se unían en matrimonio Alonso y Clara.

Salgado, en la noche del matrimonio, embriagándose en una taberna, juró vengarse de Alonso y Clara. Pocos días después vendió algunas propiedades que tenía y desapareció de la Villa, sin que se haya nunca tenido noticias de él.

Pasaron seis años, Alonso y Clara, habían tenido tres hijos, de los que dos se les habían muerto y quedó sólo la primogénita de cinco años de edad, llamada Luz, parecida a su madre y hermosa como ella, siendo la idolatría de ambos y de sus abuelos.

Ninguna nube de tristeza turbaba la felicidad de los esposos. Pero nadie está libre de las desgracias. El invierno del año 1643, fue tan crudo y lleno de epidemias, de la que no se libró Alonso. Cayó enfermo, y el mal le duró mucho tiempo y, cuando estaba convalesciente, le prescribieron que, por las tardes, diera algunos paseos para tomar el aire libre.

En uno de esos paseos, en que sólo había salido acompañado por su idolatrada Luz, distraídamente hizo avanzar la hora, y al anochecer de esa oscura noche, se encontraba a un lado de la Cantería. Como estaba débil no caminaba con la ligereza necesaria. La pequeña Luz temblaba de frío, y tropezaba a cada paso en las piedras. La noche avanzaba, la oscuridad se hacía más densa, el frío más intenso y los paseantes casi no adelantaban un paso.

La pequeña Luz, temblaba de miedo y frío, su padre procuraba alentarla con cariños y halagos. Se sientan a descansar sobre una piedra, teniendo Alonso a Luz entre sus brazos para preservarla del frío.

Cuando iban a proseguir la marcha, se presentan a su alrededor cuatro esbozados: Luz grita, y Alonso les interroga:

--¿Quiénes sois?... ¿Qué queréis?

--¡Venganza! Responde una ronca voz de dentro de una de las máscaras e inmediatamente, los cuatro incógnitos se abalanzan a Alonso, le arrebatan a Luz, y le acosan a puñaladas, hasta dejarlo sin vida.

Luz lloraba amargamente; entonces uno de los embozados, cruza un látigo en el rostro angelical de la infeliz criatura; y como no cesaba de llorar y gritar, toman uno de los puñales, le ponen en la boca, le atan atrás en la nuca, y tomándola en brazos huyen con Luz que derramaba por la boca abundante sangre. Ya no lloraba, estaba desmayada.

Al amanecer de esa horrible noche, los criados de Clara, acompañados de la gente, entraban en fúnebre cortejo, en la casa de Alonso, conduciendo su cadáver de éste cubierto de puñaladas.

Vanas e inútiles fueron las pesquisas, para descubrir a los autores de tan horrible crimen o averiguar si Luz había muerto o estaba viva. Todo fue en vano.

Clara mediante los cuidados de sus padres y parientes, pudo salvar de la muerte; pero volvió a la vida para llevar una existencia de dolor interminable, por el recuerdo de los dos seres que más su corazón amaba: Su esposo y su hija, aunque no obstante su corazón abrigaba alguna esperanza respecto a su hija Luz, pues, creía verla de un momento a otro, soñaba acariciándola y teniéndola en sus brazos.

II

Pasó el tiempo y, una tarde de invierno del año de 1648, tan fría como todas de aquellos tiempos, una porción de gente,



*Llega apenas rodando como un cuerpo deforme a la calle de
San Pedro y de allí se dirige a una mugrienta puerta...*

con gran algazara, contemplaba a una niña de diez a doce años, que tiritaba de frío en la acera oeste de la calle del Rastro.

Jamás se había visto ser más feo que esta niña, y su misma fealdad llamaba la atención de las personas que la rodeaban.

Era corcovada, llena de harapos, manca de la mano derecha; torcido el pie izquierdo; toda la cara cubierta de enormes cicatrices y dos de éstas cubrían casi los ojos, que parecían dos gérmenes de sanguijuelas; por narices tenía dos agujeros que semejaban nidos de gusanos; una boca enorme y por añadidura era demente.

Esta desgraciada en vez de inspirar compasión, era objeto para unos, pasatiempo para otros y burla y diversión para

todos, que al terminar, tiraban en la bolsa de la mendiga unos cuantos centavos y se iban muy satisfechos.

Nadie la conocía, ni se sabía quiénes eran sus padres. Había aparecido un día, sin saberse de dónde vino, ni quién la trajo, y como se ignoraba su nombre, porque ella tampoco lo sabía, el pueblo tuvo la ocurrencia de bautizarla con el nombre de Bella.

Oscurecía la tarde de aquella noche y, la gente que rodeaba a Bella se alejó poco a poco, y esta quedó completamente sola. Se levanta de donde estaba acurrucada; dirige tímidas miradas a toda la calle y comienza a andar lenta y acompasadamente en dirección a la calle de Santo Domingo. Tiemblan sus piernas, se para a cada instante, pero luego prosigue su camino con agitado aliento.

Después de dos horas, llega apenas la infeliz Bella, rodando como un cuerpo deforme y fantástico, a la calle de San Pedro, y de allí se dirige a una mugrienta puerta. Llama y luego instantáneamente se abre la puerta, se descubre la figura de una mujer, que de un empujón, arroja dentro la tienda a Bella, gruñendo con voz aguardentosa.

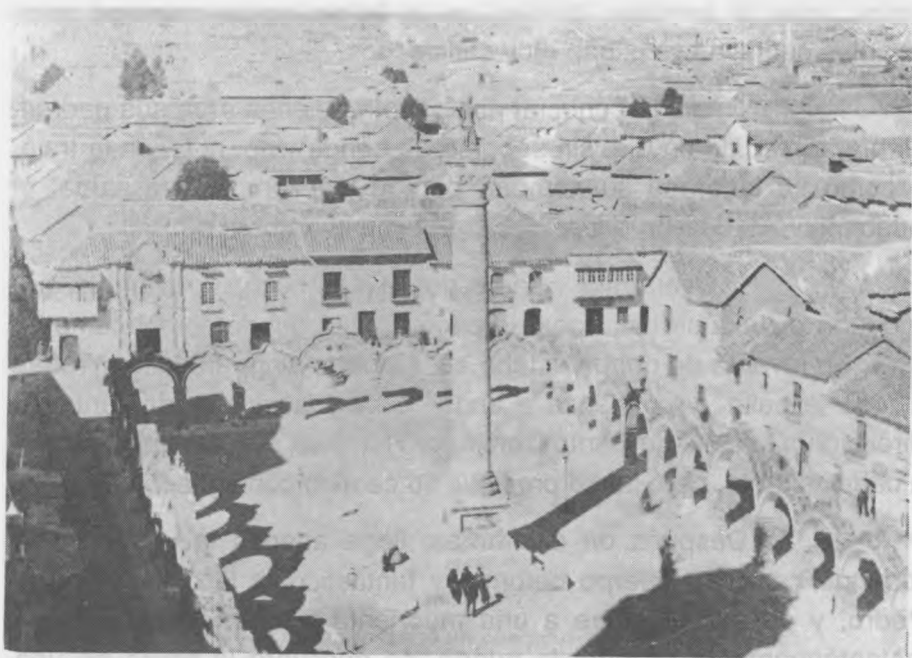
Gimiendo débilmente, se levanta Bella y para calmar el enojo de la mujer, le alcanza su bolsa, llena de los centavos que en el día había recogido, en pago de la diversión que daba a la opulenta Villa.

La mujer las cuenta y recuenta, y terminada esta ooperación, interroga a Bella, que tímida y temblorosa, no osaba levantar la cabeza:

--¿Es esto todo? --dijo en su idioma--

--Sí, responde, con acento que semejaba un triste quejido.

--¡Todo es esto!. ¡Pícala!, ladrona, contrahecha, hija del infierno; tú



Había aparecido en Potosí, sin saberse de dónde vino...

me has robado; esto es una miseria. ¿Dónde está lo demás?. Dime la verdad, sino no te daré cena. ¡La endemoniada, robándome. Y yo que me agito trabajando por ella, por dar alimento a una malagradecida...

Y como no contestaba la niña, se dirigió a ella, la arrojó al suelo y le dio tal tunda de golpes, que la hubiese matado si no sale de entre los harapos que servían de cama, un mendigo, que había estado envuelto en ellos.

--Basta Inaca --dijo el hombre separando a la mujer de la niña-- *no maltrates a la chica; hoy lo ha hecho mejor que otros días, y mañana doblará su trabajo.*

--Por voz Martinchu, no la mato a ese monstruo, pero no le doy de comer.

Soltó a Bella que cayó bañada en sangre y casi sin vida.

Basta esta triste escena para dar una débil idea de la vida de la infeliz Bella.

III

Una tarde en que Clara, apoyada a la ventana, oyó un ruido de gente en la calle y vio que ésta pasaba rodeando a una inválida niña, que era nuestra ya conocida Bella.

La deformidad de esta criatura, llamóle su atención y alma sensible, se compadeció de ella y llamó a uno de sus criados y le mandó una bolsa de monedas de oro, que como es de suponer, fue a manos de aquella Inaca; y desde ese día mandaba Clara a Bella, una buena limosna.

La vida de esta desgraciada niña mendiga, en vez de mejorar fue empeorando cada día. Cayó enferma por los maltratos que le daba aquella perversa mujer.

Un día, que ésta, le había dejado sola en esa asquerosa cloaca, donde la vimos por primera vez, arrastrándose salió Bella a tomar el sol a la puerta.

Entonces una vecina que de ella se compadecía, la única quiza en todo el barrio, se le acercó y aprovechando de la ausencia de Inaca, y de los momentos lúcidos que tenía la enferma, la habló de este modo:

--Dime Bella, ¿La Inaca y el Martinchu son tus padres?

--Padres, ¿Qué son padres? --respondió la niña asombrada--

--Padres, chica, son los que nos han dado el ser y nos crían y que cuando somos chiquitos, les decimos: Papá, Mamá...

--¡Ah!... espera... --dijo con vacilación y como recordando la niña-- yo decía: Mamá a una señora muy linda y buena que me acariciaba y quería; pero no se dónde, no recuerdo... era chiquita... creo que yo no tenía mis manos y pies maltratados... vivíamos en una casa hermosa, como esas que hay en las calles... ¡Oh! no recuerdo.

-- ¿Y papá no sabías decir? --arguyó la señora--

--Papá... papá... sí, también, a un caballero alto, que me tiraba de la mano... sí, una noche en un campo me abrazaba... ¡Ah! papá, papá, --gritó en castellano interrumpiéndose la niña-- abrazadme, esos hombres... sus puñales... y quedó sin sentido.

La compasiva mujer, tomó un jarro de agua, roció el rostro de Bella y la llevó a su cama y estuvo a su lado hasta que dio señales de vida, y como ya era hora de que volviera la Inaca, se salió.

IV

A las seis de la tarde del mismo día, Clara absorta en sus pensamientos estaba sola, cerca de una ventana en su habitación.

Una criada le anunció que una mujer, mal vestida, deseaba hablarla de un asunto importante. Accedió Clara y un instante después estaba en presencia de la mujer que, horas antes, había estado con Bella interrogándole por sus padres.

--Señora --dijo la buena mujer-- hace años que tu esposo murió asesinado y tu hija desapareció. Quisieras encontrarla ahora como también a los asesinos de tu marido?. Si no me equivoco tu hija vive y está en poder de unos malvados que la maltratan cruelmente hasta desfigurarla, de modo que, quizás no la reconozcas.

--¿Dónde está, dime, dónde está?.

--Cálmate y te contaré todo. Y le relató la escena que había tenido con Bella, con más los sufrimientos que ella padecía.

--Mi hija tenía en el brazo izquierdo una mancha azul, que por más que sus verdugos hayan intentado hacerla desaparecer, no habrá sido posible. ¡Vamos... Y de todos modos, si no es mi hija en nombre de ella haré una acción buena, librándola de su martirio a esa infeliz.

Con todo sigilo del caso y acompañada de cuatro criados y otros tantos agentes de policía, se encaminó a la tienda, donde Bella agonizaba presa de una fiebre horrible.

Llegados que fueron al lugar, oyeron que Inaca más ebria que de costumbre, apostrofaba a la enferma.



Llegando a un rancherío de indios...

--Miren la enferma, la zaparrastrosa, enferma lo hace de floja,
Levántate sapo podrido.

--*Calla Inaca, creo que verdaderamente está enferma la chica*
balbuceó con voz aguardentosa un hombre, que no era otro que el
ya conocido Martinchu--

Impetuosamente Clara abrió la puerta y entró seguida
de su acompañamiento. Inaca y Martinchu, quedaron mudos de
espanto y terror.

Clara se dirigió al lecho de Bella y sin pronunciar palabra,
quitó el mugriento jergón que la cubría, levantóle el brazo, la
examinó largo rato y exhaló un grito de dolor.

Por la mancha azul del brazo, y el instinto de madre,
conoció y se convenció de que aquella masa de carne humana, era
su hija; su idolatrada Luz, bella antes como su nombre y ahora
desconocida para toda persona que no sea su madre.

Los policías tomaron presos a Inaca y Martinchu. Clara
hizo conducir a su hija a su casa. Pero en vano fueron todos los
cuidados de Clara, para salvar a su hija, la muerte hacía presa de
ella, el estertor se pronunció y la agonía lenta, tuvo fin a las dos de
la madrugada.

Bella en el último instante de su agonía, gritó: *Papá,*
papá, esos hombres me dan miedo.. mamá, mamá y expiró.

V

Los padres de Clara y Alonso, pidieron el juzgamiento
de Inaca y Martinchu, de cuyo proceso salió lo siguiente: "Que hacia
el año 1643, una noche se les presentó un caballero en su casa sita
en Cantumarca, y les ofreció una bolsa llena de oro, para dar muerte
a un individuo. Martinchu aceptó y recibió el dinero.

Al oscurecer una noche, se les presentó el mismo caballero disfrazado, llevando un disfraz y dijo que había llegado la hora, y se dirigieron a la Cantería y allí encontraron otros dos disfrazados, y uno de estos sacó cuatro puñales, y se distribuyeron.

Luego silenciosamente se ocultaron detrás de unas piedras. Poco después un hombre venía del lado norte con una niña pequeña. Los esbozados instantáneamente se levantaron y asesinaron al hombre.

El que dio de latigazos a Luz, fue el caballero, él mismo le puso la espada en la boca, y el que lo condujo en brazos fue Martinchu. Después que corrieron alguna distancia, los dos últimos disfrazados, se despidieron, marchándose en distintas direcciones. Este, la niña y Martinchu, se encaminaron a Cantumarca, casa de Inaca o Ignacia.

Allí el caballero, les dio una fuerte suma de oro, encargándoles que abandonaran el lugar y se fueran a alguna estancia de indios y allí cuidaran a la niña.

Una hora después, Martinchu, Inaca y Luz, temblando de frío caminaban por cerros desconocidos hacia el sud, llegando a un rancherío de indios, en el fondo de un valle. Allí se instalaron.

Pronto se les hizo insoportable la vida que pasaban. La niña era carga pesada y un constante tormento.

Sus gemidos y llanto, no cesaban; llamaba a sus padres y no la respondían. Resolvieron pocos días después martirizarla.

En eso, al primer gemido de la niña fue recibido con un fuerte garrotazo que Inaca la aplicó en la espalda y desde entonces

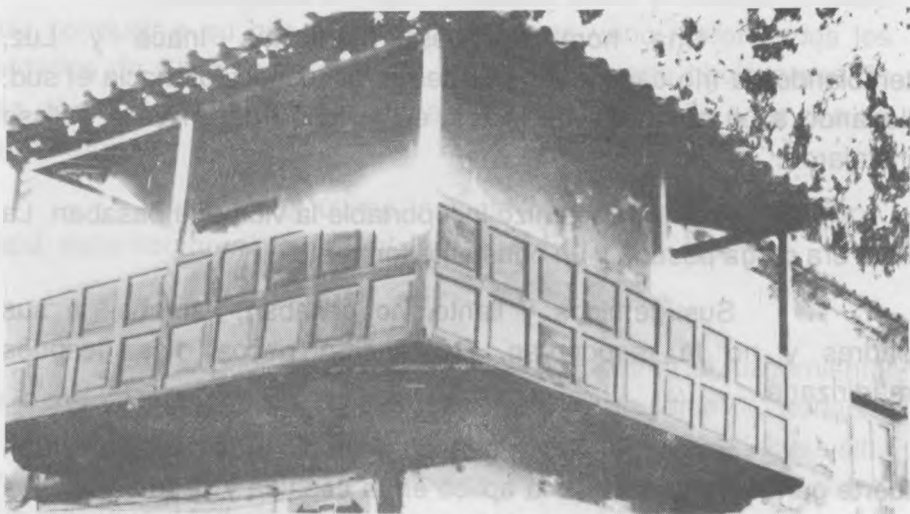
no cesaron los golpes. Una noche, Martinchu que estaba ebrio, oyó llorar a Luz e inmediatamente le arrojó con furia al rostro su bota y le fracturó los huesos de la nariz.

Para colmo de todo, Bella enfermó una asquerosa viruela, que la dejó llena de cicatrices, con uno de los brazos y piernas encogidos, por el poco cuidado que tuvieron en su curación.

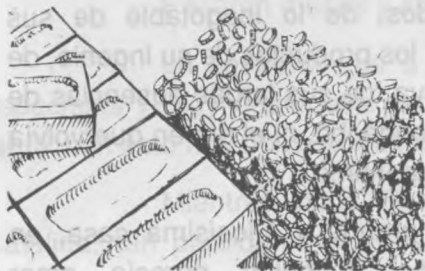
Sanó, pero no completamente porque quedó demente e inválida. Así pasaron cuatro años y viéndose ya faltos de recursos resolvieron volver a esta Villa, con la confianza de que a Luz, no la reconocería ni la misma madre que la parió.

En virtud de estas declaraciones recibidas de varios testigos del rancho, donde habían huido Inaca y Martinchu, el tribunal los condenó a la pena de muerte, que la sufrieron en la horca, en la esquina que hasta hoy conserva ese nombre.

Clara, poco tiempo después, fue a reunirse con su esposo y su hija, murió, dejando un triste recuerdo de su vida.



Sufrieron la horca, en la esquina que hasta hoy conserva ese nombre.



Los tesoros de Rocha

De: Julio Lucas Jaimes

I

El auge de las ricas minas de Potosí, había levantado a la Villa Imperial a la altura de su mayor apogeo, en los primeros tiempos del reino de don Carlos III de España.

Por entonces, los ingenios cubrían en la falda del cerro las dos márgenes de la Ribera y elevaban, por sobre las macizas murallas de granito, los torreones donde giraba la rueda maestra de los batanes que reducían a polvo el metal extraído de las minas.

Dueño de Thuru Cancha, uno de los mejores ingenios de la Ribera, era don Francisco Rocha, muy modesto en sus aspiraciones nobiliarias, orgulloso con los otros dueños y noblezas, al mismo tiempo que generoso y humilde con los pobres y con los indios.

No daba pascuas, ni aguinaldo a los alcaldes, ni al corregidor, ni mandaba novillos a los regidores y al Vicario, por lo que se comprenderá la ojeriza con que sería mirado don Francisco por la gente cogotuda y las bendiciones que recogería de la gente pobre.

Don Francisco, era el asunto más comentado para las tertulias cotidianas, porque se murmuraba de su excesiva prodigalidad para con sus protegidos, de lo inagotable de sus tesoros, cuyo origen no se hallaba en los productos de su ingenio; de su vida misteriosa y poco comunicativa; de sus largas ausencias de la Villa sin saberse jamás el lugar a donde iba, ni el día en que volvía y de ciertos aspectos acerca de su vida íntima.

Rocha vivía en una grande y lujosísima casa, en compañía de una hermosa india a quien parecía amar entrañablemente.

Habíase establecido, hacía poco tiempo, en una suntuosa casa del barrio de los Juandedianos, una familia compuesta por una dama, un caballero y sus correspondientes acompañantes.

La dama era alta de cuerpo, rica de formas, airoso en el andar y arrogante en el porte; mientras que el caballero era un hombre que frisaba en los cuarenta años, cuya actitud demostraba recelo y desconfianza.

Se llamaban doña Catalina y don Alonso y se decían ser hermanos naturales de Sevilla España.

Por diferentes conductos había llegado a los estrados del corregimiento, la especie de que las largas y temporales desapariciones del riquísimo Rocha, hacían preveer que tuviera grandes socavones subterráneos donde, con el auxilio de centenares de esclavos, se ocupaba de falsificar monedas del valor de un peso fuerte.

Pero muy precavido debió ser don Francisco, pues cuando al examinar las monedas tomadas de diferentes cajas particulares y reales, no había diferencia en ley ni peso entre todas.

Pasaron meses y años sin novedad alguna.

La sevillana que a lo que parece, tenía motivos muy especiales y muy poderosos para servir ciegamente a don Alonso, tenía con éste mucho de sometimiento y de humildad.

Mientras tanto Rocha habíase enamorado de doña Catalina, tan perdidamente, que acabó por confesar el grandioso secreto que tenía guardado tan recelosamente.

Al poco tiempo de dicha confesión, con sombrero y capa de alguacil, que le cubrían el rostro y entre otros dos, iba don Francisco seguido del Alcalde, camino de la cárcel, cuyos cargos fueron monedero falso y hereje; mientras por la puerta de escape de la misma casa, salían entre una fuerte escolta la hermosa sevillana, en dirección del beaterio de Copacabana a donde la destinaba el Corregidor, más para garantía de su persona que por ser parte esencial del juicio.

Había ocurrido que, doña Catalina, interpelada por el Corregidor y conminada bajo la religión del juramento, a decir verdad en todo lo que supiera y fuera preguntada a lo que relató:

"No podré decir, señor, en conciencia, la hora en que don Francisco y yo cerrados en una rica litera atravesamos las calles de la Villa, ni me es dado indicar el rumbo que seguíamos, pues lo mismo fue entrar en la silla cuando faltó completamente la luz a mis ojos, y eran tantas y tan abigarradas las vueltas, que se me figura, dábamos en diversas direcciones, que me sentía como acometida por el vértigo del mareo.



*Con sombrero y capa de alguacil,
iba don Francisco...*

Después de un larguísimo espacio, de algunas horas de viaje finalmente nos detuvimos y, don Francisco tocó un silbato, encendió una pequeña bujía que llevaba consigo, abrió la portezuela y me invitó a seguirlo.

Hallábame en la entrada de un gran socavón oscuro y húmedo no veía persona alguna, ni la huella de nuestros conductores, que se evaporaron como el humo. Asida de la capa de don Francisco, recorrí una larga distancia, hasta que de repente se interceptó el camino, de modo que parecía ser el término de la mina. Volvióse don Francisco, hacia el lado derecho y aplicando el mango de su puñal en una grieta hizo girar una enorme piedra que ocultaba una nueva entrada; alzóme en sus brazos, pues sólo para quien tuviera grande ejercicio, fuera fácil el descenso por las prominencias únicas que servían como de escaleras en el subterráneo.

En el fondo se detuvo, hizo rechinar las cerraduras de una puerta de hierro y la vivísima luz que nos iluminó, pronto acabé por desvanecerme completamente, de suerte que perdí por gran espacio el sentido.

Merced a los cuidados de don Francisco, pronto volvió la fuerza a mi ánimo, y lo que vi no es para contarlo; pues en una extensa bóveda alumbrada por enormes velones de plata, habían apilados, hacia un lado y casi hasta tocar el cielo de la bóveda, grandes talegos de plata sellada, mientras en el otro relucían en montones los pesos fuertes arrojados a granel y los lingotes y tejos de oro macizo. En un sótano abierto en uno de los ángulos se veía el depósito de las barras y de la plata piña en una profundidad de cuatro o cinco varas, lleno hasta más de los dos tercios.

Don Francisco abrió una segunda puerta y otra estancia mejor adornada se presentó a mi vista. Los escaparates



*Echase fuera de la casa tomando el camino del
Beaterio de Copacabana.*

estaban llenos de utensilios de oro y plata. Riquísimas vajillas que contenían manjares exquisitos preparados en el día, cubrían la mesa del centro; pero sin que apareciera ánima viviente para servirlos.

Apenas yo pude tocarlos, pues que estaba deslumbrada y llena de un pavor misterioso. Bebí para fortalecerme de un licor extraño que me ofreció don Francisco, y poco después sentí una completa languidez en el cuerpo y quedé sumida en el más profundo sueño.

Al despertar halléme en mi propio lecho pensando si habría soñado; pero aún conservaba el gusto del licor que bebí en la bóveda y tenía en los dedos los anillos que don Francisco sacó allí, de un cofre lleno de joyas para que yo los conservase en memoria de su complacencia y en prenda del mucho cariño que para mí abrigaba".

III

Mientras tanto, en una lujosa habitación perteneciente a una de las más grandes casas del barrio de San Francisco, hallábase casi de rodillas sobre ricos cojines, una mujer cuyos sollozos se perdían sin eco entre la tupida tapicería que decoraba la estancia.

De pronto alzóse erguida, enjugó su llanto que corría a raudales, pintóse en su rostro la señal de una resolución inquebrantable y vistiendo la saya y la mantilla, echóse fuera de la casa tomando el camino del beaterio de Copacabana.

Media hora después se hallaban frente a frente, la hermosa Ccori Cusichi y la bella sevillana, las que se confundieron en un abrazo, a tiempo de entablar una conversación.

No había pasado, una hora desde que se verificó esta conversación; cuando la comunidad de Copacabana, reunida en una celda de la superiora, resolvía dirigirse al señor Vicario, haciéndole conocer que doña Catalina había sido raptada, usando de la violencia, amordazando a una de las hermanas porteras y poniendo en encierro forzado a las hermanas tornera y sacristana.

En tanto ocurrían muchos pormenores e incidentes así como corría voz de que el buen Rocha había sido atormentado, en dos ocasiones con el torno y con las cuñas, sin que la justicia obtuviese resultado alguno, pues se mantenía obstinado, contestaba a las preguntas con el silencio más profundo, siendo acompañado por largas horas por el padre Senavilla.

Los indios del cerro y de los ingenios que tenían grandísimo afecto por Rocha, comenzaban a mostrarse reacios al trabajo, formando grupos en que se armaban bien poco tranquilizadores proyectos.

Una de esas noches, fría y lluviosa, se abrió silenciosamente la pesada puerta de la cárcel del cabildo para dar paso a un sacerdote, que salía del mismo. Pero apenas había dado algunos pasos, cuando se le presentó de improviso un esbozado que le inquirió contestara a sus preguntas, a lo que el padre se negó rotundamente a dar información.

No había concluido su razonamiento el padre, cuando sintió el agudo filo de un puñal que le traspasó el pecho.

El asesino se apoderó de todos los papeles que llevaba el padre consigo, y corrió hacia un farolito que ardía al pie de la efígie, colocada en el cementerio de la Compañía. Los recorrió y examinó rápidamente y arrojando juramentos y maldiciones de despecho se perdió en la oscuridad.



Un farolito colocada cerca de la Compañía de Jesús...

IV

Al día siguiente las campanas de todas las iglesias tañían lúgubremente con acompañamiento del esquilón, lo que daba a conocer que el muerto era un sacerdote.

Una multitud de gente invadía la capilla lateral de la Compañía donde un suntuoso tumulto yacía entre blandones y cirios, el cadáver del doctor don Ambrosio Senavilla, superior de los jesuitas, muerto por la sacrílega mano de los parciales de don Francisco, según versión generalmente aceptada.

En tanto, el alcalde se volvía loco buscando a dos personas que parecían haber desaparecido sin dejar huella. Había entrado en la casa ocupada antes por don Francisco, todo estaba desierto y abandonado, las habitaciones tan lujosas de Ccori Cusichi estaban desmanteladas y vacías. Acudió al ingenio de Thuru Cancha la misma soledad y el mismo abandono. Entró en Copacabana, amenazó y rogó a las recogidas y a la superiora; pero nada pudo obtener que le diera luz o que guiara sus investigaciones.

Doña Catalina y Ccori Cusichi, habíanse vuelto humo y don Alonso que ayudaba al alcalde en sus pesquisas, devanábase los sesos sin poder explicarse tan extraño fenómeno.

El Consejo en tanto, había declarado que la persona de don Francisco era peligrosa, al orden y motivo de alzamientos rebeldes, aparte de que pesaban sobre él acusaciones por delitos de falsa amonedación e indiferencia religiosa.

Al día siguiente, jueves 11 de mayo de 1770, balanceábase en una horca levantada en las puertas de Thuru Cancha y resguardado por doble escolta de arcabuceros, el cuerpo de un ajusticiado.



En una lujosa habitación perteneciente a una de las más grandes casas del barrio de San Francisco...

Los transeúntes reconocían estremecidos en este al desgraciado, opulento y generoso don Francisco Rocha.

V

DIEZ AÑOS DESPUES

Un indio llamado Guanca, mayordomo del ingenio de Occopampa, al servicio del industrial don Fernando Balcázar, gozaba de una inusitada riqueza, pese a su honradez y confianza para su patrón.

Nadie sabía de dónde provenía la fortuna de este indio, sin embargo Guanca era espléndido en su porte, su mujer vestía ph'anta de terciopelo, y acsu de lana de oro y los tacones de

sus ojotas, los topos de la lliclla y los cascabeles de sus mangas eran de plata.

Un buen día, encontrándose ya próximo a la tumba, llamó a su patrón y después de muchos encarecimientos le hizo la relación siguiente:

"Al regresar una mañana del pueblo de Cantumarca, me sorprendió una tormenta en la falda del cerro hacia el lado de la eslabonería y me obligó a refugiarme en un hueco formado por las grietas. Entre los distintos colores que presentaban las vetas del cerro, me llamó la atención el de una piedra sobresaliente de forma extraña que no parecía naturalmente colocada en ese sitio. Llevaba conmigo un pico y comencé a escarbar alrededor de la piedra, redoblando mi empeño, al ver la facilidad con que cedía la tierra medio húmeda que llenaba los huecos.

Volviendo con mejores utensilios logré sacar la piedra de quicio, descubrí un socavón, me aventuré por él, descendí al fondo de un sótano y con inauditos esfuerzos forcé una puerta de hierro y hallé una bóveda, descubriendo con asombro las inmensas riquezas que allí habían encerradas.

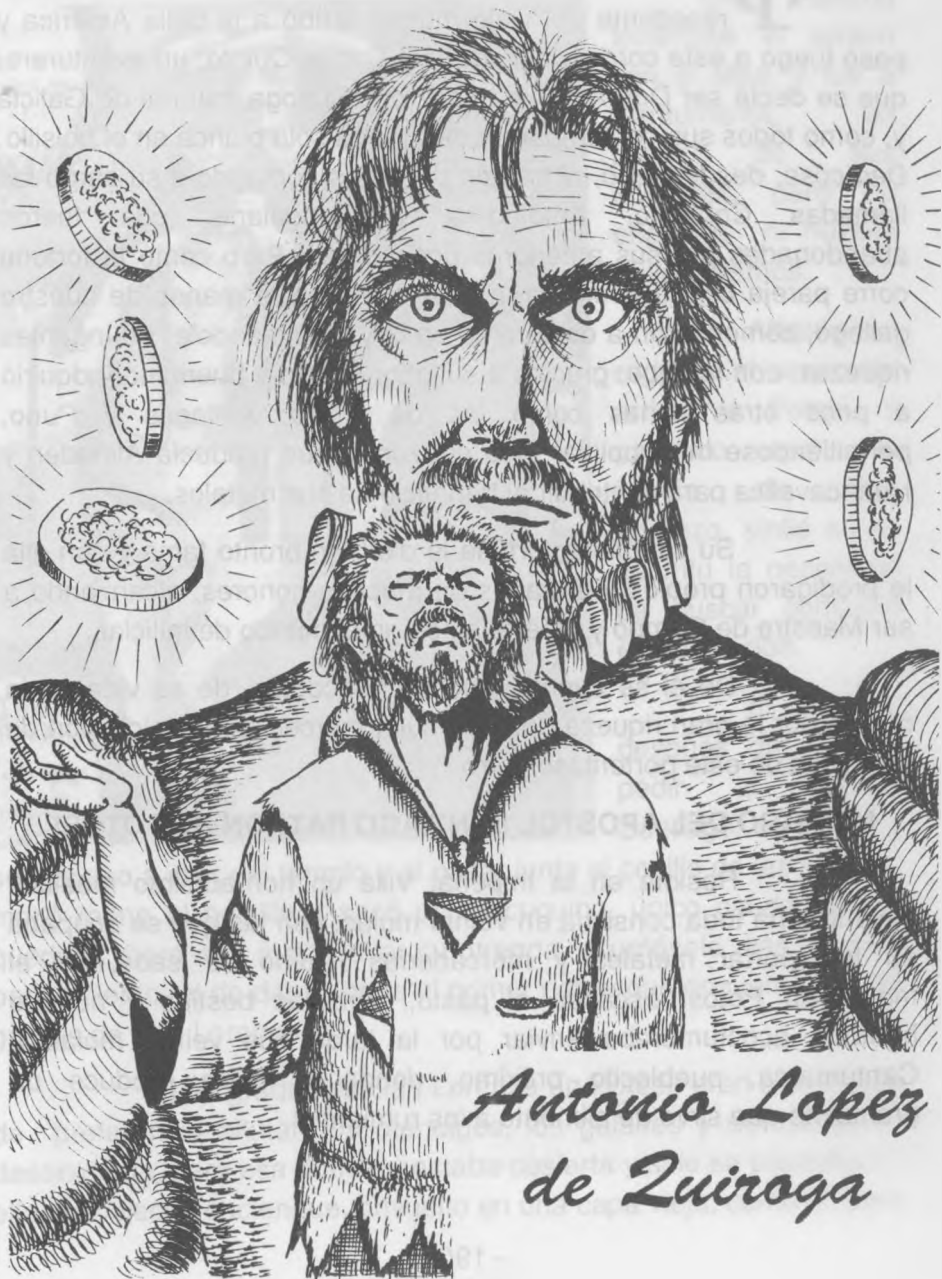
El hizo la misma relación que queda consignada en la declaración de doña Catalina.

Continuando su relación al decir que: "Pocos días después, al lograr forzar la segunda entrada, pude observar con asombro, que pendía del techo el esqueleto de una mujer, cuyos abundantes cabellos caían por delante hasta las rodillas. Conservaba aún los restos de una saya de raso y adheridos al cuello collares de diamantes y de perlas. Al frente y sentada sobre dos cojines se hallaba el esqueleto de otra mujer, cuyos vestidos parecían de rica lana de oro".

La relación de Guanca, quedó interrumpida, una fuerte tos que pareció desgarrársele el pecho, le hizo arrojar torrentes de sangre y expiró sin determinar el lugar, ni dar señal ni derrotero alguno; pero la tradición señala el sitio de la Eslabonería, como aquel donde se encuentra la boca del socavón de Rocha que aún, se cree guarda los esqueletos de la Sevillana y Ccori Cusichi.

Desde principios del presente siglo, se han organizado muchas sociedades con fuertes capitales para buscar los tesoros de Rocha, pero hasta ahora quedan sepultados en el misterio más profundo.

Sólo una india con un alma, como la de la hermosa Ccori Cusichi, podía vengarse como se vengó ahorcando a la Sevillana y dejándose morir de inanición en el subterráneo por no abandonar a su rival aborrecida.



*Antonio Lopez
de Zuiroga*

Procedente del viejo mundo arribó a la bella América y pasó luego a esta coronada ciudad de Carlos Quinto, un aventurero, que se decía ser Don Antonio López de Quiroga, natural de Galicia y, como todos sus contemporáneos sin una sola blanca en el bolsillo. Dedicóse, desde luego, al trabajo de minas, tomando a su cargo las llamadas Cotamito, Amoladera y Candelaria, que fueron abandonadas por sus anteriores poseedores. Pero como la fortuna corre pareja con la aventura, a poco de pasar a manos de nuestro gallego, comenzaron a declararse en boyas, colmándole de ingentes riquezas, con las que, gracias a su laboriosidad y buen tino, adquirió a poco otras minas como las de Oruro, Aullagas y Puno, permitiéndose monopolizar todo el azogue que producía Almaden y Huancavelica para contribuir al beneficio de sus metales.

Su cuantiosa fortuna le dio bien pronto fama y con ella le prodigaron propios y extraños de muchos honores, alcanzando a ser Maestre de Campo y tener a su cargo el mando de milicias.

De él se cuenta muchas anécdotas, de su vida en la ciudad por la gran riqueza que acumuló, merced a la explotación de las minas de este portentoso cerro.

MILAGRO DEL APOSTOL SANTIAGO PATRON DE POTOSI

Residía en la Imperial Villa un honradísimo mestizo, cuya fortuna toda consistía en veinte mulas, con las que se ocupaba en transportar metales y mercaderías. Como se sabe, en el frigidísimo Potosí escasea el pasto, para las bestias y nuestro hombre, acostumbraba enviar por la tarde sus veinte mulas a Cantumarca, pueblecito próximo, donde la tierra produce un gramalote que sirve de alimento a los rumiantes.



Una mañana levantóse el arriero con el alba, y fue a Cantumarca, en busca de sus animales, pero no encontró ni huellas de los mismos.

Afligidísimo regresó el arruinado arriero a Potosí, y pasando por la iglesia de San Lorenzo, sintió en su espíritu la necesidad de buscar consuelo en su oración.

El mestizo, después de rezar y pedir al apóstol Santiago, levantóse y

se dispuso a salir del templo y al pasar junto al cepillo de las ánimas, metió mano al bolsillo y sacó un macaquino, único caudal que le quedaba, pero al ir a depositar su ofrenda, ocurriósele más piadoso pensamiento, el de dar limosna al primer pobre que encuentre en las gradas de San Lorenzo.

Las gradas de San Lorenzo en Potosí, eran sitio donde de preferencia afluían los mendigos, los galanes y demás gente desocupada; pero esa mañana estaba desierta y sólo se paseaba en ella un viejecito enclenque, envuelto en una capa vieja, como él, pero

sin manchas ni remiendos y cubierta la cabeza con el tradicional sombrero de vicuña.

Acercándose al viejecito le puso en la mano el macuquino.

--*Dios se lo pague hermano* --contestó sonriendo el mendigo--

Tres días pasaron, y notorio era ya en Potosí que unos pícaros ladrones habían dejado mano sobre mano a un infeliz arriero.

Sin embargo, en la mañana del cuarto día, un mestizo se le acercó al arriero afligido, diciéndole que su merced don Antonio López Quiroz lo necesita.

El arriero no conocía al Maestre de Campo, más que por la fama de su caudal y por sus buenas acciones y larguezas, así es que se sorprendió por el llamamiento.

Llegado el arriero a casa de Quiroz, encontró en la sala al mendigo de las gradas de San Lorenzo, quien lo abrazó afectuosamente a tiempo de ofrecerle cuarenta mulas de Tucumán, esquivándose a las manifestaciones de gratitud del arriero.

EL ROBO DE LOS CABOS DE VELA

Después de Dios, La casa de Quiroz.

Por aquella época, los cabos de vela de sebo, alcanzaron un precio muy alto, por lo que poseerlos en cantidad era un tesoro.

Cuentan que una señora, madre de una joven que era pobre, no pudiendo casar a su hija, apeló a pedirle algo a Quiroz. Por desgracia eligió un mal momento, ya que en el patio de la casa

de éste, varios negros, esclavos de Quiroz, se encontraban maniatados y colgados y duramente castigados.

Lo peor de todo es que la faena era dirigida por el mismísimo Quiroz.

La pobre vieja toda aterrorizada, trató de salir del lugar, pero Quiroz, con voz dura y lleno de cólera la hizo venir.

La señora muy asustada, le confesó la verdad de su visita en dos palabras.

Para tranquilizarla Quiroz, explicó el haber descubierto el robo considerable de cabos de vela, que constituían el sustento de muchos menesterosos, pese a estar bien pagados.

En ese instante Quiroz, en un acto de verdadera caridad, le regaló todos los cabos de vela que habían en ese momento en su casa.

Fue tal la cantidad de cabos de vela que se reunió; que fueron suficientes para amasar una buena fortuna y casar a su hija con un buen pretendiente.

DE COMO UN SANTO CRISTO FUE FIADOR Y

LLANO PAGADOR

Incitado por las fabulosas riquezas del Cerro Rico, vino desde Lima, Perú, don Pedro Flores de León, luego de haberse prestado de su tío la suma de seis mil pesos, que invirtió en mercaderías para negociar en esta ínclita Villa Imperial.

Después de unos días de permanencia en Potosí, en una tienda de la plazuela del Gato, don Pedro había acabado toda su mercadería habiéndole reportado una buena ganancia, al margen del capital invertido.

No le faltaron los amigos que le tentaron visitar a uno de los garitos de esta ciudad, donde don Pedro, fascinado veía en ellas los golpes de la fortuna ciega.

Entonces don Pedro "arriesgó" unos pesos a cierto palo de naípe, que en un principio le fue bien, pero en las siguientes apuestas fue perdiendo uno a uno el capital ganado, hasta quedar sin un solo centavo .



Una imagen de Cristo crucificado, le puso como fiador o testigo de su compromiso...

La desesperación se apoderó de don Pedro, por la cuantiosa pérdida y por su conducta, y más aún sabiendo que debía dinero a su tío allá en Lima.

En tales trances, andaba el hombre, cuando se acordó del acaudalado don Antonio López de Quiroga, para remediar su situación.

Ya en casa del acaudalado minero, con voz temblorosa solicitó el pedido, comprometiéndose del mismo modo a devolverle en un tiempo prudencial de un año.

Sin embargo, Quiroz, impuso al solicitante una garantía personal, Don Pedro en su desesperación por la obtención del dinero viendo en la mesa de la mansión de Quiroga, una imagen de Cristo crucificado, le puso como fiador o testigo de su compromiso de devolución del dinero.

Quiroga, sin más palabras, efectuó el documento de préstamo y don Pedro salió remediado.

Un año después, con retardo de cinco días, Pedro, que con una vida laboriosa y honrada, había prosperado, se presentó a Quiroga para pagar su deuda.

Sin embargo, Quiroga, había roto y cancelado la deuda el mismo día de fenecido el plazo del préstamo, por cuanto pese mismo día había descubierto un rico filón en la mina de Cotamito.

UN BATEO DE PADRE Y MUY SEÑOR MIO

Hallándose don Antonio López de Quiroga en Puno (Perú), por asuntos particulares, conoció a don Pedro Fernández de Castro y Andrade, Conde de Lemos y XIX Virrey del Perú, que llegó estando de paso a Lima.

Lo cierto es que don Antonio intimó mucho con don Pedro, llegándose a ser grandes amigos.

En ese tren de cosas, don Pedro, aprovechó la ocasión y le nombra como su compadre de bautizo de su primogénito, pedido que es aceptado por don Antonio, quedando responder en su debida oportunidad, si no es personal, enviando un representante llegado el día del bautizo.

Dicho y hecho, se bautizaba en la Catedral de Lima, el hijo del Conde de Lemos.

Don Antonio López de Quiroga, en esa ocasión envió de Potosí a Lima, sólo para el ajuar y mantilla del ahijado, la friolera suma de cincuenta mil pesos, cantidad formidable para esa época.

EL GRAN PAITITI

Interesado don Antonio, acerca de la versión de los historiadores de esa época acerca de los imperios de "El Dorado", "El Quivisa", "La ciudad de los Césares" y especialmente del gran "Paititi", poderosas y millonarias civilizaciones que se decía se encontraban situados entre el Brasil y el Perú.



Antonio López de Quiroga fue a la capilla del Santo Cristo de la Vera Cruz...

Decidió organizar una gran expedición contando con su sobrino Don Benito Ribera y Quiroga, y otros hombres de confianza.

Entraron por la parte de Orixaca tras correrías desatinadas y más de 300.000 pesos en gastos, no encontraron nada más que salvajes y enfermedades propias de esas zonas.

El fascinante imperio del Paititi, resultó ser la extensa

comarca en que se hallan las provincias fronterizas de los Departamentos de Cochabamba, Chuquisaca y Santa Cruz.

EL MILAGRO DEL SEÑOR DE LA VERA CRUZ

Esto ocurrió cuando don Antonio López de Quiroga, fue a misa a la capilla del Santo Cristo de la Vera Cruz.

Culminado el santo oficio, un forastero se le acercó viéndole a don Antonio, presentando una humilde apariencia, dándole una moneda como limosna por el voto que había hecho el forastero, a quien encontrara primero al salir de la iglesia.

Don Antonio, sin titubear aceptó la moneda, agradeciendo en nombre de Dios él mismo.

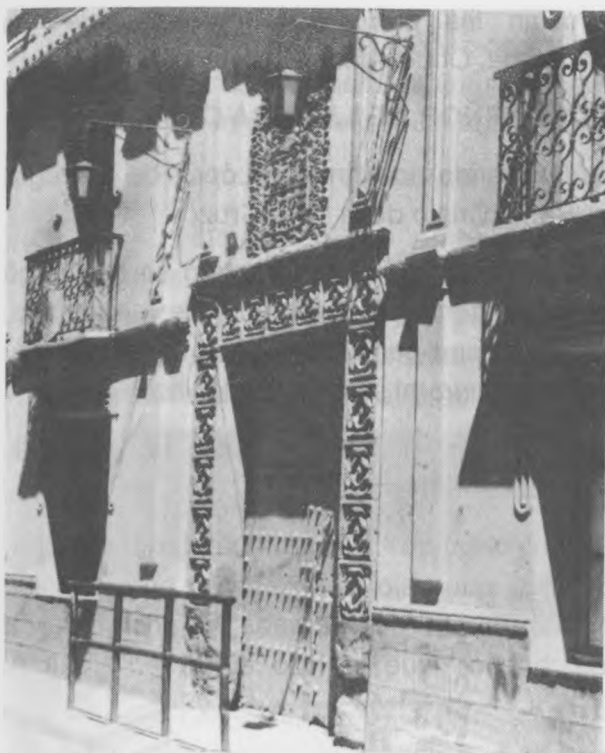
¿Quién era el forastero?. Se llamaba Martín Concha, hacendado en el valle de Cinti, que trajo para negociar en esta Villa, buenos quintales de vino, que al abrir las garrafas, se encontró que el vino se había torcido, hecho que le hizo entrar en grandes pérdidas de dinero.

Tal era el hombre y tales las congojas que le traían triste.

Sin embargo, en la tarde de ese día, aproximóse a la estancia de don Martín un señor que expresó querer comprar el vino. Concienzudamente reveló don Martín que el jugo de la vid se había convertido en vinagre. Sin embargo, pese a ello, el señor insistió en comprarlo a buen precio.

Martín creyó en la eficacia de su limosna que le había valido un milagro del Señor de la Vera Cruz.

Aún no le había vuelto el alma, cuando recibió un recado del comprador del vino, invitándole a un almuerzo y tomar en grata compañía algunas copas del generoso vino.



*Tenía costumbre de dar asiento en su
mesa a los más pobres que
acudían a su casa...*

Muy temeroso y confiado aceptó don Martín la invitación, pero cuál sería su asombro cuando vio que su anfitrión era nada más y nada menos que el mismísimo mendigo, al que había dado la limosna esa mañana y que fue presentado como el Maestre de Campo, don Antonio López de Quiroga.

Don Antonio agasajó a su huésped, tratándolo a cuerpo de rey, recordándole al mismo tiempo la

buena acción que Martín le hizo para con él, ofreciéndole por otro lado, diez talegos de plata que le dio como gratitud.

JUSTO EL MENDIGO

En los comienzos de su colosal fortuna de don Antonio López de Quiroga, tenía la costumbre de dar asiento en su mesa a algunos de los muchos pobres que, diariamente acudían a sus limosnas.

Entre los pobres que asistían a la mesa de don Antonio, se distinguía un anciano de larga y canosa barba.

Llamábanle don Justo, sin que se haya sabido a punto cierto, cuál era su nombre.

Uno de esos días, nebuloso y de intenso frío, disputaban los dependientes de don Antonio, sobre la manera de contribuir, a un pequeño pero significativo obsequio, destinado al anciano don Justo, acordándose regalarle una capa al mendigo, que era menester para ese invierno.

El domingo siguiente, después del almuerzo, a nombre de los dependientes de don Antonio López de Quiroga, hicieron la entrega de la capa hecha de valiosa tela.

Don Justo, que se había puesto de pie y avanzando imperceptiblemente a la puerta, contestó:

--*Gracias generosos jóvenes, que Dios os lo pague y haga merced doble con vosotros. Pero, antes de usarla quiero que la enjuaguéis, porque está mojada.*

--*Mojada!* --exclamaron los dependientes y se precipitaron en tumulto a reconocerla--

--*Haced la prueba* -- dijo don Justo.

Dos de los más jóvenes, tomaron de los extremos de la capa y la retorcieron; pero, cuál fue el asombro de los que allí estaban presentes, al ver que fluía sangre, enrojeciendo el pavimento de la habitación, y mientras más torcían, caía en mayor abundancia.

--*Antonio López de Quiroga, esa capa no ha costado tu plata ni la de tus dependientes, cuesta la sangre de tus pobres jornaleros, cuyo trabajo se les engaña. Sé justo en abonar sus salarios e impide a tus dependientes se enriquezcan con el sudor de los pobres y Dios te recompensará con largueza.*

Diciendo esto, don Justo salió de la habitación.

Don Antonio, como si despertase de un sueño que le embargaba los sentidos, sin poderse explicar lo que había visto y oído, gritó que le trajeran al hombre.

Los dependientes sobrecogidos a un terror, salen en tropel al patio, se dirigen a las puertas de entrada y, en seguida a las calles adyacentes, buscan, indagan, pero no encuentran al mendigo."



*Era una noche, de las
más frías en Potosí...*

Jamás volvió a verse en el Ingenio al llamado don Justo.

PADRINAZGO PIADOSO

Era una noche de las más frías de la Villa, en la que las calles oscuras de esta tierra, se hallaban sin gente, con excepción de un personaje que, silenciosamente se deslizaba por la angosta callejuela de la Ollería, iba con paso moderado y además de curioso,



Recorría tocando las puertas de la Villa Imperial...

poniendo de cuando en cuando el oído junto a las cerraduras.

Este individuo recorría las puertas tocando con los nudillos de la mano, algunas de ellas y con doliente voz pedía asilo que le era negada constantemente.

Después de algún rato y convencido de la inhospitalidad de los vecinos, llegó a una puerta donde repitió su triste demanda, siendo recibido gentilmente.

En la vivienda habitaba una familia humilde que acababa de tener un niño.

Entonces, el huésped, solicitó muy respetuosamente a dicha familia, nombrar un padrino para el niño; pese a la desconfianza de la suegra, que no lo veía con buenos ojos al forastero.

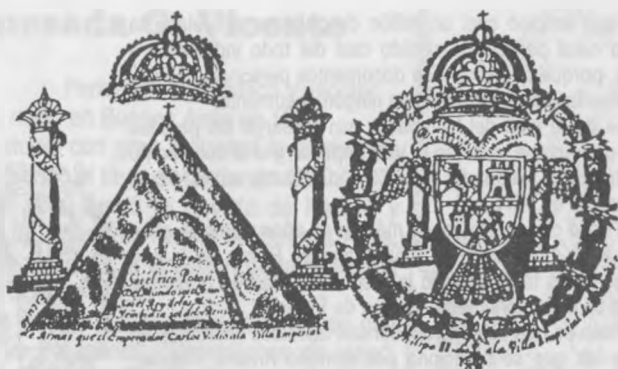
Al día siguiente y en el momento menos pensado, se presentó el huésped acompañado de dos indios que llevaban dos envoltorios enormes, el que les fue entregado a nombre del padrino.

Al examinar el presente, asombrados observaron que contenía, al margen de los ajuares, dos talegos de dinero y un papel que indicaba que el bautizo se iba a efectuar en la iglesia de la Compañía de Jesús.

Admirados y sorprendidos, creyendo que era un sueño, supieron que el susodicho padrino era nada más y nada menos que don Antonio López de Quiroga.

El bautizo se llevó a cabo con gran pompa, donde todos repetían con marcado acento. "Después de Dios Quiroz".

Este insigne industrial minero murió en abril de 1699, a la edad de 109 años, dejando una cuantiosa fortuna.



HISTORIA

DE LA

VILLA IMPERIAL DE POTOSÍ

RIQUESAS INCOMPARABLES
DE SU FAMOSO CERO
GRANDESAS DE SU MAGNANIMA POBLACION
SU SGVERAS CIVILES
Y CASOS MEMORABLES

Por D. Bartholome ~~Barraza~~ y Vela, natural
de dicha Villa.

Dirigida

de D. Luis Josef de Liacoa

Biografías breves

Bartolomé Arzáns de Orsúa y Vela

El historiador que empleó casi un millón de palabras en relatar la historia de su ciudad natal parece haber sido casi del todo indiferente a relatar su propia vida, porque no se conoce documentos personales suyos; ya que no ha dejado huellas autobiográficas en ningún documento.

Poco se sabe de la vida del historiador, sin embargo las partidas parroquiales, indican que Arzáns nació en la Villa Imperial, y si el documento que se recogió es correcto, el historiador tenía 60 años cuando murió lo cual significa que habría nacido en 1676.

Bartolomé se casó con una mujer de más de 40 años y casi 15 años mayor que él en mayo de 1701 llamada doña Juana de Reina, en la que tuvo un hijo Diego, que más tarde asumió la responsabilidad de proseguir escribiendo la Historia de esta monumental ciudad de Potosí.

Otro dato curioso es que este historiador usó apellidos diferentes en épocas diferentes de las que se menciona por ejemplo Arzáns, Dapifer, Martínez, Orsúa y Vela; sin embargo el nombre más propio que debió usarse es Bartolomé Arzáns de Orsúa y Vela.

Arzáns consagró unas 1.500 páginas en folio de escritura prieta a las vicisitudes de la historia de Potosí, pero fue muy renuente a ofrecer datos autobiográficos.

Si la escasez de documentos sobre su vida es un reflejo veraz de los hechos, la vida de Arzáns debió haber sido tranquila, sin mayores alternativas, a pesar de la estrechez de su existencia porque el historiador no recurrió nunca a pedir ayuda a nadie.



Modesto Omiste Tinajeros

Abogado, periodista, educador, diplomático, historiador, organizador de instituciones, hombre público.

Nació el 6 de junio de 1840, y murió a los 58 años en 1898. Sus padres fueron don Juan Manuel Omiste y doña Josefa Tinajeros.

Estudió Derecho en la Universidad San Francisco Xavier de Chuquisaca y desde muy joven se vio atraído por el periodismo y la investigación del pasado.

El 30 de septiembre de 1877, junto a un selecto núcleo de jóvenes organizó la "Sociedad Cortes", con el objeto de cultivar las ciencias y las letras.

El primero de enero de 1885 Omiste inicia la publicación de "El Tiempo", periódico de corte empresarial, colaborado por intelectuales de la talla de José David Berrios, Wenceslao Alba, Demetrio Calvimontes, Luis Felipe Manzano, Juan Misael Saracho, Nicanor Serrudo y otros.

Prepara, además de otras iniciativas, una "Monografía del Departamento de Potosí", "Memoria Histórica sobre los acontecimientos políticos ocurridos en los años 1810, 1811 y 1812", "Caracas, cuna del Libertador", "Historia de Bolivia", "Crónicas Potosinas" y otras obras menores.

Tuvo gran dedicación a la tarea educacional, pues sin ser profesor arremetió reformas atrevidas en su época organizando las Escuelas Municipales en Potosí que constituyeron un modelo de creación pedagógica.



Quesada G. Vicente

Periodista diplomático y escritor argentino, nació en Buenos Aires en 1830.

Estudio con gran brillantez la carrera de leyes, recibiendo el título de doctor en 1850.

En 1860 fundó la Revista de Paraná y mas tarde la importante revista de Buenos Aires. En 1871 se le confió la dirección de la biblioteca pública de Buenos Aires.

Ha escrito numerosas obras de las que citamos: "La Patagonia", "Impresiones de viaje", "Recuerdos de las Provincias de Córdoba", "Santiago y Tucumán", "La Provincia de Corrientes", "Crónicas Potosinas" (Bolivia).

En 1917 se publicó en Buenos Aires "La vida intelectual en la América hispana durante los siglos XIV, XVII y XVIII".



Palma Ricardo

Poeta y escritor peruano contemporáneo, nació en Lima el 7 de febrero de 1833, y se educó en la Universidad de San Marcos de Rimac.

Sus primeras producciones literarias fueron los dramas titulados: "La hermana del verdugo", "La muerte o la libertad" y "Rodil".

Se dedicó después al periodismo en 1860 en el periódico de Lima titulado "El Diablo"; también publicó en 1863 "Los anales de la Inquisición en Lima".

El lugar que ocupa Palma en la literatura sudamericana se le debe a sus "Tradiciones Peruanas", obra realizada con poética fantasía y la chispa peculiar de nuestro castizo y popular castellano. Estas tradiciones se publicaron en varias series.

José Manuel Aponte

Nació en Santa Cruz el 18 de marzo de 1874, sus padres fueron Manuel José Aponte e Ignacia Rivero; falleció el 19 de abril de 1923.

Abogado en 1894 y catedrático de Economía, Política y Derecho, Código Mercantil y Código Minero en la Universidad "Gabriel René Moreno" de Santa Cruz de la Sierra.

José Manuel Aponte, en cuanto a su literatura desarrolló el género histórico, tradicionalista y periodístico. Fue fundador del primer periódico del Acre en 1904, titulado "El Acre" que tuvo difusión comercial.

Entre sus obras escritas tenemos: "La Revolución del Acre", "Por la costa del Brasil", "Tradiciones bolivianas", "La Batalla de Ingavi", "Antaño y Ogaño", y muchos otros artículos periodísticos.



O Connor D' Arlach Tomás

Nació en Tarija, el 7 de marzo de 1853 y falleció en la misma ciudad el 9 de diciembre de 1932 sus padres fueron Adhemar D' Arlach y Hercilia O' Connor D' Arlach.

Abogado, poeta, historiador y periodista, estudió en la Universidad de San Francisco Xavier de Chuquisaca.

Fue Senador Nacional, asimismo fundador y director de "La Estrella de Tarija", "Revista literaria", "El Fígaro", de Tarija.

Entre sus obras escritas se menciona: "Hojas de Otoño", "Hojas Marchitas", "Artículos literarios", "Sueños y realidades", "Tarijeños Notables", "Crónicas de Tarija", "Historia Nacional", "Literatura Nacional", "Poesías bolivianas", "El periodismo americano".

Julio Lucas Jaimes

Julio Lucas Jaimes, nacido en Potosí en 1815 perteneció a una familia boliviana muy ligada a las letras y a las actividades culturales.

Unido en matrimonio con la poetisa peruana Carolina Freyre, ocupó importantes funciones públicas, pero su prestigio ha quedado por su producción literaria y más concretamente por sus "Tradiciones Potosinas", que firmaba con el popular seudónimo de "Brocha Gorda".

En Lima fundó el periódico humorístico y satírico "La Broma", en labor conjunta con Ricardo Palma.

Posteriormente cooperó al Presidente Narciso Campero como Director de Estadística. En 1888 fue elegido Diputado por Potosí.

En Buenos Aires es donde adquiere notoriedad y produce lo más enjundioso de su pluma.

De entre sus obras, podemos citar: "Morir por la Patria", "Ricardo José Bustamante"; "Un hombre en apuros"; "Epílogo de la Guerra del Pacífico"; "Crónicas Potosinas".

Brocha Gorda o Julio Lucas Jaimes, murió a la edad de 69 años en Buenos Aires, el 13 de octubre de 1914. Sus restos fueron repatriados y actualmente descansan en la Basílica Catedral de Potosí.



Luis Felipe Manzano

Notable literato, profesor, periodista y hombre público potosino.

Luis Felipe Manzano, nació en la Villa Imperial el 19 de agosto de 1852 y falleció el 22 de octubre de 1910.

Sus padres fueron don Mariano Manzano y doña Dolores Martínez de Manzano, perteneció a una selecta generación que brilló por mérito propio en Potosí.

Estudió en el Colegio Nacional Pichincha y luego se trasladó a Sucre, a la Universidad San Francisco Xavier de Chuquisaca donde estudió Derecho, especializándose finalmente en Pedagogía, Teología, Cosmología y Antropología.

En el colegio potosino que estudió fue profesor de letras en 1873 y luego rector en 1890.

En la Universidad local Cancelario entre 1896 y 1900 y también ejerció el cargo de vocal de la Corte Superior del Distrito en 1910.

Prefecto del Departamento de Potosí y llegó a Oficial Mayor del Ministerio de Hacienda e Industria.

Entre sus escritos hay que mencionar: "Origen del nombre de Bolivia"; "Desde la Cumbre de Potosí"; "Amaos los unos y los otros"; "Carta a la Señorita Clara Bustillos"; "A la memoria de don José Lino Mendoza... "Qué debemos hacer por la patria" y otros.

Falleció a la edad de 58 años.



John Lucas Johnson Secretary, National Board of Christian Education

The Board of Christian Education
 is a national organization
 of churches and individuals
 who are interested in
 the Christian education of
 the people of this country.
 It is a body of men and
 women who are working
 for the betterment of
 the Christian Church in
 this country and for the
 advancement of the
 Christian religion in
 the world.
 The Board of Christian
 Education is a national
 organization of churches
 and individuals who are
 interested in the Christian
 education of the people
 of this country. It is a
 body of men and women
 who are working for the
 betterment of the
 Christian Church in this
 country and for the
 advancement of the
 Christian religion in the
 world.



The College of Christian Education

The College of Christian
 Education is a national
 organization of churches
 and individuals who are
 interested in the Christian
 education of the people
 of this country. It is a
 body of men and women
 who are working for the
 betterment of the
 Christian Church in this
 country and for the
 advancement of the
 Christian religion in the
 world.

Indice

PRESENTACION.....	5
PROLOGO	7
LEYENDA DEL DESCUBRIMIENTO DEL CERRO DE POTOSI De: Modesto Omiste T.	9
ALMA EN PENA (Cuentos y leyendas fantásticas) De: Vicente G. Quesada.....	13
LOS ENVIADOS DE SATANAS (Cuentos y leyendas fantásticas) De: Vicente G. Quesada.....	17
LA REVENTAZON DE LAS LAGUNAS De: Vicente G. Quesada.....	21
EL SANTO CRISTO DE LA VERA CRUZ De: Vicente G. Quesada.....	25
LA MODA EN LOS NOMBRES DE PILA De: Ricardo Palma.....	29
ARRE BORRICO, QUIEN NACIO PARA POBRE NO HA DE SER RICO De: Ricardo Palma.....	33
LAS OREJAS DEL ALCALDE De: Ricardo Palma.....	37
FENOMENOS DE LA CONCIENCIA De: Pedro B. Calderón.....	43
EL DIABLO DE CORREGIDOR De: Tomás O' Connor D' Arlach.....	47
CRIMEN Y EXPIACION De: Enrique Salas.....	51
QUEBRADA DE SAN BARTOLOME De: Bartolomé Martínez y Vela.....	57
UNA MISA A LAS DOCE DE LA NOCHE De: José Manuel Aponte.....	61
LOS MILAGROS DE SAN CRISTOBAL De: José Manuel Aponte.....	65
EL ARCO DE UNA IMAGEN De: José Manuel Aponte.....	69
LA PROCESION DEL MARTES DE CARNAVAL De: José Manuel Aponte.....	73

POBRE NIÑA	
De: Julio Lucas Jaimes.....	77
EL PAPELITO DE SAN ANTONIO	
De: Luis Felipe Manzano.....	81
UN DIVINO LLAMAMIENTO	
De: Luis Felipe Manzano.....	85
UNA SOGA PARA AHORCARSE	
De: Juan W. Chacón.....	89
JUSTO EL MENDIGO	
De: Pedro B. Calderón.....	95
LA MINA MISTERIOSA	
De: Vicente G. Quesada.....	101
LA SONCKO MICK'U	
De: Tomás O' Connor D' Arlach.....	107
VITICHI Y LOS MARTINEZ	
(Pasaje de la vida de Fray Vicente Bernedo)	111
EL SANTO CRISTO DE BRONCE	
De: José Manuel Aponte.....	115
UN AGUINALDO EN EL AÑO 1612	
De: Pedro B. Calderón.....	121
LA CORONA DE UN MINERO	
De: Juan W. Chacón.....	129
ALONSO DE IBAÑEZ	
De: Juan W. Chacón.....	137
EL PUENTE DEL DIABLO	
De: Julio Lucas Jaimes	145
EL HIJO DE LA HECHICERA	
De: Vicente G. Quesada.....	153
BELLA	
De: Pedro B. Calderón.....	163
LOS TESOROS DE ROCHA	
De: Julio Lucas Jaimes.....	177
ANTONIO LOPEZ DE QUIROGA.....	189
BIOGRAFIAS BREVES.....	203
INDICE.....	209
BIBLIOGRAFIA.....	211

Bibliografía

CRONICAS POTOSINAS Tomos I y II

CRONICAS POTOSINAS Tomos I y II

HISTORIA DE LA VILLA IMPERIAL DE POTOSI
Tomos I, II y III

LA VILLA IMPERIAL DE POTOSI

ANALES DE LA VILLA IMPERIAL DE POTOSI

ANTONIO LOPEZ DE QUIROGA
(Industrial minero de la Colonia)

VIDA DE FRAY VICENTE BERNEDO

EL TAPADO DE ROCHA

POTOSI, PATRIMONIO DE LA HUMANIDAD

LA GUERRA ENTRE VICUÑAS Y VASCONGADOS

FRAY VICENTE BERNEDO

LAS IGLESIAS DE POTOSI

TRADICIONES PERUANAS

POTOSINOS ILUSTRES (Biografías breves)

ENCICLOPEDIA UNIVERSAL ILUSTRADA

MODESTO OMISTE (Estudio biográfico)

BOLETIN DE LA SOCIEDAD GEOGRAFICA
E HISTORIA "POTOSI"

HISTORIA DE LA VILLA IMPERIAL DE POTOSI

POTOSINOS ILUSTRES

Quesada G. Vicente

Omiste T. Modesto

Arzans de Orsúa y Vela Bartolomé
(Edición de Lewis Hanke y Gunnar
Mendoza)

Julio Lucas Jaimes

Arzans de Orsúa y Vela Bartolomé

Backewel, Peter

Melendes Juan

Lucas Jaimes Julio

Compañía Minera del Sur COMSUR

Crespo Rodas Alberto

Frontaura Argandoña Manuel

Noel, Martín

Palma Ricardo

Mendieta Pacheco Wilson

Edit. Espasa Calpe S. A.

Subieta Sagárnaga Luis

Edit. Casa de Moneda

Subieta Sagárnaga Luis

Araujo Macedonio

1AKY0704 6/21/95 hi//

1995

C. Linares No. 99
Teléfonos: 25048 - 22534

Potosí - Bolivia

DATE DUE

JAN 5 1997

JAN 4 5 1997		
GAYLORD		PRINTED IN U.S.A.

PRINTED IN U.S.A.

HA

